

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- El ocaso del Padre: mirando a San José 331
- "España transformada en un "campo de exterminio". Ante la aprobación de la ley de la Eutanasia" 342

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Defunciones 347
- Actividades Sr. Obispo. Marzo 2021 348

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Día del Seminario 353
- Carta a los sacerdotes con motivo de la celebración de la Misa Crismal 357
- Domingo de Ramos 359
- Misa Crismal en la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús 364

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 370
- Incardinaciones 371
- Defunciones 372

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@archimadrid.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48
E-mail: famiprint@famiprint.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXXIX - Núm. 2943 - D. Legal: M-5697-1958

Conferencia Episcopal Española

- Aumentan en 106.000 las declaraciones de la Renta en favor de la Iglesia católica 375
- Nota sobre las celebraciones de Semana Santa en 2021 378
- Fallece Mons. Rafael Palmero Ramos, obispo emérito de Orihuela-Alicante 386
- El Papa convoca el Año especial de la familia 388
- Mons. Argüello ante la aprobación de la ley de la eutanasia 393
- Nuevo administrador diocesano en Teruel-Albarracín 395

Iglesia Universal

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD EL PAPA FRANCISCO A IRAK

- Santa Misa en la Catedral caldea de San José de Bagdad 397
- Santa Misa en el Estadio Franso Hariri de Erbil 401
- Celebración del Domingo de Ramos y de la Pasión del Señor. Basílica de San Pedro 406



Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTAS

**TOCA EL CORAZÓN DE DIOS
CON TU CORAZÓN**

3 de abril de 2021

Quiero acercar a vuestra vida en esta Cuaresma la necesidad que tenemos de la oración, de ese diálogo con Dios, conscientes de que nos ama y nos escucha. Hace dos años os proponía a la Iglesia que camina en Madrid, en el Plan Diocesano de Evangelización, el texto precioso de Marcos 10, 46-52: nos pone delante de nosotros a un ciego, Bartimeo, que se sienta a mendigar a las afueras de la ciudad. Un día oye que Jesús pasa por allí y se sitúa al borde del camino para esperarlo. Bartimeo no ve, no sabe si Jesús está cerca o lejos, pero se pone a gritar: "Hijo de David". Al decirlo reconoce que pasa el Mesías. Es un hombre despreciado por todos, al que intentan callar, pero Jesús escucha este grito que toca su corazón. Le pide: "¡Haz que recobre la vista!". Qué belleza tienen las palabras de Jesús: "Vete, tu fe te ha salvado". La fuerza de la oración atrae la misericordia y el poder de Dios.

Recuerdo a mi abuela cuando de pequeños rezábamos con ella y nos decía: "Levantad las manos, Dios nos escucha siempre". Cuando uno se hace mayor y mira hacia atrás, tiene que decir que la abuela tenía razón. Porque de alguna manera la fe es un grito. Quienes no tienen fe no gritan, se creen que se bastan a sí mismos, ¿no veis cómo las gentes que estaban por allí mandaban callar a Bartimeo? No nos dejemos silenciar. Dios viene en nuestra ayuda; demostremos que la fe nos hace levantar las manos y dirigirnos a quien sabemos que nos ama y que nunca nos abandona, a quien sabemos que nos da lo que necesitamos. En medio de tantas oscuridades como hay hoy, tengamos la valentía de gritar al Señor y decirle como Bartimeo: "¡Jesús, ten compasión de mí!". Hoy, como siempre, el ser humano ha de sentirse mendigo de Dios, necesitado de Dios. La oración no es patrimonio de unos pocos, pertenece a todos; nace siempre en el secreto de nuestro corazón. Todos los corazones en algún momento de la vida rezan. Pude entrar en conversación con unas personas sin hogar que suelen sentarse en los bancos que hay frente a mi casa. No recuerdo cómo salió el tema de pedir a Dios algo. Y uno de ellos, sin avergonzarse, dijo con seriedad: "Yo todas las noches en la calle, que es donde vivo, antes de taparme con la manta me dirijo a Dios diciéndole: "Ayúdame"". Dios siempre nos espera y nos acompaña.

En el corazón de todo ser humano resuenan esas palabras del salmo 27, 8: "Buscad mi rostro". No lo digo de memoria: a lo largo de mi vida me he encontrado con muchas personas que han escuchado estas palabras en lo más hondo de sí mismas. Es más, en estos momentos que estamos viviendo, hay muchos que escuchan estas palabras. No tengamos miedo, no estamos solos. Dios da el primer paso, es Él quien nos incita a permanecer en su presencia, a invocarlo. La invitación del Señor a encontrarnos con Él se dirige a cada uno de los seres humanos en cualquier situación en la que se encuentre; solamente se requiere tomar esa decisión de dejarnos encontrar por Él. ¡Qué palabras nos dice el Papa Francisco tan elocuentes y verdaderas! "Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso [...]. Nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor. Al que arriesga, el Señor no lo defrauda y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos [...]. Este es el momento para decirle a Jesucristo: Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Recátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más en tus brazos redentores" (*Evangelii gaudium*, 3).

Este pasado domingo, mientras rezaba el ángelus en la plaza de San Pedro, por un momento vinisteis a mí y pensé en todos vosotros. Había celebrado la Misa y meditado el Evangelio de la Transfiguración. Allí le pedí al Señor que juntos sintiésemos el gusto de aceptar la invitación del Señor de subir a la montaña con Pedro, Santiago y Juan, pues estamos necesitados de escuchar en lo más hondo de nuestro corazón las palabras que ellos oyeron: "Este es mi Hijo amado, escuchadlo". Y la montaña no está fuera sino dentro de nosotros. Estamos llamados a participar en el misterio de la Transfiguración, a ser transfigurados, a llegar a la plenitud de la vida. A llevar a los lugares donde vivimos y habitamos la Transfiguración, a eliminar las tinieblas y la oscuridad. Por nosotros mismos muy a menudo no podemos hacerlo, pero sí podemos con la fuerza de la oración, donde Dios mismo hace posible lo que nos parece imposible. Es la hora del diálogo con Dios, es la hora de la oración. Es el momento oportuno para orar y poder decir: "Maestro, qué bueno es que estemos aquí", pero llenos de Dios y viviendo en diálogo con Él siempre. Pidamos a Dios que a todos los seres humanos que sufren, que viven en la desesperanza, la pobreza, el hambre o la violencia, venga la fuerza de Dios y que sientan que somos hijos amados de Dios.

Conviértete al diálogo con Dios, a la oración, viviendo estas bienaventuranzas:

1. Bienaventurado: has sido creado para vivir en una apertura habitual a Dios y has de expresarlo mediante la oración y la adoración.

2. Bienaventurado: tienes necesidad de comunicarte con Dios, no puedes asfixiarte cerrándote en este mundo. En lo profundo de ti mismo existe un suspiro por Dios, un deseo de salir de ti mismo ampliando los límites de tu vida.

3. Bienaventurado: hay un deseo de Dios en el corazón del ser humano que no puedes disimular, está apegado a tu corazón. Con santa Teresa de Jesús descubre lo que es la oración: "Tratar de amistad estando muchas veces a solas con quien sabemos que nos ama".

4. Bienaventurado: pasa ratos escuchando al Señor, busca siempre el aliento de su Palabra, aprende de Él, ponte en su presencia en silencio, no tengas prisas, déjate mirar por Él...

5. Bienaventurado: la verdadera oración no separa de la realidad; al contrario, te hace ver la belleza que puede dar Dios a esa realidad.

6. Bienaventurado: la oración es un acto de confianza en Dios y es expresión también de amor al prójimo. La verdadera oración te hace vivir el mandamiento de Jesús: amor a Dios y amor al prójimo.

7. Bienaventurado: como recoge la Biblia, "este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por su pueblo" (2 M 15, 14).

8. Bienaventurado: haz siempre una lectura orante de la Palabra de Dios; tiene poder en sí misma para transformar la vida.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

LA ORACIÓN ES UNA CUESTIÓN DE AMOR

10 de marzo de 2021

Muy a menudo pienso en la insistencia de Jesús en que oremos, avalada por su vida y sus palabras. Todo nos provoca a la oración: Él nos invita a orar, Él hace oración permanentemente. Basta recordar sus palabras: "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis y se realizará" (Jn 15, 7). Pero nos cuesta creer en ellas, entre otras cosas porque nos falta fe, necesitamos más fe. Jesús mismo nos lo dice: "Si tuvierais una fe como un grano de mostaza". Todo lo conseguiremos si tenemos fe. ¿No recordáis a aquel buen hombre que se acerca a Jesús, le escucha que "todo es posible para quien cree" y le responde: "Creo, Señor, pero aumenta mi fe"? Tengamos la mirada siempre puesta en quien todo lo puede y tengamos valentía. Valentía para pedir no solamente para que nos dé algo de lo que necesitamos, sino sobre todo para conocer más y más a Jesús. Se trata de hacer una oración de confianza absoluta en el Señor sabiendo que nos escucha. Hay que tener valor para llamar a su puerta, conscientes de que siempre nos la abre. Recordemos: "Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis y se realizará" (Jn 15, 7).

Para orar con esa confianza total y absoluta que nos pide el Señor, hemos de descubrir con asombro algo esencial: que Dios solo sabe de amor. Él no conoce el odio. Qué bien nos lo muestra Jesús en la cruz: "Perdónalos porque no saben lo que hacen". Debemos conocer el amor de Dios hacia nosotros, descubrir que estamos envueltos en este amor: "Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor" (Jn 15, 10). ¡Cuántas veces hemos recurrido a verificar la belleza de la creación, la de quien hace la misma y la de a quien se la manda cuidar! El salmo 8 nos manifiesta con claridad lo que nos quiere Dios a los hombres y la atención con la que nos trata. Creados por amor, estamos destinados a amar: "Al ver el cielo obra de tus manos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el hijo de Adán, para que de él te cuides?" (Sal 8, 4-5).

Ante todo lo que Dios hizo para nosotros, contemplemos el misterio de nuestra existencia y necesariamente nos preguntaremos ¿por qué tanto amor hacia nosotros? Solo el ser humano es consciente de esta belleza; somos muy poco y pequeños, pero Dios nos pone al cuidado de todo lo que creó. El ser humano ha pasado por etapas de la historia muy diversas. En algunas de ellas hubo tristezas tremendas, oscuridades, nieblas... Dios parecía que estaba ausente y también los hombres lo abandonamos, pero Él estaba y está ahí, muy cerca de nosotros. Uno descubre por la historia de la humanidad que el ser humano puesto en relación con Dios jamás sintió el vacío y la intemperie. Siempre quedó alguien que habló a Dios de sus necesidades y Él supo dar una respuesta que restauró la esperanza e hizo brillar la luz. Él cumple su palabra: "No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros" (Jn 15, 16-17).

La vida de quien hace oración, de quien mantiene un diálogo abierto con Dios, con independencia de las circunstancias concretas, está iluminada y equilibrada. La oración da alegría, da luz y alegra el corazón al hacernos conscientes de que Dios nos ama, nos sostiene, nos alienta, nos lanza siempre a los demás, que son nuestros hermanos. No todos los hombres se atreven a hacer oración, pero te invito a probar. Entra dentro de ti mismo y verás que en tu vida no existe un monólogo, hay alguien del que tienes necesidad que te responde y te acompaña. Esta vida es un regalo de Dios y hay que vivirla en la alegría de un amor que envuelve. La

manifestación más plena de ese amor nos la ha dado Jesucristo, que nos dijo cuando murió Lázaro: "Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?". Hasta en los momentos más duros de la existencia humana, Dios quiere mantener un diálogo abierto con nosotros y darnos su luz y su amor. En el encuentro con Marta, en las palabras que dijo, nos manifiesta hasta dónde llega el amor de Dios por nosotros. Ella le contestó: "Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo" (cfr. Jn 11, 25-27).

Ese diálogo que tuvo Marta con Jesús lo podemos mantener nosotros en todos los momentos de nuestra vida. Descubramos que Dios nos hizo para Él, que nos guarda en su amor. Al ser conscientes de ello, surgirá la necesidad de darle gracias y alabarlo. Mira en el fondo de tu corazón, pues hay una inquietud de un Tú que es Dios mismo, que nos hable y a quien podamos hablar. Hoy con más intensidad se da esa inquietud, quizá sin saber de dónde procede, pero existe, entre otras cosas, porque estamos diseñados por Dios, creados por Él para vivir según Él y en diálogo permanente con Él. En este sentido, quiero recordaros que:

1. La oración cristiana no es sometimiento ni esclavitud, es amistad, promesa, es comunión, es cercanía. Déjate amar por quien tiene una predilección única por ti.

2. La oración cristiana nos habla de un Dios que no ha permanecido en el silencio o la oscuridad, sino que ha entrado en relación con nosotros.

3. La oración cristiana es tu voz que se lanza a hablar y al encuentro de un Dios que hizo todo lo que existe, que te habla, te busca y te ama.

4. La oración cristiana te da el atrevimiento de decir a Dios: "Padre", de llorar ante Él y de pedirle lo imposible sabiendo que da respuestas.

5. La oración cristiana tiene un momento como el de los Reyes Magos: pones a los pies del Señor lo que eres y tienes, mostrando que crees que Él lo puede todo.

6. La oración cristiana te dispone a vivir en una relación de confianza; puedes pedirle todo, explicarle todo, contarle todo.

7. La oración cristiana te hace entrar en tal comunión con Dios que eres capaz de decirle: "Siempre como Tú, siempre como dices y actúas".

8. La oración cristiana te abre a la bondad y a la belleza de todo lo que existe, te abre a la luz, te saca del caos de tus cavilaciones, te torna a la verdad y a situarte en manos de Dios.

Con gran afecto os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

SAN JOSÉ: UN MAESTRO EN LA MISIÓN HOY

Introducción

La carta apostólica *Patris corde* del Papa Francisco suscitó en mi corazón el deseo de escribiros esta carta pastoral sobre san José como maestro en la misión. En este trienio he querido que todos nos pongamos en estado de misión para eliminar el riesgo de clausurarnos en nuestros propios intereses y acabar convertidos en discípulos quejosos y quejumbrosos sin pasión por anunciar la alegría del Evangelio. Así, os he dirigido ya las dos primeras cartas pastorales programadas: «¿*Qué quieres que haga por ti?*», con la pregunta que dirige Jesús al ciego Bartimeo, y la que estamos haciendo vida este año, «*Quiero entrar en tu casa*», con la petición que hace Jesús a Zaqueo. Ambos textos marcan la dirección en la que deseamos trabajar según el proyecto evangelizador que hacemos trienalmente y que nos viene alentado por la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Como sabéis, siempre parto de un texto del Evangelio, ya que la Palabra de Dios contiene un dinamismo de salida que es siempre provocativo y alienta la transformación misionera de la Iglesia y nuestra vocación de discípulos de Cristo y miembros vivos de su Iglesia.

Cuando leí la carta apostólica *Patris corde* entendí mejor la tarea a la que el Papa Francisco nos convoca. En san José se hacen vida muchos de los desafíos del cristianismo hoy. Por eso está llamado a ser el santo que nos acompañe en el deseo que inspiraba la carta de este curso: «*Quiero entrar en tu casa*». Deseamos hacernos presentes en todos los caminos y situaciones en los que se encuentren los hombres y las mujeres de nuestra época, pero siempre alentados por el modo y la manera en que lo hizo san José. Las palabras del Papa Francisco son muy clarificadoras: «En cualquier forma de evangelización el primado es siempre de Dios, que quiso llamarnos a colaborar con Él e impulsarnos con la fuerza de su espíritu. La verdadera novedad es la que Dios mismo misteriosamente quiere producir, la que Él inspira, la que Él provoca, la que Él orienta y acompaña de mil maneras. En toda la vida de la Iglesia debe manifestarse siempre que la iniciativa es de Dios, que “Él nos amó primero” (1 Jn 4, 19) y que “es Dios quien hace crecer” (1 Co 3, 7). Esta convicción nos permite conservar la alegría en medio de una tarea tan exigente y desafiante que toma nuestra vida por entero. Nos pide todo, pero al mismo tiempo nos ofrece todo» (EG 12).

¡Ponte en camino!

¡Qué bueno es que cada discípulo del Señor escuche ese «id»! San José acogió la invitación de parte de Dios para ponerse en camino: en el de hacer un acompañamiento a quien el Señor había elegido para ser Madre de Dios y en el camino de acompañar al mismo Jesús. ¡Qué gracia más grande que todos, sacerdotes, miembros de la vida consagrada, laicos en las más diversas situaciones, con las diferentes responsabilidades que cada uno tengamos, escuchemos en lo más profundo de nuestro corazón al Señor y acojamos lo que nos pide en este momento! La figura de san José suscita el deseo irrefrenable y la urgencia de salir, de atrevernos a llevar la luz del Evangelio, y de hacerlo con la misma prontitud, diligencia y humildad con que lo hizo el padre de Jesús. El mandato de Jesús – «id»– debe ser ejecutado con pasión y con alegría. Se trata de la pasión que brota del encuentro profundo con el Señor y de la alegría que procede de Dios. No es la alegría superficial de la vanagloria humana, sino la de sabernos inmensamente amados por Dios y llamados a contagiar y hacer experimentar ese amor a toda la humanidad y a todos los pueblos de la tierra. Como san José, descubramos que la iniciativa es de Dios y que nosotros aceptamos entrar en ella con todas las consecuencias.

Cuando comienzo a escribiros este texto, sé que las cartas y los documentos no despiertan grandes pasiones. Pero quiero haceros llegar esta carta con la ilusión de que os estimule a experimentar con gozo que, del mismo modo que san José fue llamado a una misión extraordinaria, también todos los hijos e hijas de la Iglesia somos convocados por pura gracia a la pertenencia eclesial para anunciar la Buena Noticia de Jesucristo a nuestros contemporáneos.

San José puede ser para nosotros el santo que nos acompañe, el que nos aporte la mística del anhelo generoso e impaciente de vivir haciendo realidad una opción misionera que nos transforme y nos convierta en discípulos audaces y creativos. Ojalá no nos paralice el manido criterio pastoral del «siempre se hizo así», como subrayaba el Papa Francisco en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Pidamos la intercesión de san José para ser partícipes de su estilo de vivir y de hacer, cercanos a las realidades de todos los hombres, anunciadores de la Buena Noticia allí donde estemos, valientes para ir a todos los caminos que transita la humanidad e imaginativos para mostrar de un modo nuevo que somos testigos del amor que Dios tiene por todas sus criaturas.

En la iglesia hay lugar para cada uno con su vida auestas

La Iglesia no es la controladora de la gracia, sino su facilitadora. Por eso, es «casa donde hay lugar para cada uno con su vida auestas» como nos dice el Papa Francisco (EG 47). En la línea de salir a ofrecer a todos la vida de Jesucristo os escribía la carta pastoral de inicio de curso, «Quiero entrar en tu casa». Ese adentrarse en la morada y en los caminos de los hombres no se puede llevar a cabo simplemente haciendo diagnósticos o solamente con estudios sociológicos. Se trata de entrar como lo hizo Jesús mientras estuvo entre nosotros, con su misma mirada, la mirada del discípulo misionero, la que escruta los signos de los tiempos, la que contempla en profundidad la situación de las personas, la que bucea en las entrañas de la realidad y no se queda en las apariencias ni se deja arrastrar por los prejuicios. Por eso, observa atentamente lo que ha de cuidar y lo que debe eliminar. Alienta lo que se acomoda al proyecto de Dios y deja todo lo que lo oscurece. Para poder decir «Quiero entrar en tu casa» hay que imitar al Buen Pastor. Cuando ve alguna oveja que se pierde, va incansable en su búsqueda. Tiene muy asumida la pedagogía del buen samaritano y, por eso, no duda en detenerse en cualquier camino cuando ve que alguien está tirado y apaleado,

cuando alguien no es respetado en su dignidad e integridad. Entonces, se deja sorprender por la inesperada aparición del asaltado, deja todo lo que tenía que hacer y lo levanta, cura, acompaña, monta en su propia cabalgadura y procura un proyecto que termine con su deterioro y lo sitúe en la misma tarea de crear fraternidad.

Estamos viviendo la pandemia de la COVID-19. Todos nos sentimos especialmente vulnerables. Quizá como en ningún otro momento de la vida y de la historia. Es una oportunidad para revivir cómo se inició el misterio de la Encarnación entre los hombres y lo que significó san José. En él descubrimos que hemos pretendido construir la cultura del bienestar y el progreso, y hemos olvidado el cuidado. La pandemia nos ha vuelto a situar en otro paradigma. La vulnerabilidad nos ha hecho ver que el cuidado de los unos a los otros se impone como una necesidad personal, eclesial y comunitaria.

El paradigma del cuidado como Buena Noticia evangélica

Hemos caído en la cuenta de que es urgente pasar del paradigma del bienestar al paradigma del cuidado. Tenemos que cuidar la tierra, cuidar las instituciones, cuidar al ser humano. Se trata de un cuidado que ha de ser integral, pues afecta a todas las dimensiones de la existencia. El cuidado ha de ser competente y compasivo. Es el cuidado delicado que prestó san José a Jesús y a María. Conscientes de esta realidad, los discípulos de Jesucristo hemos de ver que el cuidado se nutre de la educación. No menos importante es descubrir que la Buena Noticia del Evangelio pertenece a las entrañas de lo que es el cuidado y que desde ahí soy convocado a cuidar mis relaciones con Dios y con el prójimo.

Podemos afirmar que hay un antes y un después de la COVID-19. En el después, se nos presenta la imperiosa necesidad de volver a las entrañas del Evangelio, de estar en medio del mundo como los protagonistas de la Encarnación: escuchando a Dios y prestando la vida para que la Vida, la Verdad, el Amor y la Cercanía de un Dios que nos cuida se hiciera presente. En ese protagonismo del cuidado está san José. Con mirada de fe y pasión contemplativa asume la tarea de colaborar activamente, de hacer presente a Dios en medio del mundo. Hoy, en el proceso de secularización que vivimos, en muchas ocasiones se pretende reducir la fe y la misma Iglesia al ámbito de lo privado y de lo más íntimo. Nos encontramos

con la figura de san José que colaboró con un protagonismo singular, con innegable presencia pública, pero siempre en un discreto segundo término.

San José acogió en su corazón lo que Dios le pedía. En su corazón estuvo siempre María, y el sí de María a Dios fue también el suyo. Buscó un lugar donde viniese a este mundo Dios mismo. Lo cuidó y colaboró para que una situación absolutamente nueva llegase a todos los hombres, para que descubriésemos lo que significa acoger a Dios. Nos dispuso para cuidar la presencia de Dios y la entrada de Dios en todos los caminos por los que van los hombres: cuidar la tierra, cuidar la familia, cuidar las instituciones para que no dejen de tener vida y sean, a su vez, cuidadoras. ¡Qué fuerza y qué luz nos entrega la Sagrada Familia! Ninguno de sus componentes buscó el bienestar de sí mismo. Todos buscaron cuidarse unos a otros y cuidar a los demás. En definitiva, nos enseñan a cuidar a Dios y mi relación con Él y cuidar al prójimo. El cuidado pertenece a las entrañas de lo que es la Buena Noticia y san José es un protagonista singular del mismo. En efecto, el cuidado en el Evangelio se relaciona con desvelo, solicitud, diligencia, celo, atención, ternura y compasión. Son condición para la realización del aquí y ahora del Reino de Dios.

San José prestó toda su vida cuando Dios mismo se lo pidió. Es bueno comprobar que, cuando esta Noticia no se da o se ponen trabas para hacerla presente, se provocan grandes deformaciones éticas y profundos debilitamientos en la vida de todos los seres humanos. Afectan a lo más íntimo del ser personal y tienen consecuencias graves para la configuración de la vida social. Todo ello pide a gritos una educación que nos enseñe a pensar y a reflexionar con hondura, que ofrezca un camino claro para vivir preocupados por el cuidado de los demás, especialmente por los que más lo necesitan.

Necesitamos hombres y mujeres que busquen soluciones al deseo de paz y de concordia, que procuren el bien para todos, que apuesten por la defensa de la vida y el respeto de los derechos humanos, por volver a descubrir a la familia como escuela donde se aprende a defender y a vivir lo que es la dignidad humana, que anhelan construir el bien común y la justicia social. ¡Qué grandes nos hace a los seres humanos la familia en la que aprendemos a vivir y a convivir en la diferencia! ¡Qué altura alcanza la familia que nos hace experimentar lo que es una vida vivida en la pertenencia a los otros! En ella, los padres asumen la tarea de ser transmisores de la fe a sus hijos y todos asumimos la tarea de cuidarnos los unos a los otros.

Tenemos que poner en el centro de nuestras iniciativas sociales, políticas y eclesiales el cuidado de la gente. Especialmente de las personas más vulnerables. Es el momento de valorar actividades profesionales que cuidan de las personas (servicios domésticos, sanitarios, educativos...) y de tomarse en serio el cuidado de la casa común porque en ello nos va la vida. Ojalá que el distanciamiento que impone el coronavirus no active los miedos y las cautelas frente al prójimo, no multiplique las defensas y las fronteras, sino que nos haga experimentar cuánto necesitamos los unos de los otros.

Junto a san José descubriremos que se impone una evangelización que ha de iluminar nuevos modos de relación con Dios, con los otros y con el mundo. Como miembros de la Iglesia, bajo el patronazgo de san José, sentimos la necesidad de soñar y de descubrir que somos servidores de la Vida misma. Por eso nos serviremos del diálogo y no de la ruptura, del encuentro y no de la demonización del que piensa diferente, de la verdad y no de la mentira, de la defensa de la vida y no de la implantación de la muerte. Hemos de situar a san José como esa persona que, al lado de Jesús y María, buscó servir al cuidado integral, que es precisamente el que hace emerger los valores más fundamentales.

Un rostro y tres fotografías de san Jose

En el deseo de adentrarnos en todos los caminos por donde van los hombres y no por los que nosotros quisiéramos que fuesen, me propongo acercarme y acercaros a la persona de san José para sugeriros algunas tareas que podemos emprender imitando su fe y su generosidad:

1. San José al servicio de Dios y de los hombres: servidor y cuidador

Su apuesta por servir al misterio de la Encarnación se ve desde el momento en que José conoce de parte de Dios lo que sucede: «La generación de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que

hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1, 18-21). La respuesta de san José fue inmediata tal y como nos dice el Evangelio: «Hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y acogió a su mujer» (Mt 1, 24).

La narración es de una belleza inigualable y la respuesta de san José es de una generosidad que todos debiéramos imitar. ¿Os habéis dado cuenta de que el gran desafío que tenemos en nuestra vida es asumir una espiritualidad misionera, de servicio, que alimente el encuentro con los demás? Hemos de poner todo lo que somos y tenemos al servicio de los otros. No hemos sido llamados a la pertenencia eclesial para *servirnos de*, sino para servir y cuidar a los demás, con el desafío de hacerles alcanzable el encuentro con Jesucristo.

San José nos invita a retirar nuestro individualismo egoísta, a asumir nuestra identidad y a llenar nuestra vida de fervor como hizo él cuando escuchó lo que Dios le pedía. Imitemos a san José; no dejemos que las circunstancias, las dificultades e incomprensiones, nos roben el entusiasmo misionero, ese que san José recibió cuando aceptó con todas las consecuencias las palabras que Dios le dirigió: «José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo» (Mt 1, 20b). Imitémosle en ese deseo incansable de servir a Dios y a los hombres.

2. San José comprometido en iluminar y comunicar vida

Qué belleza y qué respuesta y compromiso de san José expresan estas palabras del Evangelio: «Mirad: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Enmanuel, que significa *Dios con nosotros*. Cuando se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y acogió a su mujer» (Mt 1, 23-24). Estas palabras las escuchamos en un momento de la vida de la Iglesia en el que necesitamos dinamismos misioneros, esos que llevan sal y luz a nuestro mundo, que hacen posible que aparezcan otros sabores y otras iluminaciones que nos lleven a un compromiso cada día más fuerte en la tarea evangelizadora. No podemos desempeñar este cometido ilusionante de cualquier manera, sino con la fuerza y la audacia que el amor de Dios nos regala cuando nos envuelve y nos lanza fecundos a la misión en medio del mundo para cuidar de él, aportarle luz y comunicarle vida.

San José nos enseña que el problema no es el exceso de actividades, sino las motivaciones desde las que las llevamos a cabo. El padre de Jesús tuvo que hacer un sinfín de cosas variadísimas: buscar un lugar para que naciese el Salvador, trabajar para sacar adelante a su familia, emigrar para salvar la vida del Hijo de Dios, educar a su Hijo, pasar desapercibido para que el protagonista fuese Dios y no él... San José prestó atención a las personas que tenía al lado, vivió con la ilusión de ser colaborador del misterio de la Encarnación, fue llamado a iluminar y a comunicar vida, pero siempre sin aparecer como protagonista. Hizo todo en silencio, dejando cultivar aquello que genera luz y que lucha contra la polilla que da muerte al dinamismo apostólico. De él podría afirmarse también: «No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz» (Jn 1, 8).

¡Qué fuerza y qué belleza tiene ponerse al servicio de la luz y de la vida! San José, en las pocas palabras que se refieren a él en el Evangelio, mantuvo siempre una mirada confiada y creyente sobre las continuas sorpresas que le tocaba vivir. A ese respecto, viene bien recordar las palabras de san Juan XXIII en el discurso de apertura del Concilio Vaticano II: «En el presente momento histórico, la Providencia nos está llevando a un nuevo orden de relaciones humanas que, por obra misma de los hombres pero más aún por encima de sus mismas intenciones, se encaminan al cumplimiento de planes superiores e inesperados; pues todo, aun las humanas adversidades, aquella lo dispone para mayor bien de la Iglesia».

Escuchar estas palabras hoy, en plena pandemia que asola a la humanidad, es volver a descubrir la grandeza del mandato del Señor de anunciar el Evangelio. Sí, anunciar al que nos cuida y nos ama, el mismo que nos invita a cuidar y a mostrar su ternura a todos los hombres y mujeres. Este es nuestro compromiso. San José comenzó su tarea porque se fiaba de Dios y, por tanto, tenía seguro el triunfo. Nadie puede emprender una lucha si de antemano no confía plenamente en la victoria. San José nos invita a dar una respuesta clara y comprometida, que envuelva toda nuestra vida, que ilumine y comunique vida. Seguir las huellas del padre de Jesús nos hace descubrir y volver a lo esencial para vivir y dar vida. No se nos escapan los signos de sed de Dios y de búsqueda de sentido de la vida que hay a nuestro alrededor. Necesitamos hombres y mujeres de fe, que alienten con su propia vida, como san José, y que indiquen el norte del sentido entrando en los complejos y tormentosos caminos de los hombres ayudándolos a mantener viva la llama de la esperanza.

3. San José muestra que servir a Dios requiere valentía y creatividad

¿De dónde surgen la valentía y la creatividad en san José? Valentía y creatividad aparecen cuando encontramos dificultades. Son los desafíos los que nos hacen ser creativos y buscar nuevos recursos, los que suscitan la nueva imaginación de la caridad. Hoy, ayudados por las nuevas tecnologías, sentimos el desafío de vivir juntos, de vivir de cara los unos a los otros, de no darnos la espalda ante las dificultades. En estos momentos, palabras como encontrarnos, darnos la mano, apoyarnos, cuidarnos, querernos... ayudan a formular la gramática de la fraternidad y de la amistad social. Si las ponemos en juego existencial, ¡qué bueno y sanador sería! El bueno de san José percibió que lo que Dios le pedía requería valentía y creatividad. Respondió a Dios de manera diligente y sin rodeos: «Hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y acogió a su mujer» (Mt 1, 24).

San José no se encerró en sí mismo. Atrincherarse envenena las relaciones, amarga la vida de uno mismo y enferma las relaciones con los demás. Al final, si cada uno se parapeta en su trinchera y vive al otro y a sus circunstancias, por sorprendentes que nos resulten, como un enemigo, perdemos todos. La respuesta de san José confiada, generosa y amable hasta el extremo es reflejo de la paternidad de Dios en Jesús.

¡Qué sanadora es la respuesta de san José! No solamente es valiente y creativa, también tiende puentes y hace superar la sospecha, la desconfianza y el temor. El esposo de María escapa a la tentación de vivir aislado en el círculo de los íntimos, no renuncia a la dimensión pública que tiene el nacimiento de Jesucristo. San José nos invita a correr el riesgo de dejarnos encontrar con el rostro del otro, con esa presencia que se impone y que siempre interpela, eco de la presencia de Dios mismo. La fe verdadera en el Hijo de Dios es inseparable del don de sí mismo. La vida de san José, aunque de ella no nos da mucha noticia el Evangelio, es un testimonio de lucha contra el miedo a lo desconocido, de confianza en el prójimo, de apertura a la vida y a su novedad, de no quedarse en legalismos y convenciones y apostar por la creatividad y la valentía que otorgan la fe: «No temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1, 21).

San José nos invita a cuidar, que es lo mismo que no escapar y evitar quitarse de encima a los demás. Acoger en la vida a Cristo como lo hizo san José supone acoger a todos los hombres por los que se hizo hombre Jesús. ¡Qué remedio más verdadero nos ofrece san José! Nos ayuda a reconocer que el único camino para poder encontrarnos los seres humanos es el que nos ofrece Dios mismo: el mismo camino que le pidió a él, un camino de fe y lleno de esperanza, el del Dios-con-nosotros. El Señor no tuvo a menos hacerse Hombre, ni uno de tantos. Ello nos lleva a aceptar a todos como compañeros de camino, eludiendo las resistencias internas y los prejuicios y tratando de descubrir el rostro de Dios en los demás, especialmente cuanto más diferentes a nosotros fueren.

Cuando Jesucristo irrumpió en este mundo, san José hizo todo lo que estaba de su parte para que nadie pudiera estropear su presencia. Llegó a hacerse emigrante con María y con Jesús con tal de salvar a quien vino a regalar la salvación a todos los hombres. ¿Os habéis dado cuenta de lo que supone colaborar con quien vino a enseñarnos a mirar la grandeza sagrada del prójimo, con quien nos enseña a descubrir a Dios en cada uno de los seres humanos?

Conclusión. Lo que dijo Dios a san José te lo dice a ti y a mí ahora: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre» (Mt 2, 13)

En este año de san José y de la familia, pidamos con fuerza al Señor que nos haga entender la ley nueva del amor. El Papa Francisco, a través de las exhortaciones y de las encíclicas que nos ha regalado, nos invita a la misión. Quiere que la llevemos a cabo cuidando nuestro mundo y sabiéndonos hermanos de todos los hombres y mujeres que habitan nuestro planeta. Recordemos las expresiones de san Pablo formulando el imperativo del amor: «No te dejes vencer por el mal, antes bien vence al mal con el bien» (Rm 12, 21) o «¡No nos cansemos de hacer el bien!» (Ga 6, 9). Quizá pasar del paradigma del bienestar al del cuidado nos ayude a permanecer en el amor fraterno y a no dejarnos robar este ideal.

Recordemos las palabras del Papa Benedicto XVI: «Es importante saber que la primera palabra, la iniciativa verdadera, la actividad verdadera viene de Dios y solo si entramos en esta iniciativa divina, solo si imploramos esta iniciativa divina,

podremos también ser –con Él y en Él– evangelizadores»¹. Experimentar esto con san José será una auténtica gracia para todos los discípulos de Cristo.

Concluyo invitándoos a rezar la oración que el Papa Francisco compuso para san José: «Salve, custodio del Redentor y esposo de la Virgen María. A ti Dios confió a su Hijo, en ti María depositó su confianza, contigo Cristo se forjó como hombre. Oh, bienaventurado José, muéstrate padre también de nosotros y guíanos en el camino de la vida. Concédenos gracia, misericordia y valentía, y defiéndenos de todo mal. Amén»

† Carlos Card. Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

¹ Benedicto XVI, meditación en la primera Congregación general de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos (8 de octubre de 2012).

HA LLEGADO LA HORA PARA LA HUMANIDAD

24 de marzo de 2021

Hay expresiones en el Evangelio que tienen una carga de profundidad tan grande y tan especial que es preciso volver a ellas y ver la llamada que nos hacen y la actualidad que tienen para nuestra vida. Por ejemplo, como escuchamos el domingo pasado: "Ha llegado la hora". Como subraya el Papa Francisco en *Evangelii gaudium*, "con Jesucristo siempre nace y renace la alegría [...]. El gran riesgo del mundo actual [...] es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada".

Sí, "ha llegado la hora" de que respondamos a los interrogantes profundos que tienen los hombres y a los que nuestra sociedad da respuestas confusas y ambiguas. "Ha llegado la hora", sí, pues están diciendo de formas muy diferentes "queremos ver a Jesús", es decir, "deseamos la paz", "deseamos vivir en fraternidad", "buscamos la justicia", "queremos vivir en la verdad". "Ha llegado la hora" de

recordar que "Dios ha creado a todos los seres humanos iguales en los derechos, en los deberes y en la dignidad, y los ha llamado a convivir como hermanos entre ellos" (*Fratelli tutti*, 5). En todas las latitudes de la tierra hay hambre de algo más hondo y más profundo, tanto en las llamadas sociedades del bienestar como en aquellas donde la pobreza alcanza a millones de seres humanos. "Ha llegado la hora": aquella a la que Jesús se refería cuando iba a dar la vida por los hombres. Es la hora del Amor, de la manifestación del Amor más extremo, el que tiene rostro y modo en Él.

A cada uno de nosotros se nos puede preguntar: "¿Sabes que es tu hora?". "Ha llegado la hora": la hora de la entrega total, de la defensa de la vida, de dar la vida, de despertar a todos los hombres a la vida y no a la muerte. En Jesucristo se nos revela el "deseo mundial de hermandad". "Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos" (*Fratelli tutti*, 8).

La expresión "ha llegado la hora" también me recuerda y remite a esa expresión que el Papa Francisco nos regaló en la *Evangelii gaudium*: "la Iglesia en salida". Una Iglesia que convoca a los hombres, que se acerca a todos por los caminos por los que van; una Iglesia que desea acercarse a quienes se encuentran fuera de ella y la ven como algo extraño o no tienen noticia de qué hace ni de la misión que tiene. Una Iglesia en salida es la que hace posible que se perciba nuestra presencia en el mundo. Y la nota más importante de esa presencia es que atrae. Hay una noticia importante, que llena nuestra vida y nos impulsa a acercarnos a los demás.

La Iglesia tiene que anunciar a todos los hombres que "ha llegado la hora". Tiene que ser joven en este anuncio. Con una historia de siglos en el anuncio de Jesucristo, siempre es joven. Se está renovando permanentemente. Es joven porque vuelve siempre a su amor primero, a lo esencial de su amor primero que es el mismo Jesucristo. La Iglesia permanece en su juventud cuando se pone a la escucha de la Palabra de Dios, cuando recibe la fuerza de esa Palabra, de la Eucaristía, de la presencia de Cristo, del Espíritu Santo que la acompaña y la dirige. ¿Os habéis dado cuenta de cómo la Iglesia pierde el entusiasmo? Cuando no escucha la llamada del Señor. ¡Qué entusiasmo ofrece la Iglesia cuando se hace más testimonial, cuando se pone cerca de los últimos y descartados, cuando

lucha por la paz, la justicia o el amor entre todos los hombres! La Iglesia ha de ser, en nombre de Jesucristo, espacio de diálogo y testimonio, espacio de una fraternidad que fascine a quienes se acerquen a ella porque, entre otras cosas, llega al corazón de un modo incisivo y fecundo.

"Ha llegado la hora" de mostrar la persona de Jesucristo, con obras y palabras. La Cuaresma que ahora termina es un tiempo propicio para verificar en nuestra vida esta propuesta:

Superemos divisiones y favorezcamos la paz y la comunión entre todos los hombres. Busquemos las raíces que son comunes. Alegrémonos en la diversidad. Trabajemos juntos para superar rupturas, para buscar la comunión. Nunca nos cansemos de buscar el bien, el amor, la justicia o la solidaridad, pues no se alcanzan de una vez para siempre, sino que las tenemos que buscar con constancia. "Ha llegado la hora", la hora del Amor, la hora de vivir la dimensión comunitaria en la búsqueda de la dignidad de las personas con todas las consecuencias. Hacen falta seres humanos que se pongan a cuidar el mundo que nos rodea y contiene, convencidos de que eso es cuidarnos a nosotros mismos, y sin hacer descartes de nadie, seguros de que toda persona es un valor primario que se respeta y ampara.

Promovamos y respetemos los derechos humanos. Respetar los derechos humanos es una condición previa para el verdadero desarrollo. Basta mirar nuestra realidad para ver que en nuestro mundo hay muchas formas de injusticia. Quizá tenemos que preguntarnos por qué. La respuesta no es sencilla, pero es verdad que en general responden a visiones antropológicas reductivas y también a un modelo económico basado en las ganancias a costa de lo que sea. Ciertamente esto mata al ser humano. La raíz está en la concepción que tengamos de la persona humana, pues si se la trata como si fuese un objeto, las consecuencias son inmediatas. Jesucristo nos presenta otro modelo: es la hora de vivir con el Amor mismo de Dios manifestado en Él.

Desde el momento en que no entendemos a la persona como creada a imagen y semejanza de Dios, la privamos de libertad, la mercantilizamos y la reducimos a ser propiedad de otro. Es terrible comprobar las redes criminales que utilizan las modernas tecnologías para embaucar a muchos jóvenes y niños en todas las partes de la tierra, a mujeres sometidas y luego forzadas hasta el aborto... No

podemos buscar la estabilidad y la paz o la fraternidad entre los pueblos a base de falsas seguridades basadas en el miedo y la desconfianza. En nombre de Jesucristo deseamos proclamar con fuerza su mismo anuncio: "Ha llegado la hora". Hay que promover y establecer en este mundo la pedagogía del buen samaritano. Toca entregar y regalar el Amor mismo de Dios a todos los hombres, cuidarnos los unos a los otros. Es la hora del cuidado.

Apostemos por la pedagogía del buen samaritano. Como nos reveló Jesucristo, cuando veamos que se discute o hiere la dignidad de otra persona, no nos desentendamos, detengámonos a atenderla con todas las consecuencias. "Ha llegado la hora" de presentar a Jesucristo y su manera de entender al ser humano y de atenderlo. "Ha llegado la hora" de que nos preguntemos: "¿Dónde está mi hermano?". No importa si mi hermano es de aquí o de allá, si es de esta raza o de otra, si cree en esto o en aquello; lo más importante es que yo no me olvide de lo que me enseña Jesucristo, que es saber de amor, de compasión y de dignidad.

La pedagogía del buen samaritano nos lleva a tomar una opción de fondo, no de formas, que construye este mundo que nos está doliendo tal y como está. "Ha llegado la hora" de definirse: de decir no a la indiferencia, de no permitir que nadie quede a un lado del camino, de no hacer nada que paralice la fraternidad humana, de ponernos en el camino de la inclusión, que se da en el tú a tú, en los proyectos económicos, políticos, sociales y religiosos... "Ha llegado la hora" de tocar y curar heridas en concreto, con el mismo amor de Jesús. Esta pedagogía pasa por:

1. Entrar en el camino por el que van los hombres.
2. Si hay alguien tirado, apaleado, derrumbado, que no se le reconoce su dignidad, acercarnos a él.
3. Arrodillarnos ante él: es una imagen de Dios que se quiere destruir.
4. Darle los primeros auxilios, curarlo y vendarlo.
5. Tomarlo en nuestras manos y levantarlo.
6. Prestarle nuestra cabalgadura e ir nosotros a su lado.

7. Buscar un lugar para que se rehabilite.
8. Encargarnos y estar atentos a su recuperación, no desentendernos de él.
9. Hablar con quienes lo atienden.
10. Volver a verlo cuando se haya recuperado y buscarle salidas.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

CONTEMPLA PARA VIVIR Y ANUNCIAR

31 de marzo de 2021

Estamos ya en la Semana Santa, unos días en los que se condensa el misterio de la vida cristiana. Os invito a contemplar la Pasión del Señor, detenernos en sus escenas y acoger lo que el Señor quiere darnos en cada una para mover nuestro corazón a una confesión cada día más fuerte, más coherente y más provocadora de bien con quienes vivimos. Como dice el Papa Francisco, "Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia" (EG 3).

Cuando el Domingo de Ramos se proclamaba la Pasión que nos relata san Marcos, surgieron y vinieron a mi mente diez escenas que deseo compartir con todos vosotros. Os pido que las contempléis, que toquen vuestro corazón y que las viváis. Con la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo percibimos la urgencia de que la Iglesia sea comunidad evangelizadora, con un "deseo inagotable de brindar misericordia" porque "la credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y de la compasión" (MV 10).

Al meditar la Pasión me descubro como aquel recaudador de impuestos al que un día el Señor encontró sentado en su mostrador y le dijo: "Sígueme". El recaudador dejó el mostrador, se levantó y siguió al Señor. Percibió en lo profundo del corazón la misericordia de Dios, fue tocado en el corazón por el mismo Jesucristo. Todos de alguna manera hemos sido tocados por el Señor y nos hemos levantado para seguirlo. Percibir en estos días la misericordia de Dios es una gracia inmensa, es haber escuchado aquellas palabras del profeta Joel, cuando dice el Señor: "Convertíos a mí de todo corazón, [...] rasgad vuestros corazones, no vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios". Al contemplar las escenas de la Pasión descubrimos el horizonte de amor que Jesús nos revela y nos entrega con su propia vida, y surge el deseo de comunicarlo y vivirlo.

Al hilo de la Pasión se nos invita 1) a la entrega; 2) al servicio; 3) a vivir con la fuerza de la gracia y no la fuerza de uno mismo; 4) al diálogo con Dios, es decir, a la oración; 5) a eliminar de nuestra vida la traición y la violencia; 6) a verificar cómo se ponen todas las fuerzas de este mundo contra Jesús; 7) a vivir en la confesión de Dios siempre; 8) a descubrir cómo los intereses ideológicos, cuando se extreman, llevan al enfrentamiento y hasta eliminar al otro; 9) a vivir desde las certezas cuando, ante la pregunta: "¿Eres el Mesías?", Jesús responde contundente: "Yo soy", y el intento de eliminar a Dios de este mundo por la crucifixión, el dolor y el enterramiento de Jesús, y por último, 10) el triunfo del Señor en su Resurrección.

Es muy importante que esta Semana Santa, ante los misterios que vamos a contemplar, nos preguntemos si tenemos ganas de volar más alto sintiendo la misericordia de Dios y su cercanía en nuestra vida. La Iglesia siempre nos habla como madre y nos dice: "¡Vuelve a Dios! ¡Acoge su misericordia! ¡Deja todo aquello que estorbe el encuentro con Dios! ¡Nunca te acostumbres a vivir al margen de la misericordia de Dios, que es su amor inmenso por ti!". La costumbre casi siempre anestesia la vida y, sobre todo, el corazón. Nos deja con una incapacidad inmensa para asombrarnos, nos quita la esperanza y, tal es la anestesia, que nos hace no reconocer el mal y nos incapacita para luchar contra él. Deseo que, al contemplar, vivir y anunciar a Jesucristo en la Pasión, veamos a la Iglesia de la que somos parte en su intimidad: "La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión esencialmente se configura como comunión misionera" (EG 23). Los misterios que vamos a contemplar nos invitan a la misión, a salir, a anunciar. No se puede anunciar sin haber contemplado y vivido.

En estos días santos es bueno escuchar las palabras que pronunció san Juan XXIII en la apertura del Concilio Vaticano II: "En nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad. [...] La Iglesia católica, al elevar por medio de este Concilio Ecuménico la antorcha de la verdad religiosa, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella". Percibamos y entreguemos el amor misericordioso de Dios, sabiendo que "el que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn 14, 9).

En esta línea, me gustaría daros a cada uno tres tareas esta Semana Santa:

1. Como miembro de la Iglesia entra por la vía de la misericordia.

Recuerda siempre esa frase del Papa Francisco que remueve nuestro corazón y nos hace entender a la Iglesia como una madre de puertas siempre abiertas: "La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia" (MV 10).

2. Haz todo lo que puedas en tu vida cristiana para dar misericordia.

Como señala Francisco, "la Esposa de Cristo hace suyo el comportamiento del Hijo de Dios que sale a encontrar a todos, sin excluir a ninguno. [...] Su lenguaje y sus gestos deben transmitir misericordia para penetrar en el corazón de las personas y motivarlas a reencontrar el camino de vuelta al Padre" (MV 12).

3. Sé obrero de la cultura de la misericordia que se inicia con Jesucristo. A la pregunta "Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?" (cfr. Lc 10, 25-37), el Señor invita a que cada día de nuestra vida venga marcado por la presencia de Dios, que nos hace capaces de amar y así lleva a los demás a experimentar que nadie está fuera de la cercanía de Dios y de su ternura. Que todos los hombres perciban la mirada que Dios tiene sobre nosotros, que los pobres sientan la mirada de respeto y atención, sin indiferencia. Que todo ser humano no deje de pedir perdón y de sentir a Dios que nos acoge y abraza y cambia nuestro corazón.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

HOMILÍAS

VIGILIA DE ORACIÓN CON JÓVENES

5 de marzo de 2021

Buenas noches a todos. Muchas gracias a todos los colegios mayores por haber preparado esta vigilia de oración que hacemos todos los primeros viernes de cada mes. Y gracias también a los testimonios que habéis dado hace un instante. Quisiera acercar esta noche a vosotros la Palabra que acabamos de proclamar, que no es extraña a nuestra vida. La Palabra que hemos proclamado se resume fundamentalmente en tres palabras: regalar, devolver y convertimos.

Cuando Jesús llega al templo de Jerusalén no encontraba a gente que buscaba a Dios. Encontró un comercio. Por eso, acabamos de escuchar cómo Jesús coge y hace un azote de cordeles, y echó del templo a aquella gente. El gesto de Jesús es profundamente liberador. Jesús nos regala siempre liberación. Hace gestos de liberación con nosotros. Este Jesús que está realmente presente aquí, en el misterio de la Eucaristía, y que nosotros venimos a adorar esta noche, y a dejar que Él entre en nuestra vida, quiere regalarnos también a nosotros en este momento de nuestra vida y de nuestra historia un gesto de liberación.

Jesús no toleraba que se profanase el templo. Jesús no toleraba que se manipulase a Dios. El templo para los judíos era una institución incontestable. Atacar el templo era atacar el corazón del pueblo judío. Era el centro de la vida religiosa, social... y Jesús echa a todos del templo. Y a los cambistas les esparció las monedas, y les volcó las mesas. Este gesto de Jesús no lo interpretemos como violencia, como un acto de violencia. Jesús dijo unas palabras que pueden llenar nuestro corazón cuando las acercamos a nuestra vida: "No convirtáis en un mercado la casa de mi Padre". Nuestra vida personal la podemos convertir en un mercado. Y nuestra vida social. Jesús se enfrenta a aquel sistema de los cambistas, que ofrecían a los peregrinos que llegaban a Jerusalén la oportunidad de cambiar las monedas para poder pagar el tributo en moneda legítima. Una moneda que el mismo templo acuñaba. Jesús denuncia este abuso. Lo que anida en la raíz de tantas injusticias en este mundo, ¿no es esta sed de dinero?

Jesús, esta noche, viene a darnos y a regalarnos un gesto liberador. Cuando yo estaba preparando lo que podía decir en función de la Palabra que íbamos a proclamar, pensaba en vosotros. Y pensaba que estáis estudiando una carrera. Tendréis en el futuro una profesión. Si Dios quiere, a ver si tenéis trabajo: ojalá que el Señor cambie nuestra vida y nuestro corazón, y todo el mundo pueda tener el derecho mismo que Dios ha dado al hombre, que es el trabajo. Y digo que esa sed de dinero, con todo lo que esto significa, estaba en la vida de aquellos hombres. Si os dais cuenta, estamos sumergidos en una cultura muy concreta. A veces el dinero, en lugar de emplearlo para ayudar a las personas a crecer, a vivir, se ha convertido en un fin en sí mismo. En un ídolo. La amenaza que tiene el mundo actual con su economía globalizada es un deseo desenfrenado e imparable de comercialización. Comerciamos con todo: hasta con nuestras vidas. Nuestro mundo quizá lo estamos convirtiendo, sin darnos cuenta, en un mercado: todo se compra y todo se vende.

Jesús, sin embargo, viene a entrar a nuestro corazón y a nuestra vida para liberarnos de esta actitud. No se compra la vida. La vida te la han regalado. No se vende la vida. La vida es un don para que los demás puedan ser más y más personas. Este gesto liberador de Jesús esta noche nos lo quiere entregar a nosotros. Regalad siempre este gesto. Que no hagamos nosotros, o no convirtamos este mundo en un mercado, donde se vende y se compra, pero no se regala mi vida: lo que soy, lo pongo a disposición, para que los demás sean más y mejores.

En segundo lugar, devolver. Jesús devuelve al ser humano su libertad y su dignidad. Lo acabáis de escuchar en esta página del Evangelio. Jesús se nos revela no como un violento. No. Jesús, cuando limpia el templo, no es violencia lo que ejerce: quiere devolver al ser humano la libertad y la dignidad. Jesús viene a liberarnos de toda opresión. También de la opresión que a veces se hace en nombre de Dios. El Papa Francisco nos lo repite en infinidad de ocasiones a todos: no estamos en la vida para poner sacos y presiones en los demás. Estamos en la vida para liberar, para hacer respirar a la gente. El Señor viene a liberarnos de toda opresión. No podemos hacer opresión en nombre de Dios, porque Dios es libertad, y nos da libertad, y nos regala la dignidad suya misma.

Jesús nos abre un camino de profunda liberación para todos los hombres. Impresiona cuando uno lee la historia de la vida cristiana, de cómo se va desarrollando la misión que Jesús entrega a la Iglesia desde aquel momento en que los apóstoles salen del solar en el que habían vivido toda la vida, en Palestina, y se lanzan a anunciar el Evangelio a todas las partes de la tierra, para poder decir a los hombre que son imágenes de Dios, y que esas imágenes no pueden estropearse. "¿Qué signos muestras para obrar así?", le dijeron a Jesús. Esta fue la reacción de las autoridades de Jerusalén ante aquellas circunstancias que Jesús vivió en el templo: pedirle cuentas de su gesto. Jesús les contestó: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré". Y aquellas autoridades interpretan mal estas palabras de Jesús porque, como nos dice el Evangelio de san Juan, Jesús hablaba del templo de su cuerpo.

¿Qué significan estas palabras? Significan que, con Jesús, el templo de piedra ha caducado. Que Jesús es el verdadero templo de Dios, en quien el amor del Padre se hace presente para todo el mundo. Y que Jesús, cuando nos entrega a nosotros su vida por el Bautismo, nos hace templos también de ese amor, y que tenemos que repartir este amor en esta tierra y en este mundo. Esto es lo que más sorprendía al mundo pagano cuando salen del solar de Palestina los apóstoles y regalan el amor de Dios. Ese amor que describe san Pablo de una forma excepcional y extraordinaria: el amor es comprensivo, es servicial, no tiene envidia, no se engríe, no es maleducado, no es egoísta, no lleva cuentas del mal, disculpa sin límites, cree sin límites, aguanta sin límites. El amor no pasa nunca. El amor del Padre se hace presente en el mundo. Y Jesús quiere que nosotros hagamos presente en el mundo este amor. Jesús viene a decirnos esta noche, aquí, también presente, real, en el misterio de la Eucaristía: "El verdadero templo de Dios soy yo. La presencia de Dios entre los hombres soy yo. Me romperéis el cuerpo, me destruiréis, pero yo lo

reconstruiré en tres días. Yo resucitaré. Y os regalo mi resurrección a vosotros también".

¿Veis? Realizar. Jesús nos da un gesto de liberación. Devolver. Nos devuelve la dignidad. ¿Qué maravilla esta noche, no? En los segundos que estemos en silencio, mirando al Señor, pensad cómo Él nos regala su dignidad. Y cómo Él nos ha regalado la capacidad para poder establecer en este mundo su amor entre los hombres.

Pero, en tercer lugar, el Señor nos pide convertirnos. Regalar. Devolver. Y convertirnos. Jesús convierte al hombre en templo vivo de Dios. Jesús nos convierte a todos en templos vivos de Dios. En lugares de presencia de Dios. Todo ser humano es un templo vivo de Dios. Para Jesús, el ser humano es templo de Dios. Y san Pablo se lo recuerda a la comunidad de Corinto, cuando les dice y les hace esta pregunta: "¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu habita en vosotros?". Así que el verdadero lugar del encuentro con Dios no será un templo. El lugar del encuentro del hombre con Dios es el hombre mismo.

Si tenéis ocasión, leed alguna obra de san Agustín. Leed las Confesiones de san Agustín. Y leedlas despacio. Porque ahí descubrimos lo que os acabo de decir: el lugar del encuentro del hombre con Dios está en el mismo hombre. Es el mismo hombre. Por eso, el Papa Francisco nos invita a la cultura del encuentro. Del encuentro con nosotros mismos, y del encuentro con Dios. Cultura del encuentro. ¿No tendríamos que convertir nuestros lugares, nuestras amistades, en espacios de encuentro fraternal, donde a nadie se les cierran las puertas, y donde nadie es excluido? La última encíclica del Papa Francisco, *Hermanos todos, Fratelli tutti*, nos habla precisamente de esto: de hacer siempre un lugar al otro. Sea quien sea.

Hoy sabemos que Dios nos sigue pidiendo que no profanemos ningún templo vivo. Hay templos de Dios profanados en muchas partes de la tierra: por leyes injustas, por el terrorismo, por las guerras, por los actos de presión, por la crueldad, por las desigualdades... ¡Cuántas profanaciones de los templos de Dios en los países más empobrecidos de la tierra! ¡Cuántas profanaciones de templos en tantos marginados y excluidos de nuestra sociedad! ¡Cuántas profanaciones en esos cristianos asesinados cruelmente por personas enloquecidas!. Ayer por la tarde, aquí, hubo una oración para ayudar a la Iglesia perseguida. Y hubo también tres personas: un sacerdote de Irak, cuya familia había muerto, les habían matado por ser cristianos; un laico de África, donde ha sufrido también la persecución en uno de

esos países; y un sacerdote de Indonesia. El testimonio fue precioso. ¡Cuántas profanaciones de personas enloquecidas!

Queridos amigos, os decía al principio: estáis haciendo la carrera. Seguro que terminaréis en algún campo de la vida, sirviendo a los demás. Yo os invito a que esta noche, con un gesto audaz, con un gesto provocativo, el mismo que Jesús hizo en Jerusalén, dejéis que Jesús lo haga en vuestro corazón: que entre en vuestra vida. Jesús no ha venido a crear una nueva religión. Ha abierto un camino de amor y de comunión con todo ser humano. Con cada uno de nosotros. Jesús proclama que Él, que Él, es el nuevo templo de Dios. Y que su gloria puede estar en nuestra vida. Porque la gloria de Dios es que el hombre viva, y el hombre vive cuando dejamos que entre Jesús en nuestra existencia.

Tres palabras: regalar (la liberación), devolver (la libertad y la dignidad) y convertirnos. Es lo que nos da Jesús esta noche, y que yo os invito a meditar unos segundos.

NOCHE DE LOS TESTIGOS

(04-03-2021)

Querido don Antonio. Querido don Javier. Querido y estimado don Jesús, asistente eclesiástico. Hermanos y hermanas todos.

Un saludo muy especial a quienes habéis dado vuestro testimonio. Ese testimonio que nace de una experiencia vivida como testigos de nuestro Señor en los diversos lugares de donde provenís. El testimonio que has querido darnos de fe, de la grandeza que tiene para nosotros la fe en el Señor, desde Irak, querido hermano, padre Naim. El testimonio que has querido dar desde África también, como laico cristiano, desde ese compromiso sincero de tu fe, Colin Williams: gracias de corazón. Y el testimonio que acabas de entregarnos a todos nosotros, de una manera especial, vivida también ahora mismo, aquí, en España, como misionero: gracias, padre Robertus.

Yo quisiera deciros sencillamente tres palabras. Tres palabras que quizá son las que pueden ayudarnos a nosotros a descubrir también lo que supone la Ayuda a

la Iglesia Necesitada, que es la que nos convoca aquí a nosotros esta noche en este encuentro de oración. Para nosotros, estas tres palabras serían: levántate, la primera palabra. La que le dice en sueños Dios a san José. La segunda palabra para nosotros tiene una importancia especial: no temas. Y la tercera palabra: despierta. Tres palabras que tienen un contenido singular en nuestra vida. Levántate. No temas. Despierta.

Me detengo por un momento en la primera palabra, que es la que Dios le dirige a san José. Y es la que Dios nos quiere dirigir a nosotros en estos momentos también de nuestra vida. Levántate. Pero no de cualquier manera. Ha sido el testimonio que nos has dado, querido padre Naim. Ha sido precioso. Tú te levantaste. Y saliste con la cruz, el rosario y la imagen de la Virgen. Eso hizo san José, queridos hermanos. Ya con ese Jesús recién nacido estaba presente la cruz, la redención a todos los hombres. Estaba todo el misterio del rosario. El recorrido de los misterios del rosario es el recorrido de la vida misma de Jesús. En esos misterios gloriosos, dolorosos, gozosos, luminosos; en ese recorrido, está todo el misterio de Jesús. Levántate. Gracias por tu testimonio, padre Naim. Saliste de Irak con la cruz, con el rosario, con la imagen de la Virgen.

Queridos hermanos. Levántate se nos dice a nosotros también hoy a través de esta maravillosa obra que realiza Ayuda a la Iglesia Necesitada aquí en España. Levántate. Levántate también, y comprométete con aquellos que más están sufriendo. Con aquellos hermanos nuestros que, en lugares diferentes de este mundo, en geografías muy diversas, han sido capaces también de tomar, como san José, a Jesús crucificado. Han sido capaces de vivir en propia carne los misterios de Jesús, de diversas maneras: ha habido dolor, ha habido gozo por ser fieles a Dios, ha habido resurrección porque aparecían horizontes también nuevos para la vida.

En segundo lugar, no solamente está esta palabra, levántate, que se nos dice a nosotros. Está también esa otra: no temas. Es la que le dice el ángel del Señor cuando se parece en sueños a José: no temas. Dios está a tu lado. Dios está de nuestra parte. Dios está con nosotros. Dios nos regala su amor. Dios nos hace valientes en circunstancias muy diversas. Lo estamos viendo en las diferentes situaciones que hace un instante se nos relataban, en África. Pero lo estamos viendo en otros lugares de la tierra. Dios sigue haciéndonos a nosotros capaces de no vivir en el temor, sino de vivir en la esperanza. La esperanza en Dios, en las diversas realidades que viven cristianos en muchas partes de la tierra. Señor, que nunca temamos. Quizá nosotros, en España, en Europa, nos quejamos fácilmente de

dificultades. Y, sin embargo, son pocas comparadas con las que tienen otros hermanos nuestros, miembros vivos del pueblo de Dios, en diversas partes de la tierra. Y el Señor también a nosotros nos dice: no temas. No temas. Mantengamos la esperanza en nuestro corazón. Que, ante las diversas situaciones que podamos vivir y vivan muchos cristianos, recemos también por ellos, para que nunca pierdan la esperanza. Que nunca pierdan la adhesión sincera a Jesucristo nuestro Señor.

Levántate. No temas. Y, en tercer lugar, despierta. Queridos hermanos, Ayuda a la Iglesia Necesitada nos despierta a todos nosotros. Esta noche, estos testimonios que se han dado aquí, en la catedral, nos hacen ver lugares, personas distintas, en países muy diferentes, en continentes diversos, donde hay cristianos que sufren. No se les reconoce la libertad que tienen que tener para abrirse a Dios con la originalidad que tiene la apertura que hacemos los discípulos de Cristo. Y, sin embargo, nosotros estamos invitados a devolver bien por mal. Lo nuestro no es hacer mal: lo nuestro es dar la mano; lo nuestro es mirar al otro como hijo de Dios; lo nuestro es dar espacio al que es diferente; lo nuestro es dar la vida para aquellos que estén sufriendo más; lo nuestro es despertar a ese sueño precioso que Jesucristo nuestro Señor, presente en el misterio de la Eucaristía, nos ha regalado cuando aquel le preguntó qué era lo que tenía que hacer: "Amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo".

Pues yo quiero daros las gracias, queridos hermanos que trabajáis en esa Ayuda a la Iglesia Necesitada, en lugares tan distintos, porque esta noche, en la presencia de nuestro Señor Jesucristo en el misterio de la Eucaristía, nos habéis invitado, y el Señor nos ha metido en el corazón estas tres aptitudes necesarias para poder anunciar a Jesucristo: levántate, no temas, despierta.

PRIMERA CHARLA CUARESMAL DEL CARDENAL OSORO

(15-03-2021)

Muy buenas tardes a todos: los que estáis aquí, en la catedral, y a quienes a través de YouTube estáis siguiendo, o vais a seguir, estas charlas cuaresmales que yo quisiera hacer llegar a vuestro corazón. Gracias, digo, a los que estáis aquí, y a los que me dais la oportunidad de entrar en vuestras casas, en vuestros hogares, para hablaros de Dios sencillamente.

Los temas que durante estos tres días quiero tratar fundamentalmente los reduzco a esto: entrar en las huellas de la conversión, que va a ser hoy. Mañana hablaremos de la Eucaristía, eucaristizar la vida, ese neologismo que utiliza san Manuel González para hablar precisamente de la Eucaristía y de lo que supone la Eucaristía para nosotros. Y, en tercer lugar, os hablaré de la misión: la misión del discípulo de Cristo.

En las huellas de la conversión. Estamos en un tiempo privilegiado para aprender a permanecer en la vida como discípulos de Jesucristo. Estamos en un tiempo litúrgico que tiene una meta muy clara: la celebración de la Pascua. En las cartas pastorales que os he escrito durante estos años que llevo con vosotros, siempre a principio de curso, que marcan una línea pastoral, y a las que he dado muchos títulos, fundamentalmente os he pedido que viváis en unidad esas tres dimensiones que tiene que tener el discípulo de Cristo: la sacramental, la profética y la caritativa. Es decir: la Eucaristía, la escucha de la Palabra y la caridad.

En esta Cuaresma, quiero hablaros hoy precisamente de esa conversión. Quisiera que tuvieses, o invitaros a tener una atención especial a la Palabra, a la Palabra de Dios. En la carta pastoral de este año animaba también incluso a que invitaseis a los sacerdotes de vuestra parroquia a introducir la Palabra, la Sagrada Biblia, en vuestra casa. Que en un lugar destacado estuviese la Palabra de Dios. El lugar donde vosotros, como familia, pudieseis orar, rezar, y coger algún texto de la Palabra de Dios. Yo hoy os convoco a tener una mirada firme al rostro del Señor para aprender a vivir de Él y desde Él. Os propongo que dediquemos en este tiempo de Cuaresma más tiempo a la oración, a la escucha de la Palabra de Dios. Qué fuerza transformadora tendría hoy en nuestra Iglesia diocesana si en todas las parroquias de nuestra archidiócesis de Madrid, en todas las capillas públicas, tuviésemos una oportunidad de exponer al Señor y, en esa hora, pudiésemos dejarnos alcanzar por los textos bíblicos que durante la Cuaresma se nos van entregando.

Contemplando el rostro de Jesucristo. Junto a Jesucristo, nos encontramos con el amor de Dios revelado plenamente en Él. A su luz, veremos nuestras oscuridades y sentiremos la gracia de celebrar el sacramento de la Penitencia. Sentir al Señor a nuestro lado, a través del sacerdote que hace las veces de Jesucristo mismo. Y nosotros, con profundo arrepentimiento y dolor de corazón, experimentamos cómo a través del sacerdote oímos al Señor que nos dice: "yo te absuelvo de tus pecado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". Hace ya muchos años, siendo yo arzobispo de Oviedo, me hicieron un regalo que es un Cristo de Dalí, una copia. Y está sosteniéndose sobre una columna en posición de crucificado, pero sin cruz. Se ha soltado de la cruz. Esta no existe ya. Y está como desde lo alto, mirando hacia abajo y abrazando a todos los hombres. Cuando lo contemplo -porque me acompaña desde entonces en todos los lugares donde he estado- pienso en el abrazo tremendo que Dios quiere dar a los hombres. Dios

quiere siempre envolvernos en su amor. ¿Por qué no te dejas envolver por el amor de Dios? Envueltos en su amor, damos de ese amor. Envueltos en la densidad del amor manifestado en Cristo, devolvemos a los hombres y a la historia el amor que construye, que desarrolla, que hace crecer, que defiende la vida, que promueve la solidaridad, que acoge a todos los hombres, que nos da el rostro verdadero y humano que hemos de tener, y que nos regala lo divino. ¿Por qué no dejarnos envolver por este amor?

Para estar en las huellas de la conversión, hay que ir tras las huellas de Cristo. Y yo os propongo cinco pasos, que corresponden a cinco páginas del Evangelio que estamos escuchando durante estas semanas de Cuaresma.

Entra en el desierto para ver lo que es importante, en primer lugar. Jesús fue al desierto. Lleno del Espíritu, volvió del Jordán, y durante 40 días el Espíritu le fue llevando por desierto. Y era tentado por diablo. Os invito a que, como Jesús, entremos en el desierto. ¿Qué tentaciones se dan hoy? Entra en el desierto, y mira. Mira si realizas el esfuerzo necesario, y pones todo el interés en el anuncio del Evangelio, de la Buena Noticia, como cristiano. Mira de verdad si evangelizar constituye la dicha, la vocación y la identidad profunda que tienes como miembro de la Iglesia. Como nos decía san Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*: "Llevar a todos los ambientes de la humanidad la buena nueva, y transformarla desde dentro y renovar la humanidad, es lo que tenemos que hacer en estos momentos".

Mirad: hay algo que debemos de pensar en el desierto. En el desierto nos ha puesto esta pandemia que estamos viviendo. Nos ha puesto al paio de nuestras propias fuerzas, que son pocas. Hemos visto la muerte muy cerca de nosotros. A veces a nuestro mismo lado, porque ha muerto familia nuestra. Quizá estamos viviendo nosotros de unos paradigmas que han cambiado, que tienen que cambiar necesariamente en nuestra vida: hemos hecho una sociedad del bienestar, y queremos el bienestar para todo. Para todo. La vulnerabilidad en la que nos ha puesto esta pandemia nos ha hecho ver que el paradigma tiene que cambiar. Y nos ha propuesto que nos cuidemos los unos a los otros. No es tanto ya buscar el bienestar. Precisamente el bienestar consiste en cuidarnos los unos a los otros. Cuidar la tierra, cuidar las relaciones. El cuidado ha de nutrir la educación. Los sistemas educativos tienen que cambiar necesariamente. No tenemos que hacer hombres y mujeres que busquen dónde pueden ganar más a costa de lo que sea. Tenemos que construir

hombres y mujeres de nuestro mundo que busquen cómo cuidar más y mejor a quien está a mi lado. El cuidado se alimenta contemplado el mundo y las personas, y contemplándolos como obra de Dios que son. Y el cuidado es la gran noticia evangélica que tenemos que dar. El cuidado trae esperanza. Cuando yo me siento cuidado por los otros, cuando yo cuido a los demás, doy esperanza a los hombres. Tenemos que hacer de la Iglesia una comunidad cuidadora y fraterna, que prioriza la misión del cuidado, la que tuvo Jesús en este mundo mientras estuvo con nosotros. Llevar a todos los ambientes de la humanidad la buena nueva, y transformarla desde dentro y renovar esta humanidad se hace precisamente no buscando el bienestar mío a costa de lo que sea, sino mostrando otra cara: el cuidado a los demás.

Es una tarea primordial de la misión de la Iglesia que cambia también nuestras catequesis -de los niños, de los jóvenes-, que cambia las relaciones del matrimonio, de la familia. Miremos si estamos dispuestos a trabajar por eliminar esa nostalgia que hay de reconciliación de nuestra humanidad. Y esta nostalgia de reconciliación cambia si pasamos del bienestar al paradigma de los cuidados. El bienestar es tener las necesidades básicas cubiertas. Pensad que muchas veces, los que sois padres de familia, cuando buscáis, decís: "bueno, vamos a mandarles a estudiar a tal sitio, porque ahí saldrán muy bien colocados". Se nos olvida que lo que tienen que salir es más cuidadores de los demás. Esto cambia el mundo. Cambia la vida. Porque el cuidado debe de ser integral. Cuidar, por supuesto, nuestra tierra; cuidar las instituciones; cuidar las relaciones; cuidar y contemplar a Dios, y al prójimo también, que es lo que nos pide Dios. Esta es la gran noticia que tenemos que dar. Entra en el desierto. Entra. Y ve lo que es importante. "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes". Haced esto.

En segundo lugar, no solamente se nos invita a entrar al desierto. El Señor nos dice: "Sube a la montaña y transfigúrate". Jesús cogió a Pedro, a Juan y a Santiago, y nos coge a todos nosotros, los que estás aquí en la catedral y los que están siguiendo por YouTube esta reflexión; nos coge, y quiere subirnos a la montaña; y nos invita a vivir esta experiencia extraordinaria. Jesús sigue llevándonos a los hombres a contemplar la vida desde unos horizontes absolutamente nuevos. Nos lleva como a Pedro, a Juan y a Santiago, y desea que descubramos su rostro verdadero. En realidad, el Señor en el monte no habla a los discípulos, los transfigura. Quiere que no eludamos las preguntas fundamentales de la existencia humana: ¿Qué debo hacer? ¿Cómo puedo discernir de verdad el bien del mal? A estas preguntas solamente se puede responder gracias al esplendor de la verdad, que es Cristo

mismo. En el esplendor de la verdad que se revela en Cristo se nos da respuesta a los interrogantes más fundamentales de la existencia humana. Él es el Camino, la Verdad y la Vida. En la transfiguración comprobamos que la respuesta decisiva a cada uno de los interrogantes del hombre la da Jesucristo. Nada más que Jesucristo. Como nos decía el Concilio Vaticano II en la constitución *Gaudium et spes*, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del verbo encarnado: Cristo. Por eso es necesario ir al monte de la transfiguración. Allí vemos al Señor. Y por eso Pedro pudo responder: "Maestro, qué bien se está aquí". ¿Por qué están bien? ¿Por qué están bien allí? Porque habían llegado en un estado de ignorancia, y el Señor los situó en la sabiduría verdadera. Allí ven el rostro de Cristo, y en él habían descubierto la verdad de la vida. La transfiguración de cada uno de nosotros es don y gracia del Señor.

Hay una condición que favorece nuestra transfiguración en Jesús y con Jesús, que es la disponibilidad para acoger la gracia. La oración siempre nos abre a Dios. Habla con Dios, y deja que Dios te hable. Es muy bueno saber escuchar al Señor. Si os dais cuenta, en la transfiguración, nos dice el Evangelio que Pedro y sus compañeros se caían de sueño. La primera dificultad para transfigurarnos nace de nuestra condición, que aparece además en nuestra sociedad: la fatiga, el cansancio, la desesperanza, la desilusión. Qué importante es dejarnos conquistar por estas palabras que en la transfiguración oyen los discípulos: "Este es mi hijo, el escogido. Escuchadlo".

Por lo tanto: desierto. Transfigurados. Y, en tercer lugar, dejémonos esculpir por la paciencia de Dios. ¿Recordáis aquella imagen que da Jesús de la higuera? ""Ya ves, tres años llevo viniendo a buscar fruto a esta higuera y no la encuentro. Córdala. ¿Para qué va a ocupar de balde este terreno?". El viñador contestó: "Señor, déjala todavía este año. Yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da frutos; si no, la cortas"". Así hace Dios con nuestra vida. San Ignacio dice en el segundo ejercicio sobre los pecados: "Acabar con un coloquio de misericordia razonable y dando gracias a Dios nuestro Señor, porque me ha dado vida hasta ahora, proponiendo enmienda con su gracia más adelante". Dios nos quiere. Dios nos ama. Dios nos trata como trató a esa higuera que no daba fruto, pero quiere cavar, ahondar, darnos su gracia.

Es necesario hacer que los hombres conozcan a Dios, no como un padre ofendido por las ingratitudes de sus hijos, sino como un padre bueno que busca por

todos los medios la manera de confortarles, de ayudarles, de hacerles felices; que les sigue y los busca con amor incansable, como si no pudiese ser feliz sin ellos. Este es Dios. Que nos busca por todos los sitios.

Desierto. Transfigurados. Esculpidos por la paciencia de Dios. Para que utilicemos el título más grande que el ser humano tiene: hijo de Dios y hermano de todos los hombres. Recordad aquella parábola del hijo pródigo: un hombre que tenía dos hijos. "Dame la hacienda que me toca". Y emigró a un país lejano. Dejó a Dios. Hoy muchos de vosotros, las mismas familias, a veces sufrís los padres por vuestros hijos que están lejos de Dios. Cuando yo celebro aquí, en la catedral, el día de la Sagrada Familia, cuántas madres y padres vienen con fotografías de sus hijos para que les bendiga, y dicen: "es que han abandonado. Rece por ellos. Bendígales". Es verdad. Pueden ir a un país lejano, pueden gastar todo lo que les hemos dado. Pero, sin embargo, hay veces que se ponen en camino, y tienen que tener ese padre bueno que les acoge con todas las consecuencias. Y Dios es ese padre. "Cuando estaba lejos, lo vio, se conmovió, y echando a correr se le echó al cuello y se puso a besarlo".

Sabemos también del hijo que estaba en casa, que le molestaba esto, esta actitud del padre: "Yo estoy todo el día aquí, trabajando...". Para alcanzar este título de hijo y de hermano, tenemos que vivir de la misericordia de Dios, de su amor misericordioso. Lo que nos hace alcanzar el título de hijo y de hermano es volver a la alianza del amor de Dios. Nos perdemos cuando rompemos esta alianza, cuando perdemos la gracia, cuando nos asentamos en el pecado. ¿Cómo alcanzar el título de hijo y de hermano? El título no se alcanza por una conquista personal. La vuelta a la dignidad de hijos de Dios se alcanza por la fidelidad de Dios hacia nosotros. Los que estáis aquí, quienes estáis viéndome y escuchando: dejad que Dios os ame. Haced un silencio en vuestra vida y en vuestro corazón. Dios no nos abandona. Dios nos ama. Dios nos quiere. Dios sale a nuestro encuentro, como salió al encuentro de aquel hijo que se había marchado y había gastado todo, como salió al encuentro de aquel hijo que lo tenía todo y no se había dado cuenta de que lo tenía todo. Esta parábola del hijo pródigo, o del padre misericordioso, que a mí me gusta más llamarla así, expresa de la manera más sencilla pero más profunda la realidad de la conversión. Conversión desde la que se alcanza lo que tiene por objeto dar una versión nueva a la vida. Esa es la conversión: dar la versión que Dios mismo nos ofrece y nos ha ofrecido en Jesucristo nuestro Señor. Por eso, en esta

versión es importante dejarse perdonar por Jesús celebrando el sacramento de la Penitencia.

Que esta Cuaresma sintamos la gracia, como el hijo menor, de volver y decirle al Señor: "Perdóname, Señor. Perdóname". Qué hondura tiene que el Señor nos regale el perdón en la celebración del sacramento de la Penitencia. Y es un perdón que no se alcanza por una conquista personal, sino que se alcanza cuando uno descubre a un Dios que me ama tanto, que me quiere tanto, que no me pone ninguna condición. Simplemente, me viene a abrazar. Déjate abrazar por Dios. Te perdona. Para un cristiano, el sacramento de la Penitencia es el camino ordinario para obtener el perdón, para obtener esta gracia y esta salvación.

Hagámoslo de la mano de la Virgen Santísima. Con la Virgen Santísima yo os invito, y termino: vayamos al desierto. Sí. Vayamos al desierto. Veamos qué es lo que tenemos en la vida. A qué nos estamos agarrando. Subamos al monte, y dejémonos transfigurar por el Señor. "Escuchadle". Hagamos esto. Y déjate un rato esculpir por el Señor. Siéntete esa higuera que se seca, que se seca sin Dios, y deja que el Señor ahonde en tu vida. Déjate abrazar por él un momento. Si lo necesitas, si estás más solo que la una, si estás buscando soluciones desde ti mismo y no te dejas iluminar por quien tiene la capacidad de rehacer nuestra vida, déjate esculpir por el Señor. Y comienza a utilizar el título más grande que un ser humano puede tener: hijo de Dios y hermano. Entonces sí que el paradigma del que os he hablado al principio cambia. Ya no es el bienestar: es el del cuidar. ¿Cuido mi relación con Dios, que me ama? Y, naturalmente, tengo que cuidar mi relación con los hermanos, porque lo que tengo que dar es el amor que Dios me da a mí. Es lo que tengo que comunicar a los demás.

Esta versión de la vida es la que os invito a tener. Es sencilla. Es sencilla. Os decía al principio: escuchad la Palabra. Que vuestra casa de familia se convierta en un santuario donde la palabra tiene una preeminencia, no para tenerla de adorno, sino para acogerla en el corazón de quienes habitáis allí.

Que el Señor os bendiga.

Apostemos por el cuidado. Sí. En el fondo, en el fondo, el cuidado es la gran buena noticia evangélica. Es el cuidado que Jesús tuvo con el que estaba enfermo,

con el que estaba en pecado, con el que se acercaba a Él y le pedía que le diese la salud integral de la persona.

El cuidado puede ser la gran noticia evangélica que demos en Madrid todos. Cuidaros entre vosotros: el esposo y la esposa, los padres con los hijos, los hijos a los padres. Aportemos este cuidado en las relaciones que tenemos en la vida. Apostemos por cuidarnos, y por reflejar en ese cuidado que somos hijos de Dios y hermanos de todos los hombres. Amén.

SEGUNDA CHARLA CUARESMAL DEL CARDENAL OSORO

(16-03-2021)

Buenas tardes a quien estáis aquí, en la catedral, y a quienes a través de YouTube estáis oyendo y escuchando estas charlas cuaresmales. Ayer os hablaba de la conversión, de esa versión nueva que tenemos que dar a la vida. Hoy os quiero hablar de la Eucaristía. De cómo confesar la fe en un contexto eucarístico. Y el título que doy a esta meditación es "Dadles vosotros de comer". Los problemas que hoy tenemos los hombres tienen que ver con la presencia o la ausencia de Dios en nuestra vida. Una sociedad en la que se vive y se plantean todas las cosas que el ser humano necesita para convivir al margen de Dios, a la larga se autodestruye. "Dadles vosotros de comer", les dijo Jesús a los discípulos ante aquella inmensa multitud a la que el Señor había hablado.

Recordad el texto de Lucas 9, 10-17: "Al regresar, los apóstoles le contaron todo cuanto habían hecho, y y tomándolos consigo se retiró a solas a una ciudad llamada Betsaida. Pero la gente al darse cuenta, lo siguió. Jesús los acogía, les

hablaba del Reino y sanaba a los que tenían necesidad de curación. El día comenzaba a declinar. Entonces, acercándose los Doce, le dijeron: "Despide a la gente, que vayan a las aldeas y cortijos de alrededor a buscar alojamiento y comida, porque aquí estamos en descampado". Él les contestó: "Dadles vosotros de comer". Y es lo que nos dice el Señor a nosotros en este día: "Dadles de comer".

En el contenido de esta expresión os quiero hablar de qué comida es la que necesita el ser humano para afrontar todas las situaciones. Y eso que necesita el ser humano no es más que Dios mismo. No trabajemos desde nuestros problemas. El mundo necesita y tiene necesidad de respuestas. No sabe cómo vivir. Por ello, hacer presente a Dios, dar la noticia de Dios a los hombres, acercarlos su presencia, mostrar el rostro de Dios que se nos ha revelado en Jesucristo, esta es la gran tarea que tenemos delante de nosotros. Mostremos la belleza de seguir al Señor dando siempre un testimonio creíble.

Tomemos conciencia, en primer lugar, del momento en que vivimos. El momento que vivimos es excepcional. Más que en ningún momento de la historia, el ser humano tiene necesidad y urgencia de verdad. Cuántas oscuridades tienen en su vida personal y en la vida social. Sin verdad, siempre hay muerte. Sin verdad, no es posible la convivencia social. Sin verdad, no se encuentran perspectivas de salida ante los diversos retos que plantea la vida y que plantea la historia viva de los hombres. Sin verdad, se crece en el utilitarismo. Sin verdad, no hay fe. Sin verdad, caemos en el cinismo y en el relativismo. Baste el ejemplo que tantas veces hemos escuchado. Recordemos el escepticismo con el que Pilato dijo: "¿Qué es la verdad?" (Jn 18, 38). Es la pregunta de un escéptico que supone que la verdad nunca se puede reconocer y que, por tanto, hay que hacer lo que sea más práctico o tenga más éxito.

Pilato está ante la verdad, que es Cristo. Pero prefiere no verla. Prefiere ocultarla. Buscar su propia fortuna. Él solamente mira para sí mismo. Y trae la mentira. Trae la muerte. Trae el enfrentamiento. Recordad que os decía ayer la diferencia que existe en tener como paradigma el bienestar y tener como paradigma el cuidado de los demás. Pilato tuvo como paradigma el bienestar. Buscaba su éxito personal. No le importó. Estando ante la verdad, prefirió no verla.

Os decía hace un instante que el momento es excepcional, porque para superar la crisis actual hay que retomar la confianza en la verdad. Queridos hermanos:

para nosotros, la verdad es el mismo Jesucristo. Para nosotros, la verdad tiene rostro, tiene una manera de comportarse. Nuestra fe hace una oposición radical y decidida a esa especie de resignación que considera al hombre incapaz de verdad. Tomemos conciencia del momento que vivimos. Digamos a Cristo lo que hemos hecho y visto. Manifestar con claridad lo que es el núcleo de la crisis que estamos padeciendo, y que pude resumirse en esta expresión que os digo: estamos viviendo una resignación ante la verdad. Hay una crisis moral que tiene sus manifestaciones en la economía, pero la crisis moral tiene su origen en la crisis de verdad. Estamos viviendo esta pandemia que nos ha situado en la verdad, en nuestra vulnerabilidad. El ser humano no quiere saber quién es. No quiere saber a quién se debe. No quiere saber qué camino tiene que recorrer, y qué opciones fundamentales tiene que hacer. Y necesitamos la verdad. Pero tenemos miedo de que la fe en la verdad nos lleve a otras cosas. No nos lleva a la intolerancia, porque la intolerancia llega precisamente cuando hay falta de verdad. La crisis de verdad está radicada en una crisis de fe. "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida".

En segundo lugar, si hemos tomado conciencia del momento en que vivimos, dejémonos acompañar por Cristo. Qué experiencia más gozosa sentir y ver que Dios nos acompaña en nuestro camino, y que desea hablarnos al corazón. Yo os digo a todos los que me estáis escuchando que a lo mejor os falta fe. Dejad por un instante que os acompañe. No tengáis miedo. Él llama a la puerta de nuestro corazón, y nos está preguntando a todos: "¿Estáis dispuestos a darme vuestra vida y vuestro tiempo, aunque sea por un instante?". Probad. Probad. Y es que el Señor desea entrar en nuestro tiempo; desea entrar en nuestra vida; quiere entrar en la historia humana a través de nosotros. Busca moradas vivas. Quiere que su vida, su camino y su verdad lleguen a los hombres. Este es el verdadero regalo que desea hacer a la humanidad. Y quiere hacerlo con nosotros, y a través de nosotros. ¡Qué maravilla ver cómo Dios se acerca a nuestra vida y nos toma consigo! En ese encuentro a solas con el Señor que tuvieron los discípulos, y que podemos tener cada uno de nosotros, descubrimos algo que nos quiere dar siempre, pero que quizá necesitamos hoy más que nunca: vivir en esperanza, regalar esperanza, hacer partícipes a los hombres de la esperanza que solamente puede entregar Jesucristo. Especialmente, cuando la humanidad y nuestro entorno cultural viven en la desilusión, porque se le han venido abajo todos los dioses que nos habíamos construido y en los que hemos fundado nuestra vida. Por eso es tan importante dejarse acompañar por el Señor. Y establecer un reto y un trato de amistad íntima con Él. Porque, entre otras cosas, la esperanza cristiana está

inseparablemente unida al conocimiento del rostro de Dios que se nos ha revelado en la encarnación.

Dejémosnos acompañar por Jesucristo. Encontremos la esperanza verdadera y segura. Dejarse acompañar por el Señor es vivir desde la certeza de la presencia de Dios en nuestra vida, que nos invita al silencio, al retiro, a la conversación con Él, a comprender los acontecimientos de cada día como gestos de amor que Dios tiene con nosotros. Qué fuerza tiene descubrir cómo el ser humano está en constante espera. Siempre. Cuando es niño, espera ser mayor; cuando es adulto, busca la realización y el éxito; cuando es anciano, busca el descanso. ¿Pero, de verdad ha estado el ser humano en la auténtica esperanza? La esperanza marca el camino de la humanidad: dime qué esperas, a quién esperas, y te diré la vitalidad que tienes y las capacidades que desarrollas. Para los cristianos, la esperanza está minada por una certeza: la presencia del Señor a lo largo de nuestra vida, que nos llena de su amor y de su salvación. Dejemos que el Señor nos hable a solas, que alcance nuestro corazón. ¿Veis? En el texto que os decía, Él había estado -el Señor-, con mucha gente. Y marchó. Pero fueron fueron, porque en lo profundo del corazón del hombre hay hambre de verdad y vida, y buscamos -aun sin saberlo- a Dios.

Mirad. Hay una tesis para mí fundamental que, a mi modo de ver, es significativa, y tiene una fuerza extraordinaria: quien conoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de forma adecuada y de manera realmente humana. Si no conoce la realidad, puede ofrecer bienestar, pero no cuida de verdad al ser humano. La fuerza de esta tesis que os digo está ya en el inicio mismo: el hombre es un desconocido para sí mismo al margen de Dios. Mientras iban de camino, recordad aquella respuesta que le dio aquel: "Te seguiré a donde quiera que vayas". En la encíclica del papa Benedicto XVI, *Spe salvi*, nos dice con toda claridad que llegar a conocer al Dios verdadero es tener esperanza. Este es un reto para todos nosotros. Sí. Tener esperanza: ante esta realidad, en nuestra cultura, donde parece que Dios puede ser un estorbo. Ante esta realidad, hay una reacción en nuestra cultura: por educación, hacemos de Dios una frase devota, sin más. Pero también, sin decir nada, lo excluimos de la vida pública de tal modo que pierda así todo significado y llegue a un olvido. Pero esto es imposible, queridos hermanos, porque en el corazón del ser humano está siempre el hambre de Dios. Es duro tener que admitir que lo más real, quien hace posible que la realidad sea tal, lo excluyamos de la vida. Y en función de una tolerancia mal entendida, que se convierte en hipocresía normalmente, lo admitamos como una opinión privada, esta de Dios, pero negando la relevancia

que tiene que tener en el ámbito público, en la realidad del mundo y en nuestra propia vida. La gente lo siguió, nos ha dicho el Evangelio. La gente lo siguió. Vieron en Él la grandeza de Dios, y el amor que tiene al hombre.

Pero demos un paso más. Acogidos. Orientados. Y sanados. Jesucristo nos descubre cómo Él es el Sí que Dios da al hombre y a su vida. Al amor humano. A la libertad. A la inteligencia. Esto es lo que desea hacernos saber y provocar en nosotros. Jesús los acogía, hablaba del Reino, y sanaba a los que tenían necesidad de curación. Nunca pretendáis acercaros a Dios desde fuera. Muchos hombres a través de la historia, incluso en tiempos de Jesús, se han acercado a Él desde fuera, y ciertamente han reconocido su talla espiritual y moral, y lo han comparado con otros grandes fundadores de religiones o de filosofías. En el fondo, les ha pasado lo mismo que al apóstol Felipe durante la última cena: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me conoces, Felipe?". Hay otra manera de acercarnos a Jesús, que es la que Él quiere que tengamos, y por eso nos hace la misma pregunta que a los discípulos en Cesarea de Filipo: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?". Respondamos a esta pregunta, queridos hermanos. Pedro fue valiente: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo". Proclamar con convicción serena y firme: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo". Hacer esta confesión de fe con la conciencia de que Cristo es el verdadero tesoro por el que vale la pena sacrificarlo todo, porque su persona es una amistad que nunca abandona, y que conoce las expectativas más íntimas de nuestro corazón. En el antiguo mundo pagano, Cristo aparecía como la verdadera liberación en un mundo que los hombres creían que estaba lleno de espíritus peligrosos, de los que había que defenderse. Pero hoy, queridos hermanos, en nuestro mundo ha surgido un nuevo paganismo que quizá está lleno de ideologías, y también los hombres ven en este mundo poderes peligrosos. Pero también en este mundo hay que anunciar a Jesucristo como la verdadera y única liberación de los hombres. Conocer a Jesucristo es fundamental. Atrevernos a conocer al Señor nos hace precisamente no desentendernos de los hombres. Hay una tentación permanente en el ser humano: desentendernos de los demás, y mirar para nosotros mismos. Olvidarnos de que lo nuestro es la vocación al amor. El mismo amor que Dios me da es el que yo tengo que regalar a los demás.

Muchos habían acudido a ver al Señor. Él los acogía. Y se entregaba a ellos según la necesidad de cada uno. Los apóstoles ponen la nota negativa. En un momento en que se sienten atosigados por la multitud, le dicen a Jesús: "Señor, despidete a la gente, que se hace tarde". Y mirad lo que les dice Jesús: "Dadles de

comer". "Si no tenemos nada. Aquí hay uno que tiene cuatro o cinco panes, dos peces". "Dadles vosotros de comer". A mí estas palabras siempre me han impresionado, queridos hermanos. Siempre. Siempre. Dios es amor y quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en Él. Este mandato del Señor, "dadles de comer", solamente se puede vivir si de verdad tenemos la experiencia de vivir una comunión con Dios e invadidos e insertados en su amor. La encíclica *Deus caritas est* nos lo dice: "Hemos creído en el amor de Dios. Así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona que da un nuevo horizonte a la vida, y con ello una orientación decisiva".

Estamos junto al altar, donde el Señor se hace presente siempre. Y lo acogemos. Y lo acogemos en nuestra vida. Pero acogerle en nuestra vida es aceptar esto: "Dadles de comer". Es decir, "de lo que yo os he dado, que es mi amor, dádselo". En este mundo en el que vivimos, en estas circunstancias en las que estamos, qué importante es descubrir el mandado de Jesús: "Dadles vosotros de comer". Dadles. ¿Todavía tiene sentido hoy que nos siga diciendo el Señor: "Dadles vosotros de comer"? ¿Es necesario que Jesucristo, para el hombre que ha hecho grandes descubrimientos, que ha alcanzado la Luna y Marte y que está dispuesto a conquistar el universo, es necesario que el Señor nos siga diciendo "dadles vosotros de comer"? ¿Para el hombre que investiga sin límites los secretos de la naturaleza, y los descifra, y descifra los códigos del genoma humano? ¿Es necesario Jesucristo para un hombre que ha inventado la comunicación interactiva del internet gracias a las más avanzadas tecnologías, que convierten a la tierra en una casa común, o lo que llamamos pequeña aldea global? Precisamente, queridos hermanos, tienen más sentido que nunca estas palabras: "Dadles de comer". Y que lo hagamos como Él: "Haced esto en memoria mía". Y tiene sentido para dar respuesta a todos los interrogantes que os he planteado anteriormente, porque el hombre, a pesar de todas las conquistas, tiene el corazón con raquitismo. En todas las conquistas, muchos siguen muriendo de hambre y de sed; hay muchos con muchas enfermedades, con pobreza, con esclavitudes tremendas, con explotaciones que no describimos, pero de todo tipo; ofendidos en la dignidad que Dios puso en el ser humano. Hay odios raciales, a veces religiosos; otros se ven impedidos de profesar libremente su fe por intolerancias, por discriminaciones, por injerencias políticas o coacciones físicas o morales; otros viven en una situación de violencia permanente...

¿Tiene sentido hoy : "dadles vosotros de comer"? Queridos hermanos: tiene sentido profundo. Porque cuando uno recibe a Jesucristo, no puede dar otra cosa más que a Jesucristo. San Agustín lo dice muy bien; así se lo decía a los cristianos del norte de África una vez que celebraba la Eucaristía: "Os habéis alimentado de Jesucristo. Entregad de lo que os habéis alimentado". "Dadles vosotros de comer". ¿Estamos dispuestos, hermanos, a vivir de la Eucaristía, para hacer verdad ese mandato del Señor: "Dadles vosotros de comer?". Quizá a nosotros también se nos ocurre decir lo mismo que a los apóstoles: "Señor, pero si no tenemos nada, cinco panes, dos peces... Tenemos incapacidad par ayudar y dar respuesta a los hombres en las situaciones en las que viven". Tengamos la valentía de recordar por una parte a quienes viven al lado nuestro, a nuestros contemporáneos; tengamos la valentía de recordar lo que es el hombre y la humanidad, queriendo solucionar desde nuestras propias fuerzas las situaciones que viven; y tengamos la valentía de reconocer que solo Jesús, con cinco panes y dos peces, dio de comer a la multitud. El hombre es una criatura en la que Dios ha impreso su imagen; una criatura que es atraída al horizonte de su gracia y que, por lo tanto, es capaz de hacer el bien cuando deja entrar en su vida a Dios mismo; cuando Dios es su vida. ¿Cómo puede suceder que el hombre, hecho para Dios íntimamente, orientado a Él, la criatura más cercana a lo eterno, le podamos privar de esta riqueza?

Qué diferencia más abismal entre la actitud de Cristo y la de los apóstoles. La de los apóstoles: "que vayan y busquen alojamiento y comida"; la de Cristo: "haced que se sienten". Los quiere a su lado. Quiere entregarles lo que necesitan. "Pero si no tenemos más que cinco panes y dos peces...". Hermanos: en manos de Dios se multiplica todo. Cuando entra Dios a tu vida, y amas de verdad, se multiplica todo. Dejas rencores, dejas..., haces sitio, haces hueco a todos... No les digamos hoy a los hombres: "vayan a a las aldeas a buscar comida y alojamiento". Jesús nos dice: "Como yo os he amado, así amaos también vosotros, los unos a los otros" (Jn 13, 34). El amor de Dios va a cambiar, y está cambiando, este mundo. Hace falta que experimentemos la gracia de acoger ese amor. Hace falta que acojamos esta gracia. Este amor de Dios nos da horizontes; nos da perspectivas. Quedaos con esto: "Dadles vosotros de comer". Y cuando celebréis la Eucaristía -yo os invito a celebrarla-, recordad que no es una cosa más. No. En la mesa del Señor, uno aprende a darse y a repartirse. En la mesa del Señor, uno aprende a no dar baratijas. En la mesa del Señor comieron todos y se saciaron, y encima salieron y saciaron a todos los que había por allí, porque lo que más necesita este mundo y los hombres es el amor verdadero, el amor de Dios. Dejémonos amar por el Señor. No podemos

olvidar que muchas personas, en nuestro contexto cultural, que buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo, puedan desconocerlo. Y esto a veces no se conoce por grandes razonamientos, sino por un gesto de amor que un día hicimos y entró en el corazón de la persona que nos encontramos.

Pues hasta mañana si Dios quiere. Que eucaristicemos nuestra vida, como decía y le gustaba decir a este santo español, san Manuel González, el obispo de la Eucaristía.

TERCERA CHARLA CUARESMAL DEL CARDENAL OSORO

(17-03-2021)

Buenas tardes a todos los que estáis aquí presentes en la catedral, y a quienes a través de YouTube estáis viviendo estas reflexiones cuaresmales. Durante los dos días anteriores, el primer día hemos hablado de dar una versión nueva a la vida, de nuestras conversión; ayer hacíamos una reflexión, la misma que Jesús les invitó a vivir a los apóstoles, "dadles vosotros de comer". Poner en el centro de nuestra vida la Eucaristía es esencial. Y este tercer día y último de este triduo cuaresmal quiero hablaros de la misión. Pero no en abstracto, sino a través de una carta pastoral que os he escrito y que la tendréis a partir del día de san José, que he titulado: *San José, un maestro en la misión hoy*.

La carta apostólica *Patris corde* del Papa Francisco, cuando la leí, suscitó en mi corazón el escribiros esta carta pastoral sobre san José como maestro en la misión. Esa misión que nosotros, en este inicio de curso, con la carta pastoral que os escribía, como hago todos los años al iniciar el curso, titulaba "*Quiero entrar en*

tu casa". Quiero entrar en todos los caminos por donde transitan los hombres. En ese lugar donde cada uno de nosotros estamos, y como estemos, el Señor quiere entrar. San José puede ser para nosotros un maestro de esta misión. Vosotros recordad la carta que os escribía. En este trienio he querido que todos salgamos para eliminar el riesgo de clausurarnos en nuestros propios intereses. Cuando nos clausuramos en nuestros intereses, nos convertimos en unos discípulos de Jesús quejosos y quejumbrosos. Unos discípulos de Jesús que nos quitan la pasión por anunciar la alegría del Evangelio. Así os he dirigido ya las dos primeras cartas pastorales programadas para este trienio. Una de ellas, con aquella expresión que Jesús dirigió al ciego Bartimeo: "*¿Qué quieres que haga por ti?*". Era la pregunta que le dirige Jesús al ciego Bartimeo. Y por otra parte, la que estamos viviendo o haciendo vida en este año: "Quiero entrar en tu casa", que es la afirmación que Jesús le hace a Zaqueo. "Baja -estaba ahí, subido a un árbol, para verlo pasar- que quiero entrar en tu casa". Es la petición que hace Jesús a Zaqueo. Ambas cartas están marcando las líneas de trabajo pastoral, la dirección en la que deseamos trabajar según el proyecto evangelizador que hacemos trienalmente, y que nos viene bien hacerlo porque es alentado precisamente por la exhortación apostólica primera que nos regaló el Papa Francisco, *Evangelii gaudium*.

Como sabéis, siempre parto de un texto del Evangelio, ya que en la transformación misionera de la Iglesia descubrimos que en la Palabra de Dios está un dinamismo siempre en salida, siempre en misión, que es provocativa para nuestra vida de discípulos de Cristo y miembros vivos de la Iglesia. Cuando recibí y leí esta carta apostólica, *Patris corde*, que el Papa Francisco nos regala hablándonos de san José, entendí mejor aquellas palabras que el Papa Francisco nos dirige, pues en san José se hacen vida, y entiendo que puede ser el santo que nos acompaña en ese deseo que el Señor nos inspira en la carta que este año os he escrito, "*Quiero entrar en tu casa*". Deseamos entrar en todos los caminos, en todas las situaciones en las que se encuentren los hombres, pero siempre alentados por el modo y la manera en que lo hizo san José.

Las palabras del Papa Francisco son estas: "En cualquier forma de evangelización, el primado es siempre de Dios, que quiso llamarnos a colaborar con Él e impulsarnos con la fuerza de su Espíritu. La verdadera novedad es la que Dios mismo misteriosamente quiere producir, la que Él inspira, la que Él provoca, la que Él orienta y acompaña de mil maneras. En toda la vida de la Iglesia debe manifestarse siempre que la iniciativa es de Dios, que Él nos amó primero, y que Dios quiere

hacer crecer. Esta convicción nos permite conservar la alegría en medio de una tarea tan exigente y desafiante que toma nuestra vida por entero. Nos pide todo, pero al mismo tiempo nos ofrece todo".

¡Ponte en camino! La figura de san José nos invita a escuchar la propuesta del Señor. ¡Ponte en camino!. Qué bueno es que cada uno de nosotros, como discípulos de Jesús, escuchemos ese "id". Recordad que las últimas palabras que el Señor dijo a los apóstoles antes de ascender a los cielos fueron estas: "Id y anunciad el Evangelio a todos los hombres". Qué bueno es escuchar este "id". San José, de alguna manera, escuchó de parte de Dios que se pusiera en camino. En el camino de hacer un acompañamiento a quien Dios había elegido para ser madre de Dios, y en el camino también para acompañar a Jesús. Qué gracia más grande que todos nosotros, todos - laicos, cristianos, sacerdotes, miembros de la vida consagrada - en las diversas situaciones de vida en las que estemos, en las diversas responsabilidades que tengamos, todos escuchemos en lo más profundo de nuestro corazón, oyendo lo que nos pide y quiere de nosotros en este momento Dios. La figura de san José se sitúa en ese deseo de sentir la urgencia de salir y atrevernos a llevar la luz del Evangelio, con la misma prontitud que lo hizo san José. Él no entendía, pero se fío de Dios y salió de sí mismo. Ese mandato de Jesús, "id", hay que hacerlo con alegría, queridos hermanos; esa alegría que procede de Dios; esa alegría que no es del triunfo humano, que es la de sabernos queridos y amados y llamados por Dios a repartir y hacer experimentar ese amor, y sabiendo que esa alegría hay que llevársela a todos los hombres, a todos los pueblos de la tierra. Como san José, descubramos que la iniciativa es de Dios, y que nosotros aceptamos entrar en la misma con todas las consecuencias. Ponte en camino.

Os decía en una de mis cartas pastorales semanales que el momento histórico que vive la humanidad en todas las partes de la tierra nos hace ver que los hombres y mujeres de nuestro tiempo necesitamos y nos urge el alimentar nuestra vida de estos alimentos, siempre necesarios; pero más aún cuando la ruptura, el enfrentamiento, el rencor, el odio y la venganza aparecen envueltos en aparentes regalos de libertad, pero sin dar contenido a la libertad. Tenemos urgencia de acoger el perdón, de acoger la reconciliación, de acoger la misericordia. Recogiendo algunos apuntes que tenía escritos en las libretas cuando era joven, recuerdo cómo en el año 71 hacían eco en el corazón de todos los obispos de España, y ellos querían hacer eco en el corazón de todos los discípulos de Cristo y de todos los hombres de buena voluntad, que acogiesen el perdón, la

reconciliación y la misericordia. Tuvieron instinto para saber y ver lo que necesitaba en aquel momento nuestro pueblo, y también para mantenerse fieles y libres a los imperativos del Evangelio y a lo que la Iglesia en nombre de Cristo tiene que anunciar siempre.

Como san José, descubramos que la iniciativa es de Dios. Cuando comenzaba a escribiros esta carta pastoral sobre san José, yo pensaba esto. Yo sé que las cartas y los documentos hoy a veces no despiertan grandes ilusiones, pero esta carta que os escribo sobre san José os la hago llegar para que cada uno de nosotros descubramos que, como san José fue llamado a una misión extraordinaria, también todos los hijos e hijas de la Iglesia hemos sido llamados por gracia a la pertenencia eclesial en estos momentos de la historia, y hemos sido llamados para anunciar la Buena Noticia, no cualquier noticia. San José puede ser para nosotros un santo que nos acompañe; que nos dé la mística de tener siempre ese anhelo generoso e impaciente de vivir haciendo realidad una opción misionera que nos transforme y nos convierta en discípulos que no nos detenemos en el criterio pastoral de "siempre se hizo así, siempre se ha hecho así", como nos recordaba el Papa Francisco en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*.

San José nos puede ayudar a convertirnos en hombres y mujeres que, asumiendo la mística y el estilo de vivir y de hacer de san José, nos haga discípulos audaces, creativos, cercanos a las realidades de todos los hombres: la familia, los jóvenes, los emigrantes, los pobres... allí donde estemos. Que nos haga hombres y mujeres anunciadores valientes, para ir a los caminos donde están los hombres; y aduces, para mostrar que somos testigos del amor que Dios tiene a todos los hombres. Ponte en camino, como san José. Así lo hizo. En sueños recibió la visita del Señor, y se puso en camino. En la Iglesia hay un lugar para cada uno con su vida auestas. Cada uno con su vida auestas: la que tenga. Hay un lugar, y hay sitio. Busquemos por todos los medios mostrar que la Iglesia no es controladora de la gracia, sino facilitadora de la gracia. Que es casa donde hay un lugar para cada uno con su vida auestas. Es una expresión que nos dice el Papa Francisco en *Evangelii gaudium*. En la línea de salida, ofrecer a todos la vida de Cristo. Os escribía al inicio de curso esta carta pastoral que titulaba así: "*Quiero entrar en tu casa*". Ese entrar en todos los caminos de los hombres no se puede hacer simplemente haciendo diagnósticos. A veces hacemos diagnósticos: "esto está mal, esto..."; muy rápido, además. Ni tampoco solamente con estudios sociológicos, aunque sean necesarios. Se trata de entrar como lo hizo Jesús mientras estuvo aquí con nosotros. Se trata de

entrar en la realidad con su misma mirada: la mirada de discípulo misionero que ve los signos de los tiempos, que ve cada situación de las personas, que observa que ha de cuidar y eliminar y dejar lo que oscurece el proyecto de Dios para los hombres, para poder decir "quiero entrar en tu casa".

Recordad, os lo decía en la carta pastoral de inicio de curso, cuando Jesús llegó a casa de Zaqueo, había allí muchos que decían: "¡Qué va a ser este el Mesías, si se junta con todos los pecadores que hay aquí!". Y recordad la respuesta de Jesús: "No he venido a buscar a los justos, sino a los pecadores". "Quiero entrar en tu casa". Hay que imitar y seguir los caminos del buen pastor que cuida de todos, y que cuando ve alguna oveja perdida va en su búsqueda, deja a todas. Es ese buen pastor que asume la pedagogía del buen samaritano, que va de camino; un hombre, pero que ve a alguien tirado, y se queda ahí. Se arrodilla, lo mira, lo cura, lo vinda, lo toma en sus brazos, le presta la cabalgadura, lo lleva a un lugar para que lo sigan cuidando, y además les dice que volverá a verlo, que lo cuiden mientras tanto hasta que se reponga. Pedagogía del buen samaritano. Se detiene en todos los caminos en los que ve que alguien está tirado y apaleado, no respetado en su integridad, dejando todo lo que tenía que hacer para dedicarse a levantar, a curar, a acompañar y a establecer un proyecto que termine con su deterioro.

Queridos hermanos y hermanas: estamos viviendo la pandemia, la COVID-19. La vulnerabilidad que nos hizo y nos hace experimentar, y nos hizo descubrir que estamos en otro momento de la vida y de la historia, es clara, y por ello tenemos que volver a revivir el cómo se inicia el misterio de la encarnación entre los hombres. Ver lo que significó san José en el inicio del misterio de la encarnación es fundamental. En san José vemos una luz que nos habla del que quizá no nos habíamos preocupado mucho. Creo que en exceso nos hemos preocupado por construir la cultura del bienestar, como os vengo diciendo durante estos días, y olvidar el cuidado. San José no lo olvidó. Es más: Dios le puso en el camino de la encarnación para que cuidase a María y a Jesús, porque Jesús presentaba el modo y la manera de cuidar a todos los hombres. La pandemia nos ha situado en otro paradigma, como os he dicho estos días: en el cuidado. Propongámonos cuidar a los demás. Siempre. La vulnerabilidad nos hizo ver que el cuidado de los unos a los otros se impone como una necesidad. Por eso, san José presenta el paradigma del cuidado como buena noticia evangélica. ¿Hemos caído en la cuenta de que es urgente pasar del paradigma del bienestar al paradigma del cuidado? Cuidar la tierra, cuidar las instituciones, cuidar al ser humano... Un cuidado que ha de ser integral, en todas

las dimensiones de la vida. También la espiritual. También la religiosa. Y, por ello, el cuidado ha de ser competente y compasivo.

Conscientes de esta realidad, hemos de ver los discípulos de Cristo que el cuidado se nutre de la educación. Por tanto, esta nueva época, marcada por el paradigma del cuidado, nos hace situarnos en la misión, contemplando el mundo y a todas las personas que lo habitamos, descubriéndoles la buena noticia del Evangelio, que pertenece a las entrañas del cuidado. Dios vino a este mundo porque el ser humano estaba perdido; y vino a ofrecer la salvación, y la sigue ofreciendo a los hombres. Cuidar mis relaciones con Dios, cuidar las relaciones con el prójimo, establecer prioridades en ese cuidado... Podemos afirmar que hay un antes y un después de la COVID-19. En el después, se nos presenta la imperiosa necesidad de volver a las entrañas del Evangelio. Hemos de estar en el mundo como protagonistas de la encarnación, escuchando a Dios, prestando la vida para que la Vida con mayúsculas, para que la Verdad con mayúsculas, para que el Amor con mayúsculas, para que la cercanía de Dios que nos cuida, se haga presente. En ese protagonismo del cuidado está precisamente san José que, con mirada de fe y con pasión contemplativa, asume la tarea de colaborar activamente y de hacer presente a Dios en medio de este mundo. Es precioso esto. San José presta la vida para que Dios permanezca en este mundo. Tuvo un protagonismo singular: prestó la vida cuando Dios se lo pidió para colaborar y apostar por la presencia de Dios. Por eso, es el santo que quiere entrar en tu casa.

Es bueno comprobar que cuando la buena noticia no se da, o se ponen resistencias a hacerla presente o a que entre en este mundo, queridos hermanos, se provocan grandes deformaciones éticas y profundos debilitamientos de todos los seres humanos que afectan a lo más íntimo del ser personal, y que tienen unas consecuencias graves para la configuración y la vida social. Por eso, esto nos está pidiendo a gritos cuidar mi relación con Dios, cuidar al prójimo, generar procesos de humanizar este mundo, del humanismo-verdad, entregar ese humanismo. El cuidado pertenece a las entrañas del Evangelio, y san José es un protagonista singular de ese cuidado. Urge entrar, y hacer presente en todas las partes de la tierra hombres y mujeres que busquen soluciones a ese deseo de pan, que muchos tienen porque no tienen nada que llevarse a la boca: ved las colas de gente que tenemos en Cáritas, cada día más en Madrid, porque han perdido el trabajo, por muchas situaciones... Vedlo. Pan. Deseos de concordia: la gente quiere paz, no quiere líos, no quiere enfrentamientos, no quiere rupturas, porque sabe las consecuencias que trae, y

especialmente para los que menos tienen, para los pobres. Mientras los demás reñimos, hay otros a lo mejor que se aprovechan. Pero siempre afecta. Deseos de hacer el bien a todos. Deseos de apostar por la defensa de la vida. Deseo de respetar los derechos humanos, entre los que se encuentra el derecho a creer, el derecho a hacer presenta a Dios también en la vida. Qué grande nos hace a los seres humanos, a la familia humana, aprender a convivir en la diferencia. Qué altura alcanza la familia humana que nos hace experimentar lo que es una vida vivida en la pertenencia a los otros, donde los padres asumen la tarea de ser transmisores de la fe de sus hijos, y todos asumimos la tarea de cuidarnos los unos a los otros. San José nos descubre que se impone una evangelización que ha de iluminar los modos de relación con Dios, de relación con los otros y de relación con el mundo. Queridos hermanos, mirad: en la cercanía de san José, sentimos la necesidad de soñar, de descubrir que somos servidores de la vida. Recordad a san José cuando ve que Jesús está en peligro: marcha, se hace migrante, no le importa ir a otra tierra distinta.

Somos servidores de la vida y, por ello, del diálogo y no de la ruptura. Los discípulos de Jesús somos servidores de la vida. Y del diálogo. No de la ruptura. Y del encuentro. Y no de los desencuentros. Y de la verdad. Y no de la mentira. Y de la defensa de la vida. Y no de la implantación de la muerte por ley. No. Cuando Dios quiere, y nos llama. A san José lo hemos de situar como esa persona que al lado de Jesús y María buscó servir el cuidado integral, que es precisamente el que hace que surjan y se susciten los valores más fundamentales.

Quiero terminar, sin leeros todo lo que he reflexionado, pero mostrando un rostro y tres fotografías de san José. En la carta pastoral está más extenso, por si lo queréis leer. Un rostro y tres fotografías. Primera fotografía: san José, servidor y cuidador. La apuesta de san José por servir al misterio de la encarnación la manifiesta desde el momento en que José conoce de parte de Dios lo que sucede: "La generación de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: "José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados"". La respuesta de san José fue inmediata. Nos lo dice el Evangelio: "Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor, y acogió a su mujer, y se hizo servidor y

cuidador de la Santísima Virgen y del niño que ya estaba en el vientre de María". ¿Os habéis dado cuenta que el gran desafío que tenemos en nuestra vida es asumir esta espiritualidad misionera de servicio, de encuentro con los demás, de poner lo que somos y tenemos al servicio de los otros? San José nos invita a retirar nuestro individualismo egoísta; a sentir que nuestra identidad es la que os he dicho: servidores y cuidadores.

Otra fotografía: san José ilumina y comunica vida. "Cuando despertó san José, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor". Estas palabras las escuchamos en un momento de la vida de la Iglesia en la que necesitamos dinamismos misioneros; esos que llevan a ser sal y luz en nuestro mundo; que hacen posible que en el mundo aparezcan otros sabores y otras iluminaciones que sin temor alguno nos llevan a un compromiso cada día más fuerte en la tarea evangelizadora, lo cual requiere que la respuesta sea precisamente al amor de Dios, que nos convoca a la misión. San José nos enseña que el problema no es el exceso de actividades, sino las motivaciones desde donde hacemos las cosas. Para san José, que tuvo que hacer tantas cosas, desde buscar un lugar para que naciese el Salvador de los hombres, trabajar para sacar adelante a la familia, hacerse migrante para salvar a su hijo, pasar desapercibido para que el que protagonizase la vida fuese Dios y no él... San José prestó atención a las personas que tenía a su lado, y vivió con la ilusión de colaborar en el misterio de la encarnación, y lo hizo en el silencio, dejando cultivar aquello que genera luz siempre. Qué fuerza, qué belleza tiene ponerse a vivir en el servicio y comunicar vida siempre, como lo hizo san José.

Y tercera -y termino- fotografía: valentía. San José muestra valentía y creatividad. En los hombres, la valentía y la creatividad surgen cuando encontramos dificultades. Son ellas las que nos hacen creativos y buscar recursos. Hoy, con todos los medios de comunicación que tenemos, sentimos el deseo de vivir juntos, de vivir de cara los unos con los otros, de no darnos la espalda ante las dificultades que surgen en algunos. Palabras como estas: mezclarnos, encontrarnos, darnos la manos, apoyarnos, que podamos convertir nuestra vida en una experiencia viva de fraternidad, de solidaridad, de comunicación con todos... Queridos hermanos: si estas palabras las ponemos en juego y nos hacen salir de nosotros mismos para hacer el bien siempre, qué bueno y qué sanador sería. San José percibió que lo que Dios le pedía requería valentía y creatividad. No se arredró ante las dificultades: iban a matar a los niños, y se marchó. Respondió a Dios así: "Hizo lo que le había mandado el ángel del Señor, y acogió a su mujer". No se encerró en sí mismo.

Encerrarse envenena las relaciones; amarga la vida de uno mismo y enferma las relaciones con los demás. Perdemos todos, queridos hermanos. La respuesta de san José no es egoísta: es de entrega de la vida a lo que le pide Dios en ese momento. Él es reflejo de la paternidad de Dios en Jesús. La respuesta de san José es sanadora y es creativa.

Y termino ya. En la carta lo digo como conclusión. Os digo lo que dijo Dios a san José, porque eso es lo que nos dice a nosotros Dios en estos momentos: "Levántate, toma contigo al niño y a su madre". Esto nos pide el Señor. Ponte en pie. Toma a Dios y toma a María. En este año de san José y de la Familia, pidamos con fuerza al Señor que nos haga entender la ley del amor. El Papa Francisco, a través de todas las exhortaciones y de las encíclicas que nos ha regalado, no está invitando a la misión. Quiere que la hagamos cuidando nuestro mundo y sabiéndonos hermanos de todos los hombres. Es un momento importante. Es un momento en el que nos viene bien escuchar las palabras del apóstol Pablo: "No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien". O aquellas otras, también de Pablo: "No nos cansemos de hacer el bien". Quizá este paso de paradigma en el que os he estado insistiendo durante estas charlas cuaresmales, del bienestar al del cuidado, al que nos está llevando esta pandemia, nos ayude a permanecer en el amor fraterno y a no dejarnos robar este ideal, que es el que quiere suscitar Dios en este mundo. El Papa Benedicto XVI nos decía: "Es importante saber que la primera palabra, la iniciativa verdadera, la actividad verdadera viene de Dios, y solo si entramos en esta iniciativa divina, solo si imploramos esta iniciativa divina, podremos también ser -con Él y en Él- evangelizadores". Entremos en esta iniciativa a la que nos invita san José.

Pues muchas gracias. Esperemos que este tiempo de Cuaresma que nos queda por vivir le pidamos al Señor la conversión. Los cristianos no podemos hablar con conceptos abstractos, sino formular la vida a través también de lo que significa la persona misma de Jesucristo, y acercar a la realidad de quienes nos rodean la persona misma del Señor. Perdón, reconciliación, misericordia, abajarse, amor de Dios.. son palabras nuestras. San José intercede para que las vivamos, porque las vivió junto a Jesús, junto a María.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA DEL DOMINGO DE RAMOS

(28-03-2021)

Queridos obispos auxiliares don Juan Antonio, don Santos, don José y don Jesús. Excelentísimo cabildo catedral. Queridos seminaristas. Excelentísimo señor alcalde y concejales. Director de Cáritas diocesana. Queridos hermanos y hermanas todos.

Acabamos de escuchar la Pasión de nuestro Señor Jesucristo. Iniciamos en este día, en este Domingo de Ramos, esta Semana Santa. Esta semana donde el Señor, a través de la Iglesia, nos da la gracia de poder profundizar, poder descubrir y acercarnos a ese acontecimiento de salvación que nos trae nuestro Señor.

En este día hemos comenzado la celebración diciéndole al Señor, como aquellas gentes que lo rodeaban cuando él iba hacia Jerusalén: "Bendito el que viene en el nombre del Señor. Bendito el reino que llega". Estas son las aclamaciones del pueblo a Jesús a su entrada en Jerusalén. Jesús ha despertado la esperanza en el

corazón de las gentes. De los pobres, de los humildes, de los olvidados, de todos aquellos que quieren buscar la verdad, que quieren tener vida y darla y entregarla. Se produce ciertamente una verdadera manifestación popular. Jesús sube a Jerusalén en medio del gentío, en medio del entusiasmo y de las expectativas que estuvieron vinculadas siempre a la fiesta de Pascua. Jesús fue a Jerusalén de una manera singular. Llama la atención que pida prestado un borrico, y además no es suyo, pero tiene amigos que se lo pueden prestar. Frente al caballo guerrero de los reyes de Israel, Jesús quiere cabalgar sobre un borrico que nadie ha montado todavía. ¿Y por qué elige esto? Porque el borrico representa la mansedumbre, representa la paz frente al caballo que era entonces símbolo de violencia y de la guerra. Él es un Mesías lleno de mansedumbre y de paz. ¿Qué podemos aprender de Jesús en este gesto de paz y de mansedumbre?

Mirad, el detalle está en el mismo Evangelio que hemos proclamado: un borrico que nadie había montado todavía. Porque ningún rey de Israel, ningún jefe del mundo, ha ejercido su trabajo y su vida sin usar la violencia. Jesús es el primero que viene como rey de la paz, como rey humilde, como rey manso. Él no ejerce la violencia. Él no se impone a nadie: solo viene a ofrecernos paz y a abrirnos un camino de amor y de comunión para todos.

Queridos hermanos, esta Semana Santa yo os invito a todos, por supuesto a los que creéis y que estáis ahora en esta celebración, y los que estáis escuchando esta transmisión, a quien agradezco, por Telemadrid; os invito a que profundicéis en este camino de amor y de comunión. Pero también quizá los que tenéis una fe que no tiene esa fuerza que quizá incluso vosotros quisierais poder tener, que abráis el corazón a Jesús que viene con su paz, que viene con su amor, que viene sin violencia, que viene a entregar la fraternidad, que instaure en nuestra vida todas esas cosas que el ser humano quiere tener, pero que especialmente en este tiempo de pandemia que nosotros estamos viviendo necesitamos.

Como os he repetido en otras ocasiones, aquí también en mi predicación, el paradigma del bienestar que hemos vivido y que hemos tenido ha de cambiar. La vulnerabilidad que hemos sentido, que seguimos sintiendo en este tiempo de pandemia, nos hace descubrir la necesidad de cuidarnos los unos a los otros. Es el paradigma del cuidado el que tiene que entrar en nuestra vida y en nuestro corazón: el que tuvo Jesús. Le llevaron un borrico. Vamos a abrir el corazón. Él viene con su paz. Él viene con su entrega. A él le dicen "hosanna", que era una oración israelita

que casi se puede traducir literalmente por este grito: "Sálvanos. Por favor, sálvanos". El "bendito el que viene en el nombre del Señor" expresa que Jesús viene en nombre de Dios, como representante sobre el mundo para realizar una obra nueva, distinta, diferente, necesaria, urgente para el corazón de los hombres. La entrada de Jesús montado en un borrico no fue una entrada triunfal como pudiera ser reseñada en los libros de historia. No. Tampoco aparecería hoy en las portadas de nuestros numerosos medios de comunicación. Podemos decir que fue un triunfo, pero al revés. Humanamente hablamos de triunfo cuando se consiguen victorias sobre el enemigo. De todo tipo.

Jesús entrando en Jerusalén es el triunfo de la paz sobre toda clase de violencia. Es el triunfo de la alegría sobre todas situaciones de tristeza que podamos tener los hombres. Es el triunfo del amor sobre el odio. Es el triunfo de la paz, de la mansedumbre, de la humildad, de la alegría. Queridos hermanos: ¿seremos capaces de expresar esta alegría y alabar al Señor en este día? Desde el fondo de nuestro corazón podemos decirle a Cristo: Bendito tú, Señor, que vienes cada día a nuestra vida. Bendito tú, Señor, que vienes con tu amor y tu paz, y que nos lo regalas, y que lo único que hace falta es que te abramos nuestro corazón y que entre en nuestra vida. Solo tú puedes ser nuestro rey. Solo tú puedes salvarnos. También nosotros queremos gritarle al Señor y decirle: "Hosanna. Sálvanos, por favor. Danos tu vida. Danos tu paz. Danos tu alegría".

Queridos hermanos: habéis escuchado ese relato de la Pasión del Evangelio de san Marcos que hemos proclamado. Hay diez escenas que yo os invitaría a contemplar, a vivir y a anunciar. Esas escenas se traducen, en primer lugar, en la entrega. Jesús se entrega. Recordad: reúne a los discípulos, celebra la Eucaristía, y les dice: "Tomad y comed, esto es mi cuerpo". Pero Jesús les manifiesta que hay otra escena: "Estoy junto a vosotros como el que sirve. Haced vosotros lo mismo: servíos los unos a los otros. Cuidaos los unos a los otros". Y hay una tercera escena que el Señor nos invita a vivir con la fuerza, no de uno mismo. Nos cansamos, queridos hermanos. Nos cansamos. Es necesario vivir con la fuerza que nos viene de Dios. Con su gracia. Con su amor. En cuarto lugar, el Señor nos invita al diálogo: hablemos con Dios, queridos hermanos. Él se retiró a orar. Y los discípulos también, pero se quedaron dormidos. Y, sin embargo, el diálogo con Dios, la oración, es para nosotros esencial. Dejar que Dios te hable. Dejar que Dios toque tu corazón. Dejarlo, queridos hermanos.

Otra escena que el Señor vive: la traición y la violencia. La traición de Judas por unas cuantas monedas. La violencia de Pedro, que saca la espada. Quiere vivir con la fuerza, no con lo que Jesús viene a entregar. En sexto lugar, las fuerzas, todas las fuerzas, se ponen contra Jesús: la fuerzas humanas, todos los que gobiernan Jerusalén, y están en Jerusalén -las fuerzas políticas, las fuerzas religiosas-, contra Jesús. Porque trae algo nuevo, algo diferente. Ojalá nosotros podamos abrazar esa novedad que trae Jesús a nuestra vida. Hagamos por eso, en séptimo lugar, la confesión de Jesús. Han sido preciosas, si os habéis dado cuenta, las palabras que el Señor nos ha regalado a través del apóstol Pablo en la carta a los Filipenses: siendo de condición divina, no se aferró a su igualdad con Dios. Se despojó. Se humilló. Se hizo uno como nosotros. Y por eso lo hemos conocido, queridos hermanos. Conocemos a Dios. Confesemos a este Jesús. Este Jesús que es condenado. Y condenado por hacer el bien. Condenado por construir la fraternidad. Condenado por erradicar la violencia de su existencia. Condenado por tener amistad con todos, pobres y pecadores, santos, humildes... No le apartó nada de nadie. Quiso acercarse a todos. Este Jesús en el que hemos visto su crucifixión y su muerte.

Queridos hermanos. Estas escenas: contempladlas durante estos días. Pero no solamente para ver una historia que sucedió. No. No. Contempladla para acogerla en vuestra vida. Para que acojamos en nuestra vida esa entrega, ese servicio, ese vivir de su gracia, ese diálogo con Dios, esa confesión de Jesús con todas las consecuencias. Hermanos: el Señor está grande con nosotros. Está grande. Desde el fondo de nuestro corazón, esta mañana a todo Madrid, a toda nuestra archidiócesis de Madrid, os invito que digáis al Señor: bendito seas, Señor; vienes a nuestra vida; te abrimos nuestro corazón; deseamos no vivir de nuestras fuerzas, sino aun a veces vacilando nuestra fe, vemos que tu amor, que tu entrega, que tu servicio, que tu manera de vivir es lo que nos hace falta para cambiar este mundo, para convertir esta tristeza en alegría. Tú vienes para despertar esperanza. Y nosotros, tus discípulos, estamos también para despertar esperanza en este mundo. Tú eres nuestro rey. Hosanna. Puedes salvarnos. Y por eso queremos acercarnos a ti durante toda esta Semana Santa.

Que el Señor os bendiga, queridos hermanos. Que el Señor os guarde. No vamos a tener los pasos en Madrid por las calles, pero sí están preparados en los lugares y en las parroquias de donde van a salir. Este año vamos a visitarlos nosotros, con el orden que hay que establecer para no arriesgar la vida de nadie. Pero visitemos

estos pasos. Es una Semana Santa, es verdad, distinta. Pero quizá es una Semana Santa donde hay necesidad, más que nunca, de decirle al Señor: "Sálvanos. Tú eres el único que puedes salvarnos". Abrid vuestro corazón. abrid vuestra vida al que viene aquí, a este altar, dentro de unos momentos. El mismo que nos sigue diciendo: "tomad y comed, que esto es mi cuerpo; tomad y bebed, que esta es mi sangre. Creced con mi alimento, y olvidad otros alimentos que os llevan al enfrentamiento y a la división. Este os lleva a la fraternidad y a daros la mano. Y a dar la mano especialmente a los que más necesitan". Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA CRISMAL

(30-03-2021)

Querido señor cardenal Carlos Amigo. Querido hermano Luis [Luis Armando Tineo Rivera], obispo en Venezuela que estás aquí un tiempo y que hoy a través tuyo nos unimos a todos los presbiterios de esa querida nación que está pasándolo mal. Queridos obispos auxiliares don Santos, don Juan Antonio, don José y don Jesús. Vicario general. Vicarios episcopales. Queridos hermanos sacerdotes. Queridos diáconos. Hermanos y hermanas todos que expresáis la presencia del pueblo santo de Dios en esta celebración de la misa crismal.

Viviendo esta pandemia y entregados al servicio de todos los hombres en nuestra archidiócesis de Madrid, nos reunimos con alegría hoy en la Misa crismal. El año pasado no lo pudimos hacer. Deseábamos que llegase este momento, aunque haya tenido que ponerse límites, por el aforo, en el número de sacerdotes que hubiesen querido estar aquí con nosotros. Lo hacemos con esos recortes que esta situación, fruto de la COVID-19, no pide. El año pasado es verdad que no pudimos

reunirnos. Hoy el Señor nos ha permitido reunirnos en esta celebración entrañable de la Misa crismal en la que el obispo celebra con su presbiterio, y juntos recordamos lo que el Señor hizo con nosotros. En el marco de esta celebración se va a consagrar el santo crisma y se bendicen los demás óleos. Toda la celebración es como una manifestación de comunión de los presbíteros con el propio obispo, que no es en función de las ideas, sino en función de la marca tan honda y tan profunda que ha hecho Jesucristo Nuestro Señor en cada uno de nosotros. Gracias por vuestra presencia. Sabéis muy bien que con el santo crisma consagrado por el obispo se ungen los recién bautizados, los confirmados son sellados, y se ungen las manos de los presbíteros, la cabeza de los obispos, y la iglesia y los altares en su dedicación. Y con el óleo de los catecúmenos, estos se preparan y disponen al Bautismo. Y con el óleo de los enfermos, estos reciben el alivio en su debilidad.

Quiero recordar aquí a los hermanos sacerdotes que han fallecido incluso por causa de esta pandemia que estamos viviendo.

Queridos hermanos, cuando estaba preparando esta homilía pensé en este momento que vive la humanidad, esta pandemia que se hace presente en todas las partes de la tierra, en la que tantas personas han muerto y mueren, y tantos sufrimientos provoca en quienes viven la cercanía de quienes mueren o padecen este contagio en estos momentos.

La vulnerabilidad del ser humano se nos ha hecho patente, la estamos viviendo en nuestra propia carne. Esta experiencia que afecta a lo más hondo del ser humano, a los mismos fundamentos de existencia que estábamos poniendo incluso en este siglo que hemos comenzado, el siglo XXI. Hemos sido constructores y hemos vivido, los que somos más mayores, el deseo de lograr una sociedad del bienestar, donde la riqueza era todo un logro, pero al mismo tiempo vivíamos desconectados de un mundo de pobreza que iba creciendo y al mismo tiempo desentendiéndonos nosotros de él. El magisterio del Papa Francisco nos venía advirtiendo de la urgencia de cuidar nuestro mundo. Todo lo que Dios creó y que a menudo hemos utilizado nosotros sin ningún cuidado, sencillamente lo hemos utilizado para enriquecernos. El Papa Francisco advirtió en la encíclica *Laudato si* la urgencia del cuidado, de cuidar lo creado y de cuidarnos los hombres los unos a los otros.

Últimamente, en la encíclica *Fratelli tutti*, nos habló con claridad diciéndonos: "Es verdad que una tragedia global como la pandemia de COVID-19 despertó

durante un tiempo la conciencia de ser una comunidad mundial que navega en una misma barca, donde el mal de uno perjudica a todos. Por eso dije que la tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, nuestras rutinas y nuestras prioridades. El dolor, la incertidumbre, el temor y la conciencia de los propios límites que despertó la pandemia hacen resonar la llamada a repensar nuestros estilos de vida, nuestras relaciones la organización de nuestras sociedades y sobre todo el sentido de nuestra existencia" (cfr. FT 32, 33). Y a nosotros como sacerdotes nos hace repensar también en qué estamos gastando el tiempo en nuestro ministerio, qué es lo que vivimos y cómo estamos caminando juntos.

Para nosotros es una llamada esta situación a vivir con todas las consecuencias nuestro ministerio y dejar entretenimientos que vacían nuestra identidad y niegan que hemos sido ungidos y enviados. Este momento histórico, nos está haciendo una llamada a recuperar la pasión compartida por anunciar a Jesucristo todos juntos, pero todos unidos, todos buscando lo que la Iglesia legitimada por Pedro y sus sucesores desean. Aquí no valen opiniones apartadas. Siempre sabiéndonos miembros de la Iglesia y engendrando en todos los cristianos el sentido de pertenencia, de construir la fraternidad y no la división, de entregar esas seguridades que ofrece Jesucristo para eliminar el vacío, la desilusión y entregarnos a ver que nos necesitamos unos a otros, los unos a los otros, de tal manera que la oración que nos enseñó Jesús y que nosotros repetimos cuando celebramos la Santa Misa y afirmamos que tenemos el atrevimiento de decir, sea precisamente lo que nos haga, nos una, nos aliente y nos ponga en una situación de misión. Decir padre nuestro es afirmar por una parte que somos hijos de Dios, y por eso decimos padre, y lo decimos en nombre de todos los hombres, aunque esto algunos no lo sepan. Y segundo, que precisamente por eso, por tener un Padre que nos ama entrañablemente, que nos amó tanto que envió a su Hijo, el Dios-con-nosotros, el Dios-entre-nosotros.

Queridos hermanos, somos pastores, y como Jesús sentimos la necesidad de sentarnos a escuchar. Sepamos escucharnos entre nosotros. No hay que perder la capacidad de escuchar. Lo característico del encuentro humano es precisamente escuchar: escuchar a Dios, escuchar la voz del pobre, del enfermo, del anciano, del niño, de las familias, de la naturaleza. Sombras hay, pero a pesar de ellas, que no es conveniente ignorar estas sombras, se abren muchos caminos de esperanza. La pandemia precisamente nos ha situado en otro paradigma que no es el del bienestar,

es el paradigma del del cuidado. Cuidémonos los unos a los otros como nos ha enseñado Jesucristo, con los criterios del Señor, con las acciones del Señor. Cuidémonos de mantener esa acción de ungidos y enviados que nos ha regalado Nuestro Señor Jesucristo. Hagamos de nuestras comunidades esos hospitales entre comillas que cuidan a todos, que nos cuidamos unos a otros. Dentro de ese cuidado para nosotros es fundamental el anuncio claro de Jesucristo Nuestro Señor. Cuidémonos como lo estamos haciendo durante esta pandemia: tantos sacerdotes y tantas personas que han sabido mirar más allá de la comodidad personal. Yo os lo agradezco. Y al mismo tiempo os habéis abierto a esos grandes ideales que engendran deseos de dar la vida y hacer que la vida de los demás sea más bella y digna. Para esto hemos sido ungidos y enviados.

Como sacerdotes, pensemos y gestemos un mundo abierto. La altura espiritual de cualquier ser humano está marcada por el amor. Todos los creyentes, todos los discípulos de Jesucristo necesitamos reconocer esto: lo primero es el amor, lo que nunca debe estar en riesgo es el amor, y el mayor peligro es no amar o meternos, con aspectos que no tienen claridad, en situaciones críticas que no expresan ni amor a nosotros mismos ni amor a los demás, ni ciertamente amor a la Iglesia. Amar no es ponerse a vivir acciones benéficas, aunque estas naturalmente broten necesariamente. El amor al prójimo ha de moverme a buscar lo mejor para su vida y no vale decir, destruyéndolo, que es por amor. Necesitamos aprender a vivir juntos fraternalmente, en fraternidad, en armonía, en paz y sin necesidad de que tengamos que ser todos iguales. Sabiéndonos que en nosotros se ha verificado lo que acabamos de escuchar en la Palabra de Dios proclamada.

Yo os propongo tres descubrimientos. Primero, descubrámonos en lo que somos: ungidos. Se hace realidad en nuestra vida lo que hace un instante escuchábamos del profeta Isaías: "El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido. Me ha enviado para dar la Buena Noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos y a los prisioneros la libertad; para proclamar el año de gracia del Señor" (Is 61, 1-3a. 6^a. 8b-9). Sí, ungidos para abrazar a todos, justos y pecadores, para repartir la vida y no quedarnos con nada, como lo hizo Jesús, para no cansarnos de esperar siempre, para tratarnos entre nosotros como ungidos y así ungir al pueblo santo de Dios con la esperanza que ponemos en Jesús, con la caridad con las familias, con los ancianos, con los jóvenes, con los niños, con los pobres, con los que estén sufriendo por cualquier motivo. Incluso con aquellos que nos encontremos en la vida y nos son precisamente

los que más experimentan o nos hacen ver que pertenecen a la Iglesia. Descubrámonos en lo que somos: ungidos.

En segundo lugar, descubrámonos en dónde estamos: enviados. Enviados para anunciar "a aquel que nos amó", como hemos escuchado en la segunda lectura, aquel "que nos ha librado de nuestros pecados por su sangre y nos ha convertido en un reino, y hecho sacerdotes de Dios, su Padre" (Ap 1, 5-8). Enviados. Enviados con su Espíritu. "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a dar la Buena Noticia a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos la vista". Así escuchábamos en el Evangelio. Hagamos esta tarea con júbilo y con alegría. Es bueno que nos preguntemos hoy: Señor, ¿qué es lo que de júbilo y alegría hay en mi corazón? Y esta no es una pregunta marginal, es una pregunta fundamental, queridos hermanos, que requiere también una respuesta sincera por nuestra parte. ¿Qué hay de júbilo y de alegría en mi corazón? ¿Mi alegría nace en la misión o tengo que buscar otros momentos? ¿Es misionando como me lleno de alegría o tengo que buscar otras cosas para estar alegre? La Eucaristía celebrada y repartida, nos hace hacer sentir en nuestras manos que estamos unidos a todos, al obispo, a los hermanos sacerdotes, a todos los hombres. ¿Salto de júbilo al contemplar los pocos o muchos niños que vienen a la catequesis? A las familias que visito en sus casas como Iglesias domésticas que son, ¿es júbilo para mí y alegría? ¿Estoy lleno de alegría cuando celebro el sacramento del perdón personalmente para mí mismo, reconociéndome en la verdad de mi vida, o cuando entrego este perdón en nombre de Jesucristo? ¿Salto de alegría y júbilo cuando veo que un hijo pródigo vuelve otra vez a su casa? En la pequeñez, en la fortaleza, en el júbilo, experimentemos que hemos sido enviados. Enviados para dar la Buena Noticia a todos los hombres.

Y en tercer lugar, no solamente nos tenemos que descubrir como ungidos, en lo que somos; como enviados, donde estamos; sino descubrámonos como hombres de Iglesia, imitando y siguiendo a Cristo, estando en medio de nuestro pueblo, empapados de sus tradiciones, de sus costumbres, con un corazón que nos arde por dentro porque deseamos que se renueve la faz de la tierra. Seamos sacerdotes enamorados de la madre Iglesia, que ha sido la que nos ha dado lo más valioso que tenemos. Una Iglesia en la que nunca nos podemos permitir el lujo nosotros de oscurecerla o maltratarla con opiniones personales. Nuestro ministerio sacerdotal es de Jesucristo y es ahí, en esa relación con Él, donde tenemos que vivir esta experiencia fundamental de lo que somos. Como hombres de Iglesia, enamorados

de la Iglesia y por tanto sin perder la mirada del primer amor, con un corazón abierto como el de la Iglesia, que recibe a todos, ¡a todos!, y muy especialmente a los que nuestra sociedad excluye. Seamos sacerdotes que corrijan a la Iglesia primero en nosotros mismos. Sí, somos Iglesia, nunca nos aprovechemos del manejo indiscreto de heridas o desavenencias para lastimar o burlarnos de la madre Iglesia o de algunos hermanos. Seamos sacerdotes que santifiquemos y que no nos instemos nunca en la mundanidad. Seamos sacerdotes que hagamos el diagnóstico sobre nuestro mundo con la mirada de Jesús, desde la mirada de Jesús, donde nada hay de quejumbroso, ni de paralizante. Quizá, queridos hermanos, la audacia más grande de Jesús es la acción inclusiva que tuvo, asoció a sí a los pobres, a los oprimidos, a los ciegos, a los pequeños. El Señor cuando nos mira en la fragilidad, nos invita a cuidar a la Iglesia no con temor, sino con audacia.

En esta Misa crismal, yo le pido al Señor que descubramos con más hondura lo que somos: ungidos, dónde estamos; enviados. Y que nos descubramos como hombres de Iglesia. Y pido a la Santísima Virgen María en esta advocación de Nuestra Señora la Real de la Almudena que los sacerdotes de Madrid no caigamos nunca en la tentación de considerarnos unos meros delegados o representantes de la comunidad. Que nunca concibamos el ministerio como una gestión. Que no seamos autorreferenciales que de célibes nos volvemos solteros y estériles. María, Santa Madre de Dios y Madre nuestra, haz que la unción y la misión que tu Hijo Jesucristo nos ha regalado nos mantenga en el don del ardor y nos mantenga desgastándonos todos nosotros por la misión.

Queridos hermanos. Sí, el paradigma es nuevo, el paradigma es cuidar, cuidarnos, cuidar a todos, nadie nos sobra. En el cuidado anunciamos también a Jesucristo a todos los hombres. Que el Señor bendiga a nuestro presbiterio, que el Señor suscite esas vocaciones que necesitamos nos solamente para anunciar el Evangelio aquí en Madrid, sino para llevar este anuncio donde se nos pida, y nos pida Nuestro Señor. Que el Señor os bendiga siempre y os guarde. Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DECRETO LA SUPRESIÓN DE LA PARROQUIA DE SANTA ROSA DE LIMA, DE MADRID

*CARLOS, del título de Santa María in Trastevere,
Cardenal OSORO SIERRA,
por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica,
Arzobispo Metropolitano de Madrid*

La Parroquia de Santa Rosa de Lima fue erigida por Decreto del Arzobispo de Madrid de fecha 24 de junio de 1965, y encomendada desde su erección a la Orden de Predicadores en cuyo templo fue establecida.

Ante las dificultades para disponer de religiosos que puedan atender la pastoral de la parroquia, la Orden ha solicitado dejar la atención pastoral parroquial, pudiendo atender la vecina Parroquia de Ascensión del Señor la feligresía que hasta ahora era atendida en esta Parroquia.

Vistos los informes favorables de los Rvdo. Señor Cura Párroco afectado y del Rvdo. Sr. Arcipreste, así como el del Ilmo. Sr. Vicario Episcopal y oído el

parecer del Consejo Presbiteral (c. 515 § 2º) que, en sesión de fecha 18 de marzo de 2021, emitió su voto favorable, por el presente

DECRETO
LA SUPRESIÓN DE LA PARROQUIA DE SANTA ROSA DE LIMA,
de MADRID

La demarcación territorial de esta parroquia se incorporará a la de Ascensión Del Señor, de Madrid.

Los libros parroquiales serán también depositados en la Parroquia de Ascensión del Señor.

Publíquese este **NUESTRO DECRETO** en el Boletín Oficial de la Archidiócesis y "ad valvas ecclesiae" de las parroquias afectadas.

Dado en Madrid, a diecinueve de marzo de dos mil veintiuno, solemnidad de San José, Esposo de la Virgen María.

† Carlos Card. Osoro Sierra,
Arzobispo de Madrid

Por mandato de Su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez
Canciller-Secretario

DECRETO LA RECTIFICACIÓN DE LÍMITES
DE LA PARROQUIA DE ASCENSIÓN DEL SEÑOR,
DE MADRID

*CARLOS, del título de Santa María in Trastevere,
Cardenal OSORO SIERRA,
por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica,
Arzobispo Metropolitano de Madrid*

La supresión de la Parroquia de **Santa Rosa de Lima, de Madrid**, aconseja modificar los límites de la parroquia **de Ascensión del Señor, de Madrid**.

Vistos los informes del párroco afectado, así como del Arcipreste, del Sr. Vicario Episcopal y del Departamento diocesano de Sociología, tras el Visto Bueno del Consejo Episcopal, y oído el parecer favorable Consejo Presbiteral (c. 515 § 2º), en la sesión del día 18 de marzo de 2021, por el presente

DECRETO
LA RECTIFICACIÓN DE LÍMITES DE LA
PARROQUIA DE ASCENSIÓN DEL SEÑOR, DE MADRID

que en lo sucesivo serán los siguientes: *"Partiendo de la confluencia de la avenida de Nuestra Señora de Valvanera con la calle Vía Carpetana, siguen por el eje de dicha calle, en dirección noreste, hasta el paseo de la Ermita del Santo; continúan por dicho paseo, bordeando el cementerio de San Isidro, hasta el paseo Quince de Mayo y por éste hasta llegar a la altura del Tanatorio de San Isidro. Desde este punto siguen en línea recta imaginaria atravesando el parque de San Isidro, quedando fuera de los límites de la parroquia el citado tanatorio, hasta llegar a la calle Teudis, desde la cual continúan bordeando el límite del parque San Isidro, por las calles Alférez de España y Gorrión hasta su confluencia con la calle Alférez Juan Usera. Siguen por la citada calle y su continuación por la calle Ervigio hasta la calle Soldado José María Rey y la calle Farolillo y por ésta hasta su encuentro con la calle Cabo Nicolás Mur. Continúan por su eje, en dirección oeste, hasta la plaza Roger de Flor y por ésta hasta su confluencia con la calle Fragata, la cual siguen, en dirección este, hasta la calle Matilde Hernández. Continúan por la citada calle hasta la calle Tórtola y por ésta hasta la avenida Nuestra Señora de Valvanera. Desde este punto siguen por dicha avenida, en dirección Oeste, hasta su intersección con la Vía Carpetana, punto de partida".*

Publíquese este **NUESTRO DECRETO** en el Boletín Oficial de la Archidiócesis y "*ad valvas ecclesiae*" de las parroquias afectadas.

Dado en Madrid, a diecinueve de marzo de dos mil veintiuno, solemnidad de San José, Esposo de la Virgen María.

† Carlos Card. Osoro Sierra,
Arzobispo de Madrid

Por mandato de Su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez
Canciller-Secretario

DECRETO LA DIVISIÓN DEL ARCIPRESTAZGO DE SAN MIGUEL DE LAS ROZAS

*CARLOS, del título de Santa María in Trastevere,
Cardenal OSORO SIERRA,
por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica,
Arzobispo Metropolitano de Madrid*

El arciprestazgo, en cuanto agrupación de varias parroquias cercanas por sus límites geográficos o por su finalidad pastoral específica, se concibe como una unidad pastoral (artículo 1 del Estatuto de los Arciprestazgos de la Archidiócesis de Madrid). Sus fines vienen establecidos en el artículo 2 del citado Estatuto.

Con el fin de garantizar el cumplimiento de dichos fines y vistas las peculiaridades actuales del Arciprestazgo de San Miguel de Las Rozas, de la Vicaría VII - Oeste, parece conveniente la división del mismo en dos, para una mejor atención pastoral.

Vistos los informes favorables del Ilmo. Sr. Vicario Episcopal, así como de los Arciprestes y Párrocos afectados, consultado nuestro Consejo Episcopal y visto

el parecer favorable del Consejo Presbiteral en su sesión del día 18 de marzo de 2021, por el presente

DECRETO
LA DIVISIÓN DEL ARCIPRESTAZGO
DE SAN MIGUEL DE LAS ROZAS

en dos, que quedarán compuestos por las siguientes Parroquias:

Arciprestazgo de Majadahonda: Beato Manuel Domingo y Sol, Santa Catalina Mártir, Santa Genoveva Torres Morales, Santa María y Santo Tomás Moro, del término municipal de Majadahonda y San Lucas Evangelista, del término municipal de Villanueva del Pardillo.

Arciprestazgo de Las Rozasrias: Nuestra Señora de la Visitación, San José de Las Matas, San Miguel Arcángel, Santa María de la Merced y Santísimo Corpus Christi, del término municipal de Las Rozas; Asunción de Nuestra Señora y San Ignacio de Loyola, del término municipal de Torrelodones y Nuestra Señora del Rosario, del término municipal de Hoyo de Manzanares.

Publíquese este **NUESTRO DECRETO** en el Boletín Oficial de la Archidiócesis y comuníquese a los Párrocos afectados.

Dado en Madrid, a diecinueve de marzo de dos mil veintiuno, solemnidad de San José, Esposo de la Virgen María.

† Carlos Card. Osoro Sierra,
Arzobispo de Madrid

Por mandato de Su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez
Canciller-Secretario

DECRETO LA REESTRUCTURACIÓN
DE LOS ARCIPRESTAZGOS
DE SANTA MARÍA MICAELA
Y NUESTRA SEÑORA DE LAS VICTORIAS

*CARLOS, del título de Santa María in Trastevere,
Cardenal OSORO SIERRA,
por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica,
Arzobispo Metropolitano de Madrid*

El arciprestazgo, en cuanto agrupación de varias parroquias cercanas por sus límites geográficos o por su finalidad pastoral específica, se concibe como una unidad pastoral (artículo 1 del Estatuto de los Arciprestazgos de la Archidiócesis de Madrid). Sus fines vienen establecidos en el artículo 2 del citado Estatuto.

Con el fin de garantizar el cumplimiento de dichos fines y vistas las peculiaridades actuales de los Arciprestazgos de Santa María Micaela y Nuestra Señora de las Victorias, de la Vicaría VIII - Noroeste, parece conveniente la reestructuración de los mismos

Vistos los informes favorables del Ilmo. Sr. Vicario Episcopal, así como de los Arciprestes y Párrocos afectados, consultado nuestro Consejo Episcopal y visto el parecer favorable del Consejo Presbiteral en su sesión del día 18 de marzo de 2021, por el presente

DECRETO
LA REESTRUCTURACIÓN DE LOS ARCIPRESTAZGOS
DE SANTA MARÍA MICAELA
Y NUESTRA SEÑORA DE LAS VICTORIAS

que quedarán compuestos por las siguientes Parroquias:

Arciprestazgo de Santa María Micaela: San Antonio de Cuatro Caminos, San Eduardo, San Germán, Hispanoamericana de Nuestra Señora de la Merced, María Inmaculada y Santa Vicenta, Santa María Micaela y San Enrique.

Arciprestazgo de Nuestra Señora de las Victorias: Nuestra Señora de las Victorias y San Atanasio, Nuestra Señora del Espino y Nuestra Señora de Madrid, San Francisco Javier y San Luis Gonzaga, San Ignacio de Loyola y Santa María la Mayor y San Julián.

Publíquese este **NUESTRO DECRETO** en el Boletín Oficial de la Archidiócesis y comuníquese a los Párrocos afectados.

Dado en Madrid a diecinueve de marzo de dos mil veintiuno, solemnidad de San José, Esposo de la Virgen María.

† Carlos Card. Osoro Sierra,
Arzobispo de Madrid

Por mandato de Su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez
Canciller-Secretario

DECRETO LA ACTUALIZACIÓN DE LÍMITES
DE LA PARROQUIA DE SANTA TERESA
BENEDICTA DE LA CRUZ,
DE MADRID

*CARLOS, del título de Santa María in Trastevere,
Cardenal OSORO SIERRA,
por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica,
Arzobispo Metropolitano de Madrid*

La parroquia de Santa Teresa Benedicta de la Cruz fue erigida por Decreto de 15 de noviembre de 1999.

En el momento de su creación existía terreno sin urbanizar y los límites se trazaron con línea recta imaginaria, pasando por el medio de lo que hoy es una urbanización con características propias. Además algunas calles que conforman los límites han cambiado de nombre, pudiendo dar lugar a alguna confusión.

Vistos los informes del párroco afectado, del Sr. Vicario Episcopal y del Departamento diocesano de Sociología, tras el Visto Bueno del Consejo Episcopal, y oído el parecer favorable Consejo Presbiteral (c. 515 § 2º), en la sesión del día 18 de marzo de 2021, por el presente

DECRETO
LA ACTUALIZACIÓN DE LÍMITES DE LA
PARROQUIA DE SANTA TERESA BENEDICTA DE LA CRUZ,
DE MADRID

que en lo sucesivo serán los siguientes: *"Partiendo del punto de confluencia de la calle Valle de Pinares Llanos con Arroyo del Monte, siguen por ésta, con dirección Sur, hasta la Glorieta Irene Gutiérrez Caba; desde aquí continúan por la calle Lili Álvarez hasta su confluencia con las calles de Irene Caba Alba y de Encarnación López Argentinita. Desde este punto se prolongan en línea recta imaginaria en mdirección Noroeste, hasta encontrar el puente (autovía M-40) sobre las vías de enlace del ferrocarril; siguen por dichas vías, en dirección Noreste, hasta la avenida del Ventisquero de la Condesa. Continúan por la citada avenida hasta la glorieta Pradera de Navalusilla, donde confluye con la calle Valle de Pinares Llanos siguiendo por esta calle, en dirección Oeste, hasta la de Arroyo del Monte, punto de partida".*

Publíquese este **NUESTRO DECRETO** en el Boletín Oficial de la Archidiócesis y *"ad valvas Ecclesiae"* de las Parroquias afectadas.

Dado en Madrid a diecinueve de marzo de dos mil veintiuno, solemnidad de la San José, Esposo de la Virgen María.

† Carlos Card. Osoro Sierra,
Arzobispo de Madrid

Por mandato de Su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez
Canciller-Secretario

DECRETO LA RECTIFICACIÓN DE LÍMITES
DE LAS PARROQUIAS DE BAUTISMO DEL SEÑOR
Y SAN GABRIEL ARCÁNGEL,
DE MADRID

*CARLOS, del título de Santa María in Trastevere,
Cardenal OSORO SIERRA,
por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica,
Arzobispo Metropolitano de Madrid*

La parroquia de San Gabriel Arcángel fue erigida por Decreto de 1 de junio de 1941 y la parroquia de Bautismo del Señor fue erigida por Decreto de 22 de febrero de 1982.

Actualmente todo el territorio del Real Club Puerta de Hierro, pertenece a la parroquia de Bautismo del Señor, pero debido a la mayor cercanía con la parroquia de San Gabriel Arcángel, parece conveniente que sea ésta la que pastoralmente atienda al citado club.

Vistos los informes de los párrocos afectados, del Sr. Vicario Episcopal y del Departamento diocesano de Sociología, tras el Visto Bueno del Consejo Episcopal, y oído el parecer favorable Consejo Presbiteral (c. 515 § 2º), en la sesión del día 18 de marzo de 2021, por el presente

DECRETO
LA RECTIFICACIÓN DE LÍMITES
DE LAS PARROQUIAS
DE BAUTISMO DEL SEÑOR Y SAN GABRIEL ARCÁNGEL,
DE MADRID

que en lo sucesivo serán los siguientes:

Parroquia de San Gabriel Arcángel:

"Partiendo de la Glorieta de Puerta de Hierro, en su confluencia con la carretera de La Coruña (A 6), siguen por la citada carretera, en dirección Oeste, hasta su confluencia con el río Manzanares, el cual siguen aguas arriba hasta el Puente de San Fernando; cruzan dicho puente hacia la carretera de Madrid a El Pardo (M 30) y por dicha carretera siguen, en dirección Norte, quedando la sede del Real Club Puerta de Hierro dentro de los límites de la parroquia, hasta el punto kilométrico PK. 25 de la carretera de Madrid a El Pardo (M 30) a la altura de la calle Arroyofresno; continúan por dicha calle, quedando toda la urbanización de Ciudad Puerta de Hierro fuera de los límites de esta parroquia, hasta la Avenida de la Ilustración (M 30). Siguen por la citada avenida, en dirección Este, hasta su confluencia con la calle Joaquín Lorenzo y por ésta hasta su confluencia con la Avenida de Juan Andrés. Siguen por la citada avenida, en dirección Sur, hasta su confluencia con la calle Federico Carlos Sainz de Robles y por ésta hasta la calle Antonio Machado. Continúan por la citada calle, tomado dirección a la calle Sinesio Delgado y siguiendo por la misma calle Antonio Machado, en dirección Sur, hasta su confluencia con la carretera de la Dehesa de la Villa por la que continúan hasta el encuentro con la Glorieta Puerta de Hierro, punto de partida".

Parroquia de Bautismo del Señor:

"Partiendo del punto kilométrico PK 25 de la carretera de Madrid a El Pardo (M 30) en su confluencia con la calle Arroyofresno, siguen por la citada calle, quedando toda la urbanización de Ciudad Puerta de Hierro dentro de la parroquia, hasta su confluencia con la Avenida de la Ilustración (M 30). Continúan por ésta hasta la calle Cantalejo y por la citada calle hasta la del Doctor Guiu por la cual siguen hasta la avenida del Cardenal Herrera Oriá. Siguen por la citada avenida, en dirección Este, hasta su intersección con la calle Marqués de Villabrágima. Continúan por dicha calle y su prolongación por la calle Juan Peña, hasta su confluencia con la calle Islas Mascareñas y por dicha calle en dirección Oeste, hasta la calle Alejandro Casona; continúan por la citada calle en dirección Norte, hasta la altura de la calle Rosalía de Castro y por ésta, en dirección Oeste, hasta la calle Lili Álvarez la cual continúan hasta su confluencia con las calles de Irene Caba Alba y de Encarnación López Argentinita. Desde este punto se prolongan en línea recta imaginaria en dirección Noroeste, hasta encontrar el puente (autovía M 40) sobre las vías de enlace del ferrocarril; siguen por dichas vías en dirección Noreste, hasta la Avenida del Ventisquero de la Condesa y por ésta, en dirección Oeste, hasta el punto kilométrico PK 54,600 de la M 40. Continúan por la citada autovía en dirección Noreste, hasta su confluencia con la Carretera El Pardo a Fuencarral por la cual siguen, en dirección Oeste, hasta encontrar la tapia del Monte de El Pardo, límite de la Vicaría. Siguen por la citada tapia, en dirección Sur, hasta la altura de los túneles de El Pardo, punto kilométrico PK 52,200 de la M 40. Continúan por la M 40 en dirección Sur, hasta su confluencia con la carretera de Madrid a El Pardo (M 30) y por ésta hasta el punto kilométrico PK 25 de la carretera de Madrid a El Pardo (M 30) en su confluencia con la calle Arroyofresno, punto de partida".

Publíquese este **NUESTRO DECRETO** en el Boletín Oficial de la Archidiócesis y "*ad valvas Ecclesiae*" de las Parroquias afectadas.

Dado en Madrid a diecinueve de marzo de dos mil veintiuno, solemnidad de la San José, Esposo de la Virgen María.

† Carlos Card. Osoro Sierra,
Arzobispo de Madrid

Por mandato de Su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez
Canciller-Secretario

DECRETO LA UNIÓN "AEQUE PRINCIPALITER"
DE LAS PARROQUIAS
DE NUESTRA SEÑORA DE LAS VICTORIAS
Y SAN ATANASIO

*CARLOS, del título de Santa María in Trastevere,
Cardenal OSORO SIERRA,
por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica,
Arzobispo Metropolitano de Madrid*

La Parroquia de Nuestra Señora de las Victorias, de Madrid, era la principal del término municipal de Tetuán y ya aparece en el Boletín Oficial de la Diócesis de Madrid-Alcalá del año 1891, y la Parroquia de San Atanasio, de Madrid, fue erigida, fue erigida mediante Decreto de 12 de abril de 1965.

Por Decreto de fecha 19 de marzo de 2016 la Parroquia de San Atanasio fue unida "aeque principaliter" con la Parroquia de San Eduardo. Con el paso del tiempo y viendo el inconveniente de tener que cruzar los feligreses de la parroquia

de San Atanasio la calle Bravo Murillo, se estima conveniente la unión "aeque principaliter" con la parroquia de Nuestra Señora de las Victorias, para una adecuada atención religiosa, ya que ambas parroquias tienen una realidad pastoral similar.

Oído el parecer favorable de mi Consejo Episcopal, así como el de ambas comunidades parroquiales, por el presente

DECRETO

LA UNIÓN "AEQUE PRINCIPALITER" DE LAS PARROQUIAS DE NUESTRA SEÑORA DE LAS VICTORIAS Y SAN ATANASIO

En consecuencia el Párroco será el mismo para ambas Parroquias, siendo único el Archivo Parroquial, e igualmente únicos los Consejos Pastoral y de Economía.

Espero que esta unión, y hasta tanto se pueda adoptar otra determinación definitiva, sirva para una mejor eficacia apostólica en todo el territorio parroquial.

Publíquese este Nuestro Decreto en el Boletín Oficial de la Archidiócesis y "*ad valvas ecclesiae*" de las Parroquias afectadas.

Madrid, a diecinueve de marzo del año dos mil veintiuno, solemnidad de San José, Esposo de la Virgen María.

† Carlos Card. Osoro Sierra,
Arzobispo de Madrid

Por mandato de Su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez
Canciller-Secretario

DECRETO LA UNIÓN "AEQUE PRINCIPALITER"
DE LAS PARROQUIAS DE
NUESTRA SEÑORA DEL ESPINO
Y DE NUESTRA SEÑORA DE MADRID

*CARLOS, del título de Santa María in Trastevere,
Cardenal OSORO SIERRA,
por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica,
Arzobispo Metropolitano de Madrid*

La Parroquia de Nuestra Señora del Espino, de Madrid, fue erigida mediante Decreto de 24 de junio de 1965 y la Parroquia de Nuestra Señora de la Madrid, de Madrid, fue erigida bajo la advocación de San Teófilo de Antioquía, mediante Decreto de 13 de abril de 1965, cambiando al nombre actual en 1967.

Desde su creación la parroquia de Nuestra Señora de Madrid ha estado situada en un bajo comercial, sin las instalaciones suficientes para poder realizar adecuadamente sus actividades pastorales. La Parroquia de Nuestra Señora del

Espino, por el contrario está dotada de un complejo parroquial suficiente para llevar a cabo todas las labores pastorales necesarias.

Esto, unido al número de habitantes, que en ambas parroquias no es muy numeroso, hace que se crea oportuno una unión pastoral, en la que cada una seguirá siendo parroquia independiente, pero bajo un mismo equipo pastoral que atienda las dos parroquias.

Oído el parecer favorable de mi Consejo Episcopal, así como el de ambas comunidades parroquiales, por el presente

DECRETO
LA UNIÓN "AEQUE PRINCIPALITER" DE LAS PARROQUIAS
DE NUESTRA SEÑORA DEL ESPINO
Y DE NUESTRA SEÑORA DE MADRID

En consecuencia el Párroco será el mismo para ambas Parroquias, siendo único el Archivo Parroquial, e igualmente únicos los Consejos Pastoral y de Economía.

Espero que esta unión, y hasta tanto se pueda adoptar otra determinación definitiva, sirva para una mejor eficacia apostólica en todo el territorio parroquial.

Publíquese este Nuestro Decreto en el Boletín Oficial de la Archidiócesis y "*ad valvas ecclesiae*" de las Parroquias afectadas.

Madrid, a diecinueve de marzo del año dos mil veintiuno, solemnidad de San José, Esposo de la Virgen María.

† Carlos Card. Osoro Sierra,
Arzobispo de Madrid

Por mandato de Su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez
Canciller-Secretario

NOMBRAMIENTOS

ARCIPRESTE:

- **De Nuestra Señora de la Concepción:** D. Francisco Javier Pérez Sánchez (2-3-2021).

PÁRROCO:

- **De Nuestra Señora de la Luz:** D. Fernando Velasco Arribas (2-3-2021).

OTROS OFICIOS:

- **Capellán del Hospital Doce de Octubre:** D. Abraham Puerta Alemán (2-3-2021).

DEFUNCIONES

– El día 1 de marzo falleció D^a MARÍA ATIENZA SANTOS, de 90 años de edad, madre de Maribel Cristóbal Atienza, secretaria del Departamento de Obras del Arzobispado de Madrid.

– El 2 de marzo falleció en Madrid el sacerdote D. PLÁCIDO GONZÁLEZ VEGAS, a los 89 años de edad. Ordenado sacerdote el 3 de julio de 1955 en Salamanca, era diocesano de Ciudad Rodrigo. Fue sacerdote castrense. En Madrid colaboró en la basílica de la Concepción de Nuestra Señora, desde 1995.

– El 7 de marzo falleció en Madrid el sacerdote D. TOMÁS JUÁREZ GARCÍA-GASCO, a los 84 años de edad. Natural de Corral de Almaguer (Toledo), fue ordenado sacerdote en Madrid el 27 de mayo de 1961. Fue capellán del colegio Nuestra Señora de la Providencia, de Pinto (1961-1964); vicario parroquial de Santo Domingo de Silos, de Pinto (1961-1964); superior de Seminario Menor de Rozas de Puerto Real (1964-1973); director del Seminario Menor de Rozas de

Puerto Real (1973-1987); administrador del Seminario Conciliar (1977-1978); párroco de Pelayos de la Presa (1979-1987); vicario episcopal de la Vicaría VIII (1987-1998); miembro de la Caja de Jubilación de la Curia Diocesana (1997-1998); presidente de la Comisión de Financiación de la Curia Diocesana (1997-2016); miembro del Consejo de la Cadena Cope (1998-2016); vicario episcopal de Asuntos Económicos (1998-2016); miembro del Consejo Episcopal y del Consejo Presbiteral (1987-2019); vicepresidente del Consejo de la Cadena Cope (2000-2016); miembro del Consejo de Consultores del Arzobispado de Madrid (2000-2017); presidente del Consejo de Administración de TMT-Popular Televisión (2001-2016); canónigo de la catedral (1998-2018); presidente de UMAS (2011-2014); vicario episcopal para Asuntos (2016-2019), y prelado de Honor de Su Santidad (2010).

– El jueves 11 de marzo falleció en Chiclana de Segura (Jaén) el sacerdote D. DOMINGO MUÑOZ LEÓN, a los 90 años de edad. Natural de Chiclana de Segura, fue ordenado sacerdote el 3 de abril de 1954. Era diocesano de Jaén y prelado de honor de Su Santidad. Fue profesor de Sagrada Escritura en el Seminario de Jaén y en la Facultad de Teología de Granada, rector del Seminario Mayor de Jaén en Granada y, durante tres años, delegado episcopal de Enseñanza y de Apostolado Seglar. Durante las cuatro sesiones del Concilio Ecueménico Vaticano II acompañó como teólogo particular al obispo de Jaén. También ha sido canónigo lectoral emérito de la santa iglesia catedral de Jaén. Como miembro investigador en plantilla, por oposición, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Sección Bíblica) fue durante 20 años director de un programa de la Comisión Asesora de Investigación Científica y Técnica sobre el Nuevo Testamento y la Literatura Intertestamentaria. Fue durante diez años (1985-1995) miembro de la Pontificia Comisión Bíblica (Roma). Impartió cursos de Sagrada Escritura en las facultades de Teología del Norte de España (Vitoria), Navarra, Comillas y San Dámaso. Ingresó en la Real Academia de Doctores (Sección de Teología) en 1997. Fue presidente de la Sección de Teología de la misma Real Academia y presidente del Comité Técnico para la elaboración de la Sagrada Biblia. Versión Oficial de la Conferencia Episcopal Española, cuya preparación duró once años y que fue aprobada (2008) por la Plenaria de la misma CEE. También fue autor de numerosas publicaciones, artículos de investigación y divulgación bíblica, y colaborador de la parroquia San Vicente de Paul (1994-2018).

– El viernes 19 de marzo falleció en Madrid el sacerdote D. FERNANDO FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, a los 90 años de edad. Natural de Quintanar de Rueda (León), fue ordenado sacerdote el 24 de abril de 1955. Diocesano de Madrid, fue capellán del colegio mayor San Agustín (1966-1970) y director de este mismo centro (1970-1972); vicario parroquial de Santo Tomás de Aquino (1973-1986); profesor en la ETSI Caminos, de la Universidad Politécnica de Madrid (1975-1985); profesor en el Instituto Social León XIII(1977-2001); profesor en IES Santa Brígida (1977-1987); adscrito a María Mediadora (1986-1998); profesor en el Instituto Superior de Pastoral (1989-2001); vicario parroquial de Santa Irene (1998-2004); adscrito a Nuestra Señora de las Victorias (2005-2012), y administrador parroquial de San Atanasio (2007-2012).

– El jueves 25 de marzo falleció en Madrid, a los 89 años de edad, DÑA. MARÍA ARANDA REDONDO, madre del sacerdote D. Gonzalo Ruipérez Aranda, párroco de San Juan de Dios de Vallecas.

– El sábado 27 de marzo falleció en Madrid el sacerdote P. ÁNGEL RABANAL BLÁZQUEZ, franciscano capuchino, a los 83 años. Natural de Carrocera (León), fue ordenado sacerdote el 07 de abril de 1962 en León. En la diócesis de Madrid fue vicario parroquial de San Antonio, de Cuatro Caminos (1978-2014).

– JOSÉ MANUEL TEJA FERNÁNDEZ, hermano capuchino. Nacido el 25 de enero de 1933 en Noja (Cantabria). Hizo la profesión temporal en Bilbao el 28 de agosto de 1950. Después de pasar por varios conventos de la Provincia de Castilla, pidió a los Superiores marchar a Venezuela en 1960, porque su vocación era "ir a misiones". De 1961 al año 2000 permanece en el Vicariato Apostólico de Tucupita, en los caños del río Orinoco, trabajando por el desarrollo humano y cristiano de los indígenas. Después de hacer el curso de Formación Misionera en Madrid, marcha destinado al Vicariato Apostólico de Caroní, en la Gran Sabana, en Venezuela frontera con Brasil el año 2001. Aquejado por enfermedades, ingresa en San Antonio de Cuatro Caminos y fallece el 28 de febrero de 2021.

– ÁNGEL RABANAL VÁZQUEZ, hermano sacerdote capuchino. Nacido en Carrocera (provincia de León) el 23 de abril de 1937. En 1954 ingresa en la Orden Capuchina y recibe la ordenación sacerdotal en León en 1962. Superado una grave situación de la vista, pasa después por Bilbao y a continuación por Montehano (Cantabria), volviendo a Bilbao durante 10 años. Desde 1976 permanece en San Antonio de Cuatro Caminos, de Madrid, ejerciendo como vicario parroquial durante varios trienios. Desde 1978 hasta 2017. Fue muy intensa su dedicación a las comunidades neocatecumenales y sobre todo a la acogida y acompañamiento de decenas de emigrantes. Falleció repentinamente en la tarde del 27 de marzo de 2021.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con ÉL, la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES
CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

MARZO 2021

Día 1, lunes.

- Preside la Eucaristía en la capilla del colegio Stella Maris La Gavia con institución de ministerios de acólito y lector de los Discípulos de los Corazones de Jesús y María.

Día 2, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Seminario Conciliar.
- Visita la Fraternidad Sacerdotal San Juan de Ávila en Galapagar.
- Participa en el encuentro de sacerdotes que acompañan a grupos de Hakuna en toda España en la Casa Espiritual Santa María de los Negrales.

Día 3, miércoles.

- Participó en el encuentro de sacerdotes de grupos Hakuna en el centro Santa María de Los Negrales.

Día 4, jueves.

- Tiene varias entrevistas en el Palacio Arzobispal.
- Al finalizar la tarde preside en la catedral de la Almudena la vigilia de oración "Noches de los Testigos", por los cristianos perseguidos, organizada por Ayuda a la Iglesia Necesitada.

Día 5, viernes.

- En la Basílica de Jesús de Medinaceli celebra la Misa del primer viernes de marzo en honor al Cristo.
- Al finalizar la tarde preside la vigilia de oración "Adoremus" con los jóvenes, en la catedral de Santa María la Real de la Almudena.

Día 6, sábado.

- Participa en la XXVII Jornada Diocesana de Pastoral del Trabajo con el lema: "Nuevas perspectivas en el Mundo del Trabajo", por videoconferencia.
- Preside la XXXVI Jornada Diocesana de Enseñanza con el lema: "Creemos en la dignidad humana, apostamos por la educación". Interviene con la ponencia "Educar es soñar una nueva humanidad", que se celebra en modalidad virtual.

Día 7, domingo.

- Celebra la Eucaristía en la catedral de la Almudena.

Día 8, lunes.

- Recibe la visita del obispo auxiliar de Kiev, S.E. Stepan Sus, responsable del Departamento Migratorio del Sínodo Greco-católico ucraniano, en el Palacio Arzobispal.
- Por la tarde en el Seminario Conciliar preside la Eucaristía y mantiene un encuentro con el curso de propedéutico, S.E. Baltazar Enrique Cardenal Porras Cardozo, arzobispo de Mérida (Venezuela), S.E. Raúl Biord Castillo, obispo de La Guaira (Venezuela), el rector del Seminario Conciliar, el formador y el director espiritual.

Día 9, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Seminario Conciliar.
- Por la tarde preside la Eucaristía en el Seminario Conciliar y mantiene un encuentro con los seminaristas de 6º curso, el rector y el formador.

Día 10, miércoles.

- Se reúne con la Comisión Ejecutiva de la CEE.

Día 11, jueves.

- En la capilla de la residencia de ancianos de las Hermanitas de los Pobres, celebra la Eucaristía.
- Por la tarde preside la Eucaristía en la catedral de la Almudena e imparte el sacramento de la Confirmación a alumnos del colegio de Fomento El Prado.

Día 12, viernes.

- Se reúne con la Provincia Eclesiástica en el Seminario Conciliar.
- Participa en modalidad virtual en la inauguración de las jornadas In&Out de la Fundación Edelvives, sobre "La pastoral de cuidado".
- Celebra en la parroquia Nuestra Señora del Pilar un funeral por el padre del vicario episcopal, D. José Luis Díaz Lorenzo.

Día 14, domingo.

- Celebra la Eucaristía en la catedral de la Almudena.

Día 15, lunes.

- Preside una Misa de acción de gracias por la declaración de venerable de la Madre Dolores Segarra e inaugura las actividades del centenario de su nacimiento, en el Colegio Santa María de las Rozas.
- Tiene varias entrevistas en el Palacio Arzobispal.
- Por la tarde imparte en la Catedral la primera charla cuaresmal "Entrar en las huellas de la conversión", emitida a través del canal de YouTube del Arzobispado.
- A última hora de la tarde preside la Eucaristía en el Seminario Conciliar y mantiene un encuentro con los seminaristas de 4º curso, el rector y el formador.

Día 16, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Seminario Conciliar.
- Por la tarde imparte en la Catedral la segunda charla cuaresmal "Dadle vosotros de comer", emitida a través del canal de YouTube del Arzobispado.

- A última hora preside la Eucaristía en el Seminario Conciliar y mantiene un encuentro con los seminaristas del Seminario Menor, el rector y el formador.

Día 17, miércoles.

- Preside el Acto Académico organizado por la Universidad Eclesiástica San Dámaso con motivo de la festividad de San Raimundo de Peñafort.
- Interviene por videoconferencia el Cardenal Semeraro e imparte su ponencia "Los procesos de canonización en la vida y en la misión de la Iglesia".
- Por la tarde imparte en la Catedral la tercera charla cuaresmal "San José, un maestro en la misión hoy", emitida a través del canal de YouTube del Arzobispado.

Día 18, jueves.

- Se reúne con el Consejo Presbiteral en el Seminario Conciliar.
- Preside en la Catedral un vía crucis con las hermandades y cofradías de la Semana Santa madrileña, organizado por los jóvenes cofrades y la Delegación de Juventud.

Día 19, viernes.

- Por la mañana preside la Eucaristía en la parroquia de San José, de Colmenar Viejo, en honor a su titular.
- Por la tarde celebra la Eucaristía en el 60º Aniversario de la ordenación sacerdotal del padre Ángel García, fundador de Mensajeros de la Paz.
- A última hora de la tarde en la iglesia de San José de la calle Alcalá celebra la Misa solemne en honor a su titular.

Día 20, sábado.

- Asiste en la catedral de la Almudena al pregón de inauguración de la Semana Santa madrileña ofrecido por el Cardenal Amigo, emitido en directo por el canal de YouTube del Arzobispado.

Día 21, domingo.

- Celebra la Eucaristía en la catedral de la Almudena.

Día 22, lunes.

- Preside la Eucaristía en el Seminario Conciliar y mantiene un encuentro con los seminaristas de la etapa discipular B, el rector y el formador.

Día 23, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Seminario Conciliar.
- Preside la Eucaristía en el Seminario Conciliar y mantiene un encuentro con los seminaristas de la etapa discipular A, el rector y el formador.

Día 24, miércoles.

- A lo largo de la mañana tiene varias entrevistas en el Palacio Arzobispal.
- Por la tarde preside en la parroquia San Juan Crisóstomo un funeral por el sacerdote Isaías Barroso Nieto.

Día 25, jueves.

- Se reúne con el Patronato de la Fundación Museo Cerralbo, en la sede de la Fundación.
- Celebra la Jornada por la Vida con una solemne Eucaristía en la Colegiata de San Isidro.

Día 26, viernes.

- Por la mañana tiene varias entrevistas en el Palacio Arzobispal.
- Por la tarde preside la Eucaristía en honor a María Santísima de los Siete Dolores, en su 430 Aniversario, en la parroquia de la Santa Cruz.

Día 27, sábado.

- Celebra un funeral en el 1º Aniversario del fallecimiento del P. Jesús Mª García Urío, en el Centro Pastoral La Piedad.
- Asiste a la entronización del nuevo metropolitano Mons. Besarión, en la Catedral Metropolitana de los Santos Andrés y Demetrio.
- A última hora de la tarde asiste en la catedral de la Almudena a un concierto ofrecido por la Banda Sinfónica Municipal, en el inicio de la Semana Santa madrileña.

Día 28, domingo.

- Preside en la catedral de Santa María la Real de la Almudena la Misa del Domingo de Ramos retransmitida por Telemadrid.

Día 29, lunes.

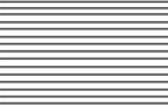
- Tiene varias entrevistas el en Arzobispado.
- Predica un retiro internacional "Quiero entrar en tu casa" (Lc 19,1-10), para políticos y sus familias.

Día 30, martes.

- Preside en la catedral de la Almudena la Misa Crismal con bendición de los santos óleos y del crisma.

Día 31, miércoles.

- Tiene varias entrevistas en el Palacio Arzobispal.
- Preside en la Catedral el Vía Crucis con la participación de delegaciones diocesanas.



Hoy existe un gran **déficit de vida interior**. La ausencia de Dios y la crisis de la verdad dejan al **hombre vacío**, a merced de los sentimientos y las emociones. Así se explica que haya tantos atrapados por la pornografía, el espectáculo y la multitud de imágenes y voces que distraen el espíritu. Sin el silencio interior el hombre, varón o mujer, acaba por no conocerse a sí mismo y se incapacita para la virtud y las obras grandes: **la magnificencia**.

2. MODELO DE PADRE

Cuando el ángel le comunica que María dará a luz un hijo, le confía la misión de padre a José: “le pondrás por nombre Jesús”: Poner el nombre está confiado al padre.

José ejerció la misión como un **varón justo** y siendo un **honrado trabajador**.

Hoy estamos inmersos en una sociedad en la que desde años vivimos el **“ocaso del padre”** y la pérdida de la **“autoridad”**.

Este “ocaso del padre” se da tanto en la familia, como en las instituciones educativas y en el gobierno de los pueblos y de la nación.

La crisis de la verdad, la irrelevancia de la razón débil para afrontarla, han producido una crisis profunda de la autoridad. La autoridad es servicio a la verdad, de lo contrario se transforma en dominio, despotismo o tiranía. Por eso, la renuncia a buscar la verdad se traduce en la **“dictadura del relativismo”**- toda opinión vale igual-, en la arbitrariedad de quienes nos gobiernan, proponiendo leyes inicuas que provocan la **deconstrucción de lo verdaderamente humano y la ruina del alma**. Así se explican la destrucción permanente de la vida inicial con el aborto o la propuesta de la eutanasia en la fase enferma o terminal. Del mismo modo se siguen propiciando leyes permisivas que no respetan la identidad humana.

En la base de todo ello está el **colapso de la mente** que ha sido atrapada por una razón “simplemente instrumental” que se desarrolla con la técnica y la tecnología que se presentan como la verdadera “salvación”. Esta ausencia del padre

y “la crisis de la verdad” conducen a una **sociedad nihilista** donde la libertad humana en vez de regirse por la inteligencia unida a la verdad, se transforma en un haz de instintos y emociones que acaban esclavizando al hombre bajo los requisitos de “**la espontaneidad**” y la “**autenticidad**” que sirven habitualmente de camuflajes de la mentira.

Jesús se sometió en todo a sus padres con obediencia y con ello ratifica la autoridad de los padres para la educación de sus hijos. Es un derecho que les es original y no puede ser sustraído por el Estado como se pretende con la nueva ley de educación. Los padres tienen derecho a educar a sus hijos por haberles dado la vida cooperando con Dios. “**El derecho-deber educativo de los padres** se califica como esencial, relacionado como está con la transmisión de la vida humana; como *original* y *primario*, respecto al deber educativo de los demás, por la unicidad de la relación de amor que subsiste entre padres e hijos; como *insustituible* e *inalienable* y que, por consiguiente, no puede ser totalmente delegado o usurpado por otros.” (*Familiaris consortio*, 36). Jesús abre la educación a la **trascendencia** religiosa y recuerda a José y a María que la familia está abierta al Reino de Dios y Él debe ocuparse de las cosas de su Padre del cielo. De ahí la importancia de la **libertad de culto y religión en el ámbito público y privado**.

3. TESTIGO DE CASTIDAD

Habitualmente cuando nos referimos a San José lo llamamos “**el casto**” o “**castísimo**” San José.

Del mismo modo que José, el vendido por sus hermanos, los hijos de Jacob, fue modelo de gobernante como Virrey de Egipto, después de superar las tentaciones de la mujer de Putifar, San José es testigo de la castidad con la que vivió junto a María su esposa. En todo momento como esposo él reconoció y respetó a María como Arca de la Nueva Alianza viviendo con ella **una conyugalidad gobernada por el espíritu**.

El desprecio y olvido de la castidad es otro de los **grandes déficits** de nuestra cultura y de nuestra sociedad. La castidad es una **gran virtud personal y social**. Como toda virtud concede una capacidad para hacer el bien y de manera pronta. En este caso la castidad modera los dinamismos instintivos y las emociones,

para mediante el autogobierno y el autodomínio del espíritu, dirigir la libertad hacia la verdad del amor y el bien.

La castidad no anula ni al impulso erótico ni a las emociones. Estas son equipaje humano para la acción, pero necesitan ser guiadas hacia la promoción del propio bien personal, el respeto de las demás personas y la fidelidad conyugal que es la clave de la alianza de la vida esponsal.

La virtud de la castidad en los esposos supone la **integración** de todos los dinamismos para la acción amorosa en el acto libre. De esta manera los impulsos físico-biológicos y psíquicos pueden ser conducidos en el lenguaje del cuerpo a ser expresión de la **comunidad interpersonal** que es el destino de la unión conyugal. **Sin la castidad no se llega a la unión amorosa.** La persona del otro es usada como un medio de satisfacción. Uno por la castidad se “posee” no para dar algo que tiene - tiempo, dinero, deseo de satisfacción - sino para **darse a sí mismo como persona con un amor total.**

En el ámbito de la **virginidad y el celibato** por el Reino de los cielos la virtud de la castidad concreta la vocación al amor mediante la renuncia plena y perfecta a la genitalidad para radicalizar y universalizar el amor. Así lo decía San Pablo: “Porque siendo libre como soy, me he hecho esclavo de todos para ganar a los más posibles” (1 Cor 9, 19). Con ello cumplía las palabras de Jesús en las que decía que, ganados por el Reino de los cielos, algunos no se casan. El que pueda entender que entienda (Mt 19, 12). En cualquier caso se trata de un don, una gracia que se concede a algunos que hacen visible a Cristo pobre, casto y obediente y anuncian la belleza del cielo que está por venir. **También la virginidad y el celibato son vocación al amor total.**

Quien no es casto no alcanza la libertad para el bien, acaba siendo un esclavo atrapado por una **“ceguera espiritual”** que **le impide ver lo “inteligible” de la realidad.** La ausencia de la castidad genera personalidades veleidosas, arbitrarias y violentas. Por eso es ésta una virtud que debe de acompañar a todas las personas, especialmente a las que tienen responsabilidades educativas y de gobierno.

Quienes desprecian la castidad la traducen como represión del impulso erótico. Todo lo contrario, se trata de **la virtud de la integración;** esta virtud

integra en el acto libre del autogobierno los dinamismos físico-biológicos y psíquicos en los dinamismos espirituales de la inteligencia y en libertad. El hombre casto es el hombre libre para el don de sí porque se posee a sí mismo.

El hombre sin castidad es un esclavo, no conduce su vida si no que **es conducido por los estímulos de una sociedad pansexualista** como la nuestra. En este contexto, la figura de San José es todo un reclamo del triunfo del espíritu que conduce a la libertad para el don y no para el dominio o la violencia.

Quien no es casto está atrapado por el placer y la utilidad que, incluso cuando son legítimos, no alcanzan el amor a la persona por sí misma respetando su dignidad. El bien moral de la castidad no usa a nadie y ama a la persona en cuanto persona. **La castidad es la verdadera custodia del amor.**

4. PROTECTOR DE LA FAMILIA Y DE LA IGLESIA

El signo que dio el ángel a los pastores y a todo el pueblo de que había llegado el “Salvador” fue el siguiente: *“Aquí tenéis su señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”* (Lc 2, 12).

El nacimiento del “niño Jesús” es el triunfo de la **cultura de la vida**. Como nos recuerda el Concilio Vaticano “El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre” (*Gadium et spes*, 22).

Esta es la cota más alta de la dignidad de toda vida humana. El hombre no sólo ha sido creado **“a imagen y semejanza de Dios” y no de los animales**, sino que el mismo Hijo de Dios se ha hecho hombre y nos invita a ser **hijos de Dios** en el Hijo unigénito.

Desde el nacimiento de Jesús como Salvador, se desata toda la furia del mal y la **cultura de la muerte**. Herodes quiere matar al niño y provoca la muerte de los Santos Inocentes. José se destaca como protector de la Sagrada Familia y custodia a María y a su hijo huyendo a Egipto y aceptando el exilio.

Años más tarde ejercerá esta misión continuando su custodia en el hogar de Nazaret.

Por esta misión el Magisterio ha puesto a San José como **protector de la familia humana y de la familia de los hijos de Dios: la Iglesia**. De ahí la importancia de invocar a San José ante los embates de la **“cultura de la muerte”** que nos invade por todas partes con el aborto, la eutanasia, la manipulación y destrucción de embriones, etc.

Del mismo modo hemos de invocar la protección de San José para nuestras familias de tal manera que los matrimonios no se rompan ni reine la infidelidad. Con San José hemos de superar la **“mentalidad divorcista”** que se presenta como abanderada de la libertad cuando está negando la verdad del amor y la grandeza de la fidelidad que es un don de Dios recibido en el sacramento del matrimonio. El sacramento del matrimonio regala a los esposos el mismo amor de Cristo por la Iglesia manifestado en la cruz. Se trata de un amor que **rompe la dureza de corazón** y posibilita un amor fiel y exclusivo hasta la muerte. Esto es el evangelio del matrimonio que supera la concupiscencia como amor desordenado y garantiza el bien de las personas, de las familias y de la misma sociedad.

Se trata de **un amor abierto a la vida** porque supone el don total de las personas en el lenguaje del cuerpo como cooperadores de Dios creador, quien es el autor de la vida que recibimos siempre como un don. **El invierno demográfico** que sufre España es un mal presagio que nos aboca a una sociedad débil, envejecida y dominada por el multiculturalismo que ensombrece nuestra identidad católica y nuestro patrimonio espiritual.

Del mismo modo que custodió a la Sagrada familia, San José es protector de nuestros seminarios donde se cultiva **las vocaciones sacerdotales** que han de guiar como pastores santos a la Santa Iglesia Católica. El Patriarca San José es protector de la Iglesia y, como él, los sacerdotes han de custodiar virginalmente a los hijos de Dios edificando, por la gracia de Dios, el pueblo santo de Dios. Del mismo modo que San José custodió a su esposa, obra de Dios, inmaculada desde el principio, **los sacerdotes hemos de vivir nuestra sponsalidad con la comunidad cristiana** regalada por Dios sin mancha ni arruga (Ef 5). A ella nos debemos con un amor de consagración sponsal.

5. MODELO DE TRABAJADOR, HUMILDE Y HONRADO

José enseñó a Jesús a trabajar con sus manos indicando con ello la importancia de la actividad humana como camino de santificación. El trabajo tiene dos significados: lo que se hace (que siempre deben ser cosas buenas para el bien) y quien lo hace (el sentido subjetivo de quien trabaja). Ambos aspectos fueron cultivados en el hogar de Nazaret.

Hoy, cuando tantos hogares españoles sufren por la pandemia y la falta de trabajo, hemos de invocar a San José obrero para que interceda por la **dignidad de los trabajadores** y haga de las empresas e instituciones laborales, **talleres de honradez y de cultivo de la convivencia fraterna y de justicia**.

Por todos estos motivos pido a todos los sacerdotes que el día 19 de marzo, **Solemnidad de San José**, se haga en todas las parroquias y comunidades religiosas un **acto de consagración a San José** según el modelo que utilizamos en la Jornada Sacerdotal y que ofrecemos a continuación. Igualmente, os ruego que **todos los jueves del año** en las parroquias se exponga el Santísimo y se **rece el Santo Rosario** por las familias y las vocaciones a la vida consagrada y sacerdotal.

En la misma Solemnidad de San José, el Santo Padre, el Papa Francisco, nos ha pedido inaugurar el **Año de la Familia**. Os ruego que lo inauguréis en todas las parroquias uniendo este acto a la Consagración de las familias y la parroquia a San José.

Qué la Virgen de la Victoria de Lepanto y el Patriarca San José nos concedan estos dones y nos guíen en el camino hacia el cielo con todos los Santos y Bienaventurados. Amén. Con mi bendición.

† Juan Antonio Reig Pla
Obispo Complutense

Alcalá de Henares, a 17 de marzo de 2021
Año de San José y de
Ntra. Sra. la Virgen de la Victoria de Lepanto

CONSAGRACIÓN A SAN JOSÉ

En torno a la solemnidad de san José, celebrando este Año Jubilar por el 150º aniversario de su declaración como Patrono de la Iglesia Católica, hacemos nuestras las palabras de Santa Teresa de Jesús:

«Tomé por abogado y protector al glorioso san José, y encomendéme mucho a él. Vi claro que así de esta necesidad, como de otras mayores, este padre y señor mío me sacó con más bien de lo que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa tan grande las maravillosas mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; de este santo tengo experiencia que socorre en todas las necesidades, y es que quiere el Señor darnos a entender que así como le fue sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre, y le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Querría yo persuadir a todos que fuesen devotos de este glorioso santo por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios».

Animados por esta confianza, acudimos para suplicar su poderosa intercesión y para confiar nuestras personas, nuestro ministerio y a todos los que el Padre Celestial nos ha confiado bajo su paternal solicitud. En él vemos al hombre justo que Dios quiso poner al frente de su casa. Como Jesús, queremos aprender de su ejemplo fuerte y paterno, queremos hacer nuestras sus virtudes: la piedad varonil, la fidelidad a la palabra dada, la integridad y el trabajo duro, la autoridad puesta al servicio del amor, sin búsqueda de dominio.

Letanías a san José

Señor, ten misericordia de nosotros

Cristo, ten misericordia de nosotros.

Señor, ten misericordia de nosotros.

Cristo, óyenos.

Cristo, escúchanos.

Dios Padre celestial, ten misericordia de nosotros.

Dios Hijo, redentor del mundo, ten misericordia de nosotros.

Dios Espíritu Santo, ten misericordia de nosotros.

Santa Trinidad, un solo Dios, ten misericordia de nosotros.

Santa María, ruega por nosotros.

San José, ruega por nosotros.

Ilustre descendiente de David, ruega por nosotros.

Luz de los patriarcas, ruega por nosotros.

Esposo de la Madre de Dios, ruega por nosotros.

Casto guardián de la Virgen, ruega por nosotros.

Padre nutricio del Hijo de Dios, ruega por nosotros.

Celoso defensor de Cristo, ruega por nosotros.

Jefe de la sagrada familia, ruega por nosotros.

José, justísimo, ruega por nosotros.

José, castísimo, ruega por nosotros.

José, prudentísimo, ruega por nosotros.

José, valentísimo, ruega por nosotros.

José, fidelísimo, ruega por nosotros.

Espejo de paciencia, ruega por nosotros.

Amante de la pobreza, ruega por nosotros.

Modelo de trabajadores, ruega por nosotros.

Gloria de la vida doméstica, ruega por nosotros.

Custodio de Vírgenes, ruega por nosotros.

Sostén de las familias, ruega por nosotros.

Consuelo de los desgraciados, ruega por nosotros.

Esperanza de los enfermos, ruega por nosotros.

Patrón de los moribundos, ruega por nosotros.

Terror de los demonios, ruega por nosotros.

Protector de la Santa Iglesia, ruega por nosotros.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: perdónanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: escúchanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: ten misericordia de nosotros.

V. Le estableció señor de su casa.

R. Y jefe de toda su hacienda.

Oh Dios, que en tu inefable providencia, te dignaste elegir a san José por esposo de tu Santísima Madre: concédenos, te rogamos, que merezcamos tener por intercesor en el cielo al que veneramos como protector en la tierra. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Decimos juntos la fórmula de consagración a san José

¡Oh, glorioso patriarca y patrón de la Iglesia! ¡Oh, esposo de la Virgen Madre de Dios! ¡Oh, guardián y padre virginal del Verbo Encarnado! En la presencia de Jesús y María te escojo este día para ser mi padre, mi guardián y mi protector.

¡Oh, gran san José, a quien Dios ha hecho el Jefe de la Sagrada Familia, acéptame, te lo suplico, aunque sea completamente indigno, como miembro de tu “Santo Hogar”. Preséntame a tu Inmaculada esposa y pídele que también me adopte como a su hijo. Con ella, ora para que siempre tenga presente a Jesús y lo sirva con fidelidad hasta el final de mi vida.

¡Oh, terror de los demonios, aumenta en mí la virtud, protégeme del maligno y ayúdame a no ofender a Dios de ninguna forma!

Oh, mi padre espiritual, aquí estoy para consagrarme a ti. En fiel imitación a Jesús y a María, pongo todas mis preocupaciones bajo tu cuidado y protección. A ti, después de a Jesús y a María, te consagro mi cuerpo y mi alma, con todas sus facultades, mi crecimiento espiritual, mi parroquia y todos mis asuntos y actividades. No me abandones, sino adóptame como servidor y como hijo de la Sagrada Familia. Cuida de mí siempre, pero especialmente a la hora de mi muerte. Consuélame y fortaléceme con la presencia de Jesús y de María para que, contigo, pueda alabar y adorar a la Santísima Trinidad por toda la eternidad. Amén.

Amado San José, te consagramos nuestras familias y nuestra parroquia o comunidad. Sé tú nuestro protector como custodiaste el hogar de Nazaret. Amén

ESPAÑA TRANSFORMADA EN UN “CAMPO DE EXTERMINIO”

Ante la aprobación de la ley de la Eutanasia

Con todo respeto y aprecio en el Señor a las personas, debo hacer algunas consideraciones respecto a ciertas leyes y hechos.

Le tenían ganas. La España, tradicionalmente católica y que expandió la fe allende los mares, era un enemigo a batir por sí misma y por su repercusión en los pueblos hermanos de Hispanoamérica, Filipinas, el mismo contexto europeo y la influencia en todo el mundo de nuestros misioneros, activos colaboradores con la transmisión de la fe.

Avanzada la llamada transición política, y con una Constitución española llena de ambigüedades, las fuerzas laicistas unidas a las fuerzas políticas partidarias de la relativización cultural, moral y religiosa de nuestro pueblo, han conseguido, - con la aprobación de leyes que permiten destruir la vida por

nacer, tanto en el seno materno como en los laboratorios, y ahora con la aprobación de la Ley de la eutanasia, - convertir a España en un **“campo de exterminio”**.

El “tsunami” de leyes que desregulariza el patrimonio cultural y espiritual de España, enarbolando siempre la bandera de la “libertad”, comenzó con la ley del divorcio (1981), a la que siguieron la despenalización del aborto (1985), la ley sobre técnicas de reproducción asistida (1988), la ley que permite el así llamado matrimonio civil entre personas del mismo sexo (2005), la ley del divorcio “exprés” y el repudio (2005), la introducción de la asignatura “Educación para la ciudadanía” que hacía presente la “ideología de género” en la escuela (2006), la ley sobre técnicas de reproducción asistida (2006), la ley Aido sobre la interrupción del embarazo y la salud sexual y reproductiva (2010), la ley de investigación biomédica (2011), hasta llegar a las leyes autonómicas sobre “Identidad y expresión de género e Igualdad social y no discriminación” presentes en varias comunidades autónomas de la nación española.

Además de otras propuestas leyes permisivas anunciadas por distintos ministerios, la **puntilla final a la libertad de conciencia y a la dignidad de toda vida humana**, la han puesto la nueva **ley de educación** (2020) y la **ley de la eutanasia** (2021). Con ello las fuerzas globalistas, los *lobbies* financieros, sus terminales eutanásicas y el laicismo militante pueden darse por vencedores ante un pueblo anestesiado por los medios de comunicación, la fuerte **ingeniería social** desarrollada con la perversión del lenguaje, un Tribunal constitucional atrapado por el positivismo jurídico y que deja en desamparo lo que naturalmente constituye lo “específicamente humano”: **la dignidad y el carácter sagrado de la vida**, la diferenciación varón -mujer como riqueza de patrimonio de la humanidad, el bien del matrimonio abierto a la vida y la función social de la familia como pilares que sostienen una sociedad estable y con un horizonte de fraternidad. Con esta ley se consuma el proceso de transformación de la “ley natural” y de los llamados “derechos humanos”, en derechos subjetivos, según los propios deseos de cada uno. Ya no quedan los bienes indisponibles. Lo que viene después son las leyes que propicien el **“transhumanismo”**.

Hay que repetirlo una vez más. **No existe el derecho a la muerte**. La eutanasia acaba con todos los derechos. **La vida humana es siempre un don**

que nos precede y que merece ser cuidado personal, familiar y socialmente desde la perspectiva del bien común hasta la muerte natural. **Es el don más alto de la creación.** De manera particular le corresponde al Estado garantizar este cuidado y protección. No hacerlo lo convierte en **un Estado que no cumple su misión y queda ilegitimado en el ejercicio de este poder.** Ahora los médicos y el personal sanitario adquieren una nueva responsabilidad de resistencia ante el mal. Las clínicas, los hospitales y los hogares no pueden convertirse en lugares donde no se respete con seguridad y cuidado la vida humana. Rezo por ellos.

No contentos con estas leyes, los nuevos amos han provocado desde las instancias del poder un debilitamiento moral de nuestro pueblo, especialmente entre los niños, adolescentes y jóvenes con una educación sexual al margen del amor y de la capacidad de autogobierno para el bien personal y la relación con las demás personas. Muchos de ellos están atrapados por la pornografía, las adicciones de toda clase y se les ha inculcado un concepto negativo de la libertad. Esta se propone simplemente como autonomía radical del individuo sin otro horizonte que el placer y la utilidad, sin referencia a los bienes indisponibles de la persona que se cultivan por la virtud. Se trata de la **destrucción de la libertad en nombre de una libertad sin más contenido que ella misma.** Una libertad perversa fuente de numerosos sufrimientos humanos: la destrucción de la vida humana, rupturas familiares, abandono de los niños, desorientación en el sentido de la vida e incluso aumento de la soledad, enfermedades psíquicas y suicidios.

El camino es conocido: manipular el lenguaje, debilitar a la familia como educadora de sus hijos, cambiar las costumbres con ingeniería social y crear una nueva opinión de masas propiciada por la invasión masiva de los medios de comunicación social que han conseguido atravesar el alma y la mente de muchos españoles.

Para todo ello era **necesario un punto de partida** perseguido desde el principio: **favorecer la secularización de la sociedad española** para prescindir de Dios y de la tradición católica que sustenta una **antropología adecuada** que responde a los bienes y a los fines de la persona humana, la familia, la religión y la sociedad. Sin Dios, sin la humanidad de Jesucristo, el hombre va a la deriva y pierde su fundamento estable y un horizonte de eternidad. Por eso prescindir de la

tradición católica y debilitar la cultura y las leyes que la puedan sustentar, propicia un multiculturalismo de **corte nihilista** que acaba siendo un despropósito que deja sin defensas a nuestra sociedad española.

Lo he dicho en varias ocasiones. **Esta es la hora en la que vuelven los “bárbaros”** que, embriagados de poder, no saben sostener la casa común, el hogar familiar que ha significado y significa España.

Son tiempos en los que la Iglesia católica no puede mirar hacia otra parte. Son los tiempos de una **“nueva evangelización”** como nos piden los últimos Pontífices. Lo que está en juego es el bien de las personas y el bien de nuestro pueblo. Es necesario movilizar las conciencias de los católicos y de los hombres de buena voluntad para lograr una gran estrategia a favor de la vida humana. Lo que está enfrente, como decía San Juan Pablo II, es una auténtica **“estructura de pecado ... una conjura contra la vida ... una guerra de los poderosos contra los débiles”** (*Evangelium vitae*, 12) Resulta una ironía amarga que en este tiempo de “pandemia”, en vez de cuidar exquisitamente de las necesidades sanitarias y laborales, desde el gobierno de la nación se produzca este asalto a la dignidad de la vida humana y se sea indiferente ante el sufrimiento de tantas personas que reclaman cuidado y protección.

Aunque lo desconozcan los no creyentes, España necesita a Cristo, en quien refulge el esplendor de la verdad de la persona. En estos momentos no podemos renunciar ni al libro de la **Creación**, Dios creador que ordena con su sabiduría todas las cosas y al mismo hombre, ni a la obra de la **Redención** expresada en la Cruz de Cristo donde todos hemos sido amados hasta el extremo. Sin ese amor y sin el perdón no podemos vivir. Así lo han testimoniado todos los Santos que pueblan con la Virgen María toda nuestra geografía española.

Como no puede ser de otra manera nuestra palabra como Iglesia pasa siempre por la **reconciliación y el perdón**. Esto se hace posible porque antes hemos sido perdonados por Dios y, en Cristo, ha sido vencido el pecado y la muerte. Estamos en Cuaresma y nos encaminamos a la Pascua: el triunfo de la resurrección y la Vida. Por eso estamos **llamados a la esperanza**. Todas las fuerzas del mal son insignificantes ante el poder y la misericordia de Dios: *“Deus est semper maior”*.

Concluyo invocando a San José, custodio de la Sagrada Familia, protector de la Iglesia y abogado de la buena muerte. Que, bajo su protección, España camine por caminos de justicia y de paz rumbo al cielo, nuestra patria definitiva.

† Juan Antonio Reig Pla
Obispo Complutense

Alcalá de Henares, a 19 de marzo de 2021
Solemnidad de San José, Esposo de la Bienaventurada Virgen María
Año de San José y de
Ntra. Sra. la Virgen de la Victoria de Lepanto
Año de la Familia

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DEFUNCIONES

- El día 11 de marzo de 2021 ha fallecido en Alcalá de Henares (Madrid), **D. José CAMACHO CODES**, padre del Rvdo. D. José Javier CAMACHO LÓPEZ, Párroco de la parroquia del Espíritu Santo de Torrejón de Ardoz. *Descanse en Paz.*
- El día 25 de marzo de 2021 ha fallecido, **D^a. María ARANDA REDONDO**, madre del Rvdo. D. Gonzalo RUIPEREZ ARANDA, sacerdote de la Diócesis de Alcalá de Henares en Comisión de Servicios en la Archidiócesis de Madrid.

ACTIVIDADES SR. OBISPO.
MARZO 2021

1 Lunes

San Félix III, papa

2 Martes

* A las 11:00 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

3 Miércoles

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

4 Jueves

* A las 11:00 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

5 Viernes

* A las 11:00 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 21:00 h. Vigilia de Oración con Jóvenes en la Iglesia del Monasterio de San Bernardo de Alcalá de Henares.

6 Sábado

* A las 12:00 h. Confirmaciones en la Parroquia de Asunción de N^a S^a en Villalbilla.

7 Domingo

III DE CUARESMA

Día y Colecta de Hispanoamérica

Reversión de las Reliquias de los Santos Niños Justo y Pastor.

Aniversario de la preconización del Sr. Obispo a la Sede de Alcalá de Henares (2009) (XII Aniversario)

* A las 13:00 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral por la fiesta de la Reversión de las Reliquias de los Santos Niños.

8 Lunes

San Juan de Dios, religioso

9 Martes

* A las 11:00 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

10 Miércoles

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

11 Jueves

* Continuando su trabajo, aislado en sus habitaciones por PCR positiva.

12 Viernes

San Maximiliano, mártir

* Continuando su trabajo, aislado en sus habitaciones.

13 Sábado

* Continuando su trabajo, aislado en sus habitaciones.

14 Domingo

IV DE CUARESMA

* Continuando su trabajo, aislado en sus habitaciones.

15 Lunes

Santa Luisa de Marillac

* Continuando su trabajo, aislado en sus habitaciones.

16 Martes

* Continuando su trabajo, aislado en sus habitaciones.

* Comunicación escrita para la Jornada Sacerdotal celebrada en la Catedral-Magistral a las 11:00 h.

17 Miércoles

San Patricio, obispo

* Continuando su trabajo, aislado en sus habitaciones.

18 Jueves

San Cirilo de Jerusalén, obispo y doctor

* Continuando su trabajo, aislado en sus habitaciones.

19 Viernes

SAN JOSÉ, ESPOSO DE LA VIRGEN MARÍA

Día del Seminario

Festivo en la Curia

* Continuando su trabajo, aislado en sus habitaciones.

20 Sábado

* Continuando su trabajo, aislado en sus habitaciones.

21 Domingo

V DE CUARESMA

* Continuando su trabajo, aislado en sus habitaciones.

22 Lunes

* Continuando su trabajo, aislado en sus habitaciones.

23 Martes

* Continuando su trabajo, aislado en sus habitaciones.

24 Miércoles

* Continuando su trabajo, aislado en sus habitaciones.

25 Jueves

LA ANUNCIACIÓN DEL SEÑOR

Jornada Pro-Vida

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 18:00 h. Santa Misa en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal con la Congregación Mariana de Nuestra Señora de la Anunciación y San Ignacio.

26 Viernes

Viernes de Dolores

* A las 20:15 h. Vigilia por la vida en la Catedral-Magistral.

27 Sábado

Sábado de Pasión

* A las 18:00 h. en el Patio de Armas del Palacio Arzobispal asiste al Concierto "Música de Pasión", Grupo "Cofrade Symphony", compuesto por músicos profesionales que interpretaron adaptaciones de marchas con piano, contrabajo, violonchelos, violines, violas, flautas, cornetas y trompetas.

28 Domingo

DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR

* A las 12:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa de la Pasión del Señor con bendición de ramos.

29 Lunes

Lunes Santo

30 Martes

Martes Santo

* A las 10:30 h. visitas de seglares en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa de las Santas Espinas.

* A las 20:30 h. Vía Crucis en el Patio de Armas del Palacio Arzobispal.

31 Miércoles

Miércoles Santo

* A las 12:00 h. Santa Misa Crismal en la Santa e Insigne Catedral-Magistral.

* A las 19:00 h. en el Patio de Armas del Palacio Arzobispal Concierto a cargo de la A.M. Humildad y Fe, Cofradía del Stmo. Cristo de la Esperanza y el Trabajo y Ntra. Sra. de la Misericordia.



intercesor en la tarea de la formación de los futuros sacerdotes. A este propósito responde el lema del Día del Seminario de este año: "Padre y hermano, como san José."

Detengámonos, aunque sea brevemente en la figura de este hombre que hizo de padre de Jesús en la tierra. "Sabemos que fue un humilde carpintero (cf. Mt 13,55), desposado con María (cf. Mt 1,18; Lc 1,27); un "hombre justo" (Mt 1,19), siempre dispuesto a hacer la voluntad de Dios (..) Tuvo la valentía de asumir la paternidad legal de Jesús, a quien dio el nombre que le reveló el ángel: "Tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt 1,21)" (Francisco. Carta Apostólica Patris Corde, 1).

¿Qué lugar ocupa San José en la vida del Hijo de Dios? Humanamente hablando podemos pensar que la figura de José es de segunda línea en el plan de salvación de Dios, pero no es así; El que hizo de padre de Jesús en la tierra ocupa un protagonismo grande en la historia de la salvación. Fue padre a la sombra del Padre. José cuidó de Jesús y de la familia de Nazaret como hace un padre; con su palabra y su testimonio acompañó el crecimiento de Jesús, ayudándolo así a encontrar la voluntad de Dios y a prepararse para su misión.

Así también, José cuida y custodia cada seminario y de aquellos que en él se forman. Su figura es también importante en la formación sacerdotal porque es el modelo de paternidad para aquellos que tienen que cuidar al Pueblo de Dios con corazón de padre, los sacerdotes.

No podemos olvidar, queridos hermanos y hermanas, la importancia del sacerdote en la Iglesia, lo insustituible de su ministerio, y el bien que sacerdotes santos pueden hacer al pueblo cristiano; para ello es necesario que los formemos, centrados en Dios y al servicio del pueblo que se les confía. La Iglesia necesita de los sacerdotes, por eso, el Señor Jesús nos invita a pedir trabajadores para la mies que es mucha. La Iglesia, y cada fiel cristiano, cumple con el deseo del Señor cuando pide por sus sacerdotes y por las vocaciones al sacerdocio.

El sacerdocio es una gracia inmerecida, Dios llama a quien quiere según su designio de amor, y sólo necesita el sí libre de un hombre. El sacerdocio es un misterio de libertad y amor que se convierte en cauce de gracia para muchas personas.

Un sacerdote tiene como misión mostrar el rostro de Dios, ser instrumento de la presencia salvadora del Hijo, actuar según el Espíritu. Esto sólo es posible porque Dios que llama da la gracia y consagra al elegido, por eso, el sacerdote debe vivir centrado en Dios, contemplando el rostro de Cristo para ser verdadera transparencia del Misterio que transforma al hombre y lo hace partícipe de la vida divina. ¿Cómo se puede mostrar la paternidad de Dios sino a la sombra del Padre? ¿cómo se puede actuar en la persona de Cristo sino viviendo en Él y poniendo la vida en sus manos?

Cuando el sacerdote llega a servir a una comunidad cristiana, lo hace después de una preparación sosegada y profunda, que no sólo es conocimiento humano, aunque éste también sea fundamental, sino experiencia para ser testigo. Un sacerdote lo es por gracia, por el don recibido en la ordenación sacerdotal, pero un sacerdote también se hace; se hace en el seminario y se hace en el contacto con el pueblo santo de Dios al que no va a comunicar unos saberes, sino a hacer presente a Dios mismo.

Ser padre como San José supone renunciar a sí mismo, entrar en el misterio siempre inabarcable de los designios de Dios, es rezar por tu pueblo; es perderse en el mar de la dedicación al servicio de los hermanos, es mostrar el rostro del amor y la misericordia. Ser padre es cuidar y custodiar al pueblo por el que se está dispuesto a dar la vida, es conocer y comprender, es compadecerse; es amonestar y conducir con paciencia el paso al ritmo de cada uno, porque no estamos hechos en serie; es, en definitiva, hacer que tu palabra y tu mirada reflejen la palabra y la mirada de Cristo, buen pastor de nuestras almas.

El sacerdote es también hermano llamado a guardar al hermano. Cada día escucha la palabra de Dios: "¿dónde está tu hermano?" El sacerdote debe ser como el buen samaritano que cura las heridas del corazón del hombre, las heridas físicas, pero también las morales y espirituales. Nuestros hermanos necesitan de la palabra y la compañía acogedora del sacerdote para recibir el perdón de Dios, para poder depositar su camino de fe en el corazón del que escucha como Dios escucha, para acompañar la fragilidad. El sacerdote no puede excluir a nadie porque en el corazón de Dios nadie es excluido. El sacerdote es servidor como Cristo, y el servicio es "cuidar a los frágiles de nuestras familias, de nuestra sociedad, de nuestro pueblo [...], y el servicio siempre mira el rostro del hermano, toca su carne, siente su

proximidad y hasta en algunos casos la "padece" y busca la promoción del hermano" (Francisco, Fratelli tutti, 115).

Para que todo esto sea una realidad existe el Seminario, por el que debemos rezar, por el que debemos preocuparnos, y al que debemos ayudar. Encomiendo nuestro Seminario, mayor y menor, al corazón maternal de María y al cuidado paterno de su esposo José.

Con mi afecto y bendición.

† Ginés, Obispo de Getafe

Carta de D. Ginés García Beltrán a los sacerdotes
con motivo de la celebración de la Misa Crismal

Getafe, 26 de marzo de 2021

Queridos hermanos sacerdotes:

A las puertas ya de la Semana Santa, me dirijo a vosotros para invitaros a participar en la Misa Crismal que celebraremos, D. m., el próximo martes santo, 30 de marzo, a las 12 del mediodía, en la Basílica del Sagrado Corazón, en el Cerro de los Ángeles.

Recuerdo la celebración del año pasado en una Basílica desierta, rodeado del obispo auxiliar, junto con los sacerdotes y seminaristas que vivíamos en el Cerro de los Ángeles. Fue una celebración dolorosa por la situación, pero profunda y llena de esperanza porque todos estabais ahí presentes; este año, gracias a Dios, lo podremos hacer presencialmente, será un momento de encuentro, y un signo visible de la comunión de la Iglesia en torno a la celebración de la Eucaristía presidida por

el Obispo con su Presbiterio. En ella volveremos a renovar las promesas sacerdotales que hicimos el día de nuestra ordenación.

Por otra parte, estos últimos meses nos han enseñado, entre otras cosas, el valor de los gestos en la vida del hombre. Celebrar juntos la Eucaristía ese día es un gesto elocuente de lo que somos y de la unidad en la que tenemos que vivir nuestro ministerio. Formamos un solo cuerpo, y como dicen algunos autores, somos copresbíteros. A esto se une el don de la presencia, esa participación corporal que tanto hemos añorado y deseado en este tiempo pasado.

El espacio que nos proporciona el Cerro de los Ángeles hace que haya lugar suficiente para todos, respetando las normas establecidas por las autoridades civiles.

En fin, queridos hermanos, os espero a todos, el próximo martes en la Misa Crismal.

Con mi afecto y bendición.

† Ginés, Obispo de Getafe

Homilía del obispo de Getafe, D. Ginés García Beltrán,
en la celebración del Domingo de Ramos, en Catedral

Santa María Magdalena, en Getafe,
el 28 de marzo de 2021

La memoria de la entrada de Jesús en Jerusalén, junto con la lectura de la pasión, nos introducen en los misterios que celebraremos en estos días. Jesús entra en Jerusalén para entregar la vida, para cumplir con su misión de salvación, y nosotros seguimos sus pasos, caminamos a su lado hasta la cruz.

Podemos decir con san Andrés de Creta en uno de sus sermones: "Venid y, al mismo tiempo que ascendemos al monte de los Olivos, salgamos al encuentro de Cristo, que vuelve hoy de Betania y, por propia voluntad, se apresura hacia su venerable y dichosa pasión, para llevar a plenitud el misterio de la salvación de los hombres".

El seguimiento de Cristo, signo de identidad de todo cristiano, adquiere en este momento una profundidad especial. La rebeldía ante la condena del justo, el

dolor por el trato vejatorio e inhumano, el rostro sufriente de Jesús, su entrega por amor, despiertan en cualquier corazón la solidaridad espontánea, una solidaridad que no es puro lamento sino deseo de identificación, como dice san Pablo: tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús (cfr. Fil 2,5).

No se trata, queridos hermanos, de ser espectadores de lo que contemplaremos en estos días, sino de sentirnos verdaderos sujetos en la pasión, muerte y resurrección del Señor, de vivir en nosotros lo que celebramos en la fe. La pasión de Cristo nos afecta, nos toca, porque todo esto que vemos tiene un destinatario: cada uno de nosotros. Lo hizo por nosotros, lo hizo por amor. En Cristo estamos todos, y su pasión y su cruz es la nuestra, sabemos que yendo con Él alcanzaremos el gozo de la resurrección.

1. Los dos textos evangélicos que acabamos de proclamar según el evangelio de Marcos -la entrada a Jerusalén y la pasión- encuentran un trasfondo especialmente bello en el himno de la carta a los Filipenses que también acabamos de escuchar. San Pablo, en este texto, señala cuál es el camino que Dios sigue para salvarnos; frente a la tentación de un cristianismo que triunfa en lo humano, que es reconocido por todos y tiene éxito, nos recuerda que Cristo no hizo alarde de su categoría de Dios, no se aferró a la gloria, por el contrario, se despojó de su rango para asumir lo humano, para ser siervo. Jesús no representa, no es un actor, es verdaderamente hombre. Dios toma nuestra carne y asume nuestra condición hasta las últimas consecuencias, y no deja la escena cuando llega la dificultad, no; comparte lo más duro de nuestra condición, la vulnerabilidad, el fracaso, la nada, llega hasta la muerte, y no cualquier muerte, una muerte de cruz; pasa por el modo más infame de la muerte, morir sin compañía, morir sin esperanza, morir en el silencio de Dios. Dios no juega con el hombre, Dios nos salva. Este modo de existir de Cristo asumiendo nuestra humanidad nos muestra la grandeza de la divinidad, que no existe en beneficio propio, sino en el nuestro.

Está claro que nuestro Dios es un Dios compasivo, un Dios capaz de compadecerse del extravío de los hombres. Solo se compadece el que ama, solo se entrega la vida por amor. A Dios se le vence por amor, y el Hijo ha vencido en el amor con el que nos ha amado; dice san Pablo: "por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre". Porque llegó a la plenitud del amor en la entrega fue exaltado y glorificado. Llama la atención, siguiendo este himno, que es Cristo quien se despoja, pero es Dios quien exalta. Identificados con Cristo,

nosotros hemos de vivir la experiencia del despojo de nuestras seguridades, de nuestros logros, de nosotros mismo, para que sea Dios quien nos exalte como al Hijo. Es una lección para nosotros: la felicidad no está en evitar y protegerse contra el sufrimiento, sino en vivir la plenitud del amor en la entrega; no se salva el que se guarda, sino el que da la vida.

En esta época que vivimos de tanto sufrimiento, de tantas incertidumbres que nos hacen dudar, que nos atemorizan, hemos de acoger esta Palabra de Dios como esperanza, como anuncio del camino de la salvación. No te guardes, nos dice el Señor, entrégate.

2. La comunidad cristiana a quien escribe san Marcos su evangelio está viviendo un momento de crisis en su fe, la realidad que los rodea contradice su imagen mesiánica de triunfo y espectacularidad, y en esta visión de la misión de Cristo no entra la cruz. Sin embargo, el evangelio insiste, es en la debilidad, en el aparente fracaso donde se realiza el mesianismo de Jesús. De hecho, será un pagano, el centurión romano, el que confesará al Crucificado como Hijo de Dios en el momento de la muerte.

Pensemos, queridos hermanos, en esto. En los momentos en los que he fracasado como hombre, como esposo, como padre, como hijo, en mi trabajo, entre mis amigos, el sentimiento que me embarga es de impotencia, de estar en una situación sin salida, hasta de vergüenza por la propia debilidad. Además, ¿cómo miramos a los fracasados que conocemos, a los fracasados de la humanidad?, quizá con lástima, quizá con indiferencia. Pues recuerda y no olvides que es en la cruz, en la historia de un fracaso, donde se revela la verdadera identidad de Cristo, donde se realiza nuestra salvación. La cruz signo de debilidad es también signo que manifiesta la gloria de Dios. Nosotros predicamos a Cristo crucificado, dice san Pablo (cfr. 1Cor 1,23).

La Iglesia, y cada uno de nosotros, hemos de anunciar a este Cristo crucificado, y gloriarnos en Él. No caigamos en la tentación de avergonzarnos de la cruz de Cristo, no la neutralicemos con maquillajes o sublimaciones teológicas. No se trata de buscar estrategias, o palabras llenas de sabiduría para explicar el misterio de la cruz; no hagamos ineficaz la cruz de Cristo (cfr. 1Cor, 1,17) que tiene un mensaje y un lenguaje: el amor. Por amor, por ti, por pura gracia.

Hemos de mirar la cruz de Cristo y dejarnos interpelar por las escenas que contemplamos. "Cristo murió gritando su amor por cada uno de nosotros; por jóvenes y mayores, santos y pecadores, amor a los de su tiempo y a los de nuestro tiempo. En su cruz hemos sido salvados para que nadie apague la alegría del evangelio; para que nadie, en la situación que se encuentre, quede lejos de la mirada misericordiosa del Padre. Mirar la cruz es dejarse interpelar en nuestras prioridades, opciones y acciones. Es dejar cuestionar nuestra sensibilidad ante el que está pasando o viviendo un momento de dificultad. Hermanos y hermanas: ¿Qué mira nuestro corazón? ¿Jesucristo sigue siendo motivo de alegría y alabanza en nuestro corazón o nos avergüenzan sus prioridades hacia los pecadores, los últimos, los olvidados?" (Papa Francisco. Homilía en el Domingo de Ramos, 2018).

3. La Semana Santa nos lleva hasta los últimos acontecimientos de la vida terrena de Jesús, al mismo tiempo que nos revela el sentido más profundo de su encarnación: el Hijo de Dios se ha hecho hombre para salvarnos. La encarnación llega a su plenitud en la Pascua, de aquí que pidamos hoy al Señor "aprender las enseñanzas de la pasión y participar de la resurrección gloriosa" (Oración Colecta).

Hay dos sentimientos que deben anidar hoy en nuestro corazón: la alabanza, como hicieron aquellos hombres y mujeres que recibieron y aclamaron a Cristo en su entrada en Jerusalén, y el agradecimiento por la entrega del Hijo que se renueva sacramentalmente cada año, cada día, con un amor eterno. ¿Cómo corresponder a Dios ante tanto don recibido? Pues con el don de nuestra propia vida, de lo que somos y tenemos, de nuestro tiempo. Nuestra oración, nuestra comunión con Cristo, nuestra participación en las celebraciones son expresión de esa correspondencia al bien recibido.

Con qué belleza y profundidad expresa el hermano Rafael, san Rafael Arnaiz, este sentimiento de desproporción y agradecimiento ante la cruz de Cristo, ante la inmensidad de tanto amor:

"¡Oh! ¡la Cruz de Cristo! ¿Qué más se puede decir? Yo no sé rezar... No sé lo que es ser bueno... No tengo espíritu religioso, pues estoy lleno de mundo... Sólo sé una cosa, una cosa que llena mi alma de alegría a pesar de verme tan pobre en virtudes y tan rico en miserias... Sólo sé que tengo un tesoro que por nada ni por nadie cambiaría..., mí cruz..., la Cruz de Jesús. Esa Cruz que es mi único

descanso... , ¡cómo explicarlo! Quien esto no haya sentido... , ni remotamente podrá sospechar lo que es. Ojalá los hombres todos amaran la Cruz de Cristo... ¡Oh! si el mundo supiera lo que es abrazarse de lleno, de veras, sin reservas, con locura de amor a la Cruz de Cristo... Cuántas almas, aun religiosas, ignoran esto... ¡qué pena! Cuánto tiempo perdido en pláticas, devociones y ejercicios que son santos y buenos... , pero no son la Cruz de Jesús, no son lo mejor...".

Pidamos, queridos hermanos, la intercesión de María. Que nos enseñe a contemplar a Jesús como ella lo hace, a guardar su palabra en el corazón como ella la guarda, y a seguirlo como discípulos hasta la cruz, sin desfallecer.

† Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

Homilía del obispo de Getafe, D. Ginés García Beltrán,
en la celebración de la Misa Crismal,
en la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús,
en el Cerro de los Ángeles,
el martes santo 30 de marzo de 2021

Quiero comenzar mis palabras con una oración de San Aelredo de Rievaulx, abad, palabras que recogió el Papa Benedicto XVI en su discurso a los nuevos obispos en el año 2010, y en cuyo grupo me encontraba; siempre las he recordado con profundo afecto: "Tú, dulce Señor, has puesto a uno como yo a la cabeza de tu familia, de las ovejas de tu grey (...) para que se manifestara tu misericordia y se revelara tu sabiduría. Por tu benevolencia has querido gobernar bien a tu familia mediante un hombre así, a fin de que se viera la sublimidad de tu fuerza, no la del hombre, para que no se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el justo en su justicia ni el fuerte en su fuerza: ya que cuando estos gobiernan bien a tu pueblo, eres tú quien lo gobierna, y no ellos. Y, por esto, no a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria" (*Speculum caritatis*, PL CXCIV).

Sí, queridos hermanos, nuestro ministerio es un ministerio de gloria, porque está destinado a la gloria de Dios; por eso, esta mañana, y en esta celebración,

queremos cantar con todo lo que somos y con toda nuestra vida la gloria de Dios. Damos gracias a Dios que nos llamó a su servicio, que nos consagró, y nos envió a hacerlo presente en los hermanos.

Esta Eucaristía es la manifestación preciosa de la Iglesia de Cristo, reunida en torno a la mesa de la Palabra y del Cuerpo y la Sangre del Señor. El Obispo, rodeado de su Presbiterio, junto al pueblo santo de Dios, revela las entrañas mismas de la Iglesia, misterio de comunión y sacramento de salvación para el mundo.

Nos alegramos desde lo más profundo del corazón, y damos gracias a Dios, por estar aquí. Después de los acontecimientos que hemos vivido en este año pasado, y que seguimos viviendo en este momento, hoy el Señor nos concede el gozo de estar reunidos, de experimentar la dicha y el consuelo de la fraternidad.

Nuestro recuerdo ahora se dirige a aquellos hermanos sacerdotes que nos han dejado en la esperanza de la vida eterna, aquellos que compartieron la suerte de su pueblo entregando su vida; junto a ellos hacemos presentes a los padres, madres, y familiares de los sacerdotes que también han pasado a la Casa del Padre; a los religiosos y religiosas, y a los millares de fieles de nuestras parroquias y comunidades que ya descansan en el Señor.

Recuerdo también con especial afecto a los sacerdotes que pasan por la enfermedad, y a aquellos hermanos que están siendo probados en su vida o en su vocación, a todos los tenemos ahora especialmente presentes, porque somos un cuerpo, y cuando uno sufre sufrimos todos.

El pensamiento lleno de afecto se va también a nuestros queridos misioneros que trabajan por el Evangelio en cualquier rincón del mundo. Los acompañamos con nuestra oración y nuestro afecto, como sabemos que hoy ellos están de corazón con nosotros. Son la presencia de la iglesia de Getafe allí donde están.

1. La alusión a Nazaret en el Evangelio de la misa Crismal siempre me sugiere la vuelta al origen, a la persona del Señor Jesús. Decía San Pablo VI en su visita a Nazaret: "Nazaret es la escuela de iniciación para comprender la vida de Jesús. La escuela del Evangelio. Aquí se aprende a observar, a escuchar, a meditar, a penetrar en el sentido, tan profundo y misterioso, de aquella simplísima,

humildísima, bellísima manifestación del Hijo de Dios. Casi insensiblemente, acaso, aquí también se aprende a imitar" (Homilía iglesia de la Anunciación, 5 de enero, 1964).

Nazaret es el origen, el lugar donde comenzó todo. Allí el niño, nos dice el Evangelio, "iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría" (Lc 2,40). En Nazaret se crio y vivió el largo período de su vida oculta. En el silencio de este pueblo, en las periferias del mundo, Jesús fue creciendo humanamente, como cada uno de nosotros. Nazaret es la búsqueda apasionada de la voluntad de Dios. En la oración, como expresión de la relación filial con Dios, y en la obediencia a sus padres, pues las mediaciones humanas siempre son necesarias en el plan de Dios, Jesús va descubriendo su vocación y enraizando su misión. Nazaret es el lugar que nos ayuda a entender al Señor, es volver a lo más íntimo de su persona y de su vida. A Nazaret siempre se vuelve.

Estas palabras evangélicas, queridos hermanos sacerdotes, como os decía el año pasado, son una llamada a volver siempre a los orígenes de nuestra vocación, al amor primero. Siempre hemos de volver a nuestro propio Nazaret para sentir la llamada del Señor que me dice: Sígueme. Es la llamada que nunca se apaga, que se pronuncia cada día y en cualquier circunstancia por la que pasemos. Reconocer la llamada es reconocer la fidelidad de Dios.

La llamada del Señor es una llamada a estar con Él. No nos llama a hacer muchas, ni grandes cosas, nos llama a vivir su compañía, su intimidad. La llamada que cada uno de nosotros ha recibido se ha de interiorizar cada día. La vida interior es indispensable para cumplir la misión encomendada. Sin duda que la mies es mucha, que siempre hay cosas que hacer y problemas que solucionar, incluso personas a las que escuchar, pero todo este trabajo será auténtica misión solo cuando nazca y se apoye en nuestra oración. Lo mejor de nuestro tiempo tiene que ser para el Señor, si lo hacemos así, ganará nuestro pueblo. Cómo me gustaría que cada uno de nosotros se hiciera consciente de la fuerza de nuestra oración. El encuentro con el Señor siempre nos enseña, nos conforma y nos conforta. Por el contrario, la falta de vida interior nos desorienta y, al final, terminamos perdidos, sin saber dónde estamos, ni por qué estamos; sin vida interior nos hacemos mundanos y juzgamos según el mundo, vemos según el mundo y no según Dios. Cada día hay que volver a Nazaret para renovar nuestra vida en la oración, la Eucaristía y la caridad fraterna.

Recuerdo las palabras de Benedicto XVI dirigidas a los seminaristas en la catedral de la Almudena con motivo de la JMJ de Madrid:

"Configurarse con Cristo comporta, queridos seminaristas, identificarse cada vez más con Aquél que se ha hecho por nosotros siervo, sacerdote y víctima. Configurarse con Él es, en realidad, la tarea en la que el sacerdote ha de gastar toda su vida. Ya sabemos que nos sobrepasa y no lograremos cumplirla plenamente, pero, como dice san Pablo, corremos hacia la meta esperando alcanzarla (cfr. Flp 3,12-14)" (20 de agosto de 2011).

2. En el escenario de los orígenes de Jesús podemos encontrar también a San José, al que está dedicado este año, cuando conmemoramos el 150 aniversario de la declaración como patrono de la Iglesia universal.

Dice el Papa Francisco que "la grandeza de san José consiste en el hecho de que fue el esposo de María y el padre de Jesús" (Patris corde, 1). José verdaderamente amó con corazón de padre. A la luz de la figura de este hombre justo quisiera sacar una enseñanza para nosotros, pastores de la Iglesia, que estamos llamados a ejercer la paternidad como sacramento de la verdadera y única paternidad, la de Dios.

Si la paternidad está inscrita en la esencia de nuestra vocación y ministerio, creo que en este momento de la historia se hace más necesario que manifestemos y ejerzamos esta paternidad. A algunos hasta puede incomodarles el título por aquello que Jesús dice en el Evangelio: "no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo" (Mt 23,9), y así es, pero toda paternidad humana está al servicio de la paternidad divina, por eso, la paternidad del sacerdote no es una propiedad sino un servicio a la paternidad de Dios. Así como actuamos en la persona de Cristo, lo hacemos también en Dios Padre. Dice un autor espiritual contemporáneo que recibimos nuestra paternidad por la configuración con Cristo; la paternidad nos viene del hecho de ser pastores, y tiene su fundamento en la "caridad pastoral" (cfr. J Philippe. La paternidad espiritual del sacerdote. Madrid 2021, p. 14).

A nadie se le oculta la crisis de autoridad de nuestro mundo, que es crisis de paternidad. Los hombres de hoy, muchas veces sin saberlo, sufren la ausencia del padre. Esta ausencia provoca frío en el alma humana; sin padre no hay hogar, y el

mundo entonces se convierte en un comercio, o en un lugar donde se está, pero no se vive; sin padre no hay fraternidad, los otros no son hermanos, muchas veces son competencia, incluso enemigos; sin padre no hay misericordia, no hay nadie para recibirte, perdonarte, amarte; sin padre no hay verdadera libertad, se crea una cultura narcisista en la que todo comienza en mí y termina en mí, en la que yo soy la medida de todas las cosas y la ley que nos gobierna. El padre siempre ayuda al hijo a buscar su identidad.

Estamos llamados a ser padres, queridos hermanos, ser padres en la acogida, ser padres en la confianza y en la escucha, ser padres en el abrazo y en la reprensión, ser padres en la verdad y en la caridad. Estamos llamados a ser padres que anuncian un Evangelio de esperanza, padres que celebran los misterios de Cristo, que provocan y animan la fraternidad en la caridad. Somos padres para reunir y no para dispersar ni para dividir, somos padres para valorar y sacar lo mejor de cada uno, y no para juzgar ni para excluir. Somos padres no como posesión sino como entrega de la propia vida.

Pero para ser padres antes debemos ser hijos. "Nadie nace padre, sino se hace", nos recuerda el Papa (PC, 7). Esta es una llamada también a nuestros seminaristas.

La paternidad es un don, pero también una tarea. Para nosotros sacerdotes, la paternidad es un don, pero también la tarea para hacer que nuestra vida anuncie y transparente la paternidad de Dios.

3. Nuestra paternidad se expresa también a través de la esperanza. Los sacerdotes estamos llamados a ser hombres de esperanza, y a crear esperanza en un mundo desesperanzado y desilusionado. ¿Cómo tendremos cristianos y comunidad con esperanza si nosotros no la tenemos?, ¿si no anunciamos la esperanza del Evangelio?

Hace apenas unos días el Papa decía a los sacerdotes y consagrados en Irak: "Sabemos qué fácil es contagiarnos del virus del desaliento que a menudo parece difundirse a nuestro alrededor. Sin embargo, el Señor nos ha dado una vacuna eficaz contra este terrible virus, que es la esperanza. La esperanza que nace de la oración perseverante y de la fidelidad cotidiana a nuestro apostolado. Con esta vacuna podemos seguir adelante con energía siempre nueva, para compartir la

alegría del Evangelio, como discípulos misioneros y signos vivos de la presencia del Reino de Dios, Reino de santidad, de justicia y de paz".

La desesperanza engendra pobreza, pobreza que la actual pandemia ha hecho más visible, pobreza material, pero también espiritual. Queridos sacerdotes somos padres de los pobres, en nosotros tienen que ver la acogida y el abrazo del padre; no seamos gestores sino pastores, hombres de Dios en medio del pueblo, hombres de Dios que salen a buscar a los que se han perdidos, y para curar a los heridos. El año pasado el Papa Francisco escribía a los sacerdotes de Roma, estas palabras que nos sirven también a nosotros:

"Como sacerdotes, hijos y miembros de un pueblo sacerdotal, nos toca asumir la responsabilidad por el futuro y proyectarlo como hermanos. Pongamos en las manos llagadas del Señor, como ofrenda santa, nuestra propia fragilidad, la fragilidad de nuestro pueblo, la de la humanidad entera. El Señor es quien nos transforma, quien nos trata como el pan, toma nuestra vida en sus manos, nos bendice, parte y comparte, y nos entrega a su pueblo. (...) Participamos con Jesús de su pasión, nuestra pasión, para vivir también con Él la fuerza de la resurrección: certeza del amor de Dios capaz de movilizar las entrañas y salir al cruce de los caminos para compartir 'la Buena Noticia con los pobres, para anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor' (cf. Lc 4,18-19), con la alegría de que todos ellos pueden participar activamente con su dignidad de hijos del Dios vivo" (Carta del Papa Francisco a los sacerdotes de Roma, 31 de mayo, 2020).

4. Estos días, queridos hermanos sacerdotes, vamos a celebrar los misterios de la salvación, vamos a vivir, identificados con Cristo, su pasión, muerte y resurrección; os invito a hacerlo con profundidad y solemnidad, a gozar de la fe de nuestro pueblo que se vuelve al Señor y a su salvación.

El viernes santo escucharemos en la pasión según san Juan, cómo María estaba al pie de la cruz. Me inspira mucho este momento. María "estaba", había estado siempre junto al Hijo, como ahora está junto a nosotros como Madre; que su poderosa intercesión nos acompañe y nos ayude a estar también nosotros junto a Jesús y junto a nuestro pueblo que es su Cuerpo.

† Ginés, Obispo de Getafe

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

- **D. José Ramón Godino** ha sido nombrado Administrador parroquial de la Parroquia San Nicolás de Bari, en Villaconejos, el 9 de marzo de 2021.

INCARDINACIONES

- **D. Willy Milayi Balambele**, de la Congregación de los Hijos de la Inmaculada Concepción, ha sido incardinado en la Diócesis de Getafe, el 19 de marzo de 2021, solemnidad de San José.

DEFUNCIONES

- **Pilar Prat Muns**, del Instituto Secular Pro Ecclesia, falleció en Tánger el 2 de enero de 2021. Estuvo 30 años en Parla, donde desarrolló una intensa generosa y eficaz labor como profesora de catequistas. Era una mujer sencilla, maternal.

- **D. Mariano Lozano García**, párroco de la Parroquia San Nicolás de Bari, en Villaconejos (Madrid), falleció en la tarde del lunes 8 de marzo en el Hospital de Aranjuez, a los 76 años de edad.

Presbítero entregado al cuidado de sus feligreses, segoviano (Fuente de Santa Cruz), ha pasado al Padre después de haber desarrollado una intensa labor ministerial desde que fue ordenado sacerdote el 19 de mayo de 1968.

Realizó su trabajo pastoral con gran celo apostólico como ecónomo en la Parroquia Santa María Magdalena, en Titulcia (1968-1972); vicario parroquial en Santo Domingo de Silos, en Pinto (1972-1978); capellán de las Escuelas Familiares Agrarias en Huesca y Lérida (1978-1990); párroco en la parroquia Natividad de Nuestra Señora, en San Martín de la Vega (1990-2010) y, por último, como párroco en Villaconejos durante diez años, hasta su fallecimiento.

Hombre de noble carácter y gran corazón era muy querido en el municipio de Villaconejos donde se le conocía por su generosidad y por ocuparse siempre de quien le necesitara.

Tú, Señor, que en la cruz destruiste nuestra muerte y mereciste para todos el don de la inmortalidad, concede a nuestros hermanos difuntos la vida nueva de tu reino.



Conferencia Episcopal Española

AUMENTAN EN 106.000 LAS DECLARACIONES DE LA RENTA EN FAVOR DE LA IGLESIA CATÓLICA

La Conferencia Episcopal Española **presenta** los **datos de la asignación tributaria** registrados **a favor de la Iglesia** en la **Declaración de la Renta de 2020**, correspondiente a la actividad económica desarrollada en 2019.

El número de declaraciones a favor de la Iglesia ha sido de 7.297.646. Teniendo en cuenta las declaraciones conjuntas, más de 8,5 millones de contribuyentes eligen con libertad destinar a la Iglesia el 0,7% de sus impuestos. Esto supone que **el porcentaje de contribuyentes que asignan a la Iglesia es del 32,15%.**

En esta ocasión, la campaña de la renta tuvo lugar coincidiendo con los meses más duros de **la primera ola de la pandemia y con el esfuerzo de la Iglesia** por multiplicar su presencia y su atención a los colectivos más perjudicados. Las **106.259 nuevas declaraciones que marcaron la X** de la Iglesia, ponen de manifiesto el respaldo social y personal a la labor desarrollada por la Iglesia en este

tiempo, y multiplican por cuatro el aumento de X en la Declaración de la renta del ejercicio anterior. Esa labor de la Iglesia en pandemia se hace visible en el portal www.iglesiasolidaria.es

En relación a las cantidades, en la declaración de 2019 la cantidad destinada por los contribuyentes a la Iglesia católica aumenta en 16,6 millones y **alcanza los 301 millones de euros, un incremento del 5,85% con respecto al año anterior**, lo que permitirá **una ayuda más eficaz a las personas que más lo necesitan**.

El aumento de la cantidad que los españoles destinan de sus impuestos a favor de la Iglesia católica en los últimos cinco años se debe a la evolución de la situación económica en España hasta ese momento de diciembre de 2019. **Las cifras no hacen visible todavía las consecuencias económicas de la situación de pandemia que se vive en España** desde el primer trimestre de 2020.

Datos por Comunidades autónomas

La cantidad recaudada a favor de la Iglesia crece en todas las comunidades autónomas sin excepción, y en trece de ellas, además, se constata también una subida del número de contribuyentes que marcan la X. El número de declaraciones aumenta sobre todo, en Andalucía, Madrid, Castilla la Mancha y Comunidad Valenciana. Por el contrario, País Vasco registra el mayor descenso.

Las regiones donde mayor porcentaje de personas decide colaborar con la X en la Declaración de la Renta al sostenimiento de la Iglesia son Castilla La Mancha (45,18%), La Rioja (44,77%), Extremadura (44,03%), Murcia (43,68%) y Castilla y León (42,3%). Casi la mitad de las declaraciones optan por sostener la labor de las entidades religiosas. En el otro extremo, Canarias (25,6%), Galicia (24,7%) y Cataluña (16,9%) marcan las tasas más bajas de asignación.

Más recursos para ayudar más

La Iglesia católica cuenta en esta ocasión con más recursos para seguir realizando una actividad que redunde en beneficio de toda la sociedad española. Por eso agradece a todos aquellos españoles que contribuyen con este gesto de

marcar la X y con el resto de campañas realizadas a lo largo del año a sostener la labor religiosa, espiritual y social al servicio de millones de españoles. Esta aportación es decisiva para sostener la inmensa labor de la Iglesia, que, para seguir ayudando en esta crisis, necesita más que nunca la colaboración de todos.

La cercanía de la Iglesia con los que sufren de manera especial por la situación ocasionada por la pandemia **se hace visible en el portal www.iglesiasolidaria.es** en donde están presentes las más de quinientas actividades puestas en marcha por la Iglesia en España. Esas actividades atienden a los necesitados desde lo asistencial y lo económico a los pastoral y espiritual.

Así mismo, continúa con su vocación de **informar a la sociedad del bien que la presencia de la Iglesia supone** en todos los ámbitos y de **dar a conocer, a través de Xtantos (www.portantos.es), el modo por el que los contribuyentes pueden decidir el destino de una pequeña parte de sus impuestos**, el 0,7%, que puede dedicar a la Iglesia católica y a otros fines de interés social.

La Iglesia católica da cuenta del destino de todo el dinero que ha recibido de los contribuyentes en la **Memoria de actividades de la Iglesia**, a través de la oficina de Transparencia de la CEE **y su portal www.transparenciaconferenciaepiscopal.es** En la actualidad se está ya preparando la Memoria referida a este ejercicio económico 2019, cuyo resultado se presenta hoy.

02/03/2021

NOTA SOBRE LAS CELEBRACIONES DE SEMANA SANTA EN 2021

Después de un año entero, nuestro mundo sigue afrontando la lucha contra la pandemia del COVID-19 y sus consecuencias, auténtico drama que ha afectado a casi todas las dimensiones de la vida de las personas.

La Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos nos recuerda que la pandemia también ha influido en la vida litúrgica de la Iglesia, y que "las normas y directrices contenidas en los libros litúrgicos, concebidas para tiempos normales, no son enteramente aplicables en tiempos excepcionales de crisis como estos"[1].

De cara a las celebraciones de la Semana Santa y del Triduo Pascual, en este año 2021, que por segunda vez se desarrollan estas **circunstancias difíciles**,

[1] *Nota para los Obispos y las conferencias episcopales sobre la Semana Santa 2021* (Prot. N. 96/21)

la **Comisión Episcopal para la Liturgia** de la Conferencia Episcopal Española quiere acoger las indicaciones de la Congregación para dichas celebraciones, publicadas en la *Nota para los Obispos y las conferencias episcopales sobre la Semana Santa 2021*, del pasado 17 de febrero.

Se ha hecho un **esfuerzo para adaptarlas a la realidad** y circunstancias de nuestro país, y ofrecerlas a los Obispos de España, máximos responsables y moderadores de la vida litúrgica en sus respectivas diócesis, como instrumento y orientación para vivir el momento central del Año Litúrgico y de la vida de la Iglesia.

Con esa finalidad, y teniendo en cuenta la situación de la pandemia en España en este año 2021, se **proponen** a continuación las **siguientes observaciones** de carácter general y las de cada una de las celebraciones de la **Semana Santa y del Triduo Pascual**.

a) Observaciones de carácter general

1. Siempre que sea posible, desde un discernimiento responsable que ha de hacer cada fiel, se recomienda la participación presencial en la celebración, formando parte activa de la asamblea.

2. Aquellos fieles que, por razón de edad, enfermedad, o de prudencia sanitaria, no puedan participar presencialmente en las celebraciones, síganlas por los medios de comunicación[2].

3. En todas las celebraciones se deberán respetar las normas emanadas de las autoridades sanitarias en la lucha contra el virus: el aforo de los templos, las recomendaciones sanitarias e higiénicas para hacer de los lugares de culto espacios sanos y seguros, el uso de la mascarilla, disponibilidad de gel hidroalcohólico, distancia social, ventilación de los espacios, etc.

[2] cf. Carta del Cardenal Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos a los Presidentes de las Conferencias Episcopales *¡Volvamos con alegría a la Eucaristía!*, 15 de agosto de 2020, Prot. N. 432/20.

4. Prepárense con sumo cuidado las celebraciones, eligiendo bien las alternativas que propone la Liturgia y acogiendo de buen grado las indicaciones para adaptarlas a este tiempo de pandemia.

5. En las distintas celebraciones se ha de reducir al mínimo necesario el número de ministros que intervienen -acólitos, lectores, etc.-, sin que ello desdiga de la dignidad de la celebración.

6. El canto no está prohibido, siempre y cuando no exista alguna indicación expresa de las autoridades sanitarias y se haga con las medidas de precaución adecuadas -uso de mascarilla en todo momento y distancia de seguridad entre las personas-. No es aconsejable el canto o la música grabados.

7. Evítese la distribución de subsidios para el canto en soporte de papel, o cualquier tipo de folleto explicativo de la celebración, por el riesgo que conllevan ante un posible contagio.

8. Instrúyase a los fieles para recibir la comunión de manera segura y ordenada, atendiendo a las disposiciones del Obispo diocesano, procurando que este gesto central de la celebración se haga de la mejor manera posible.

9. Para el bien de los fieles, en el caso de que los aforos permitidos en las iglesias sean un grave problema para la participación, el Obispo diocesano puede autorizar a que se hagan varias celebraciones en el mismo templo en horas sucesivas, siempre y cuando esto se haga verdaderamente para utilidad de los fieles y en circunstancias de real necesidad.

10. De cara a que los enfermos y las personas en confinamiento o de alto riesgo puedan seguir las celebraciones desde sus casas, se anima a que sean retransmitidas las presididas por el Obispo en la catedral, como signo de unidad de la diócesis. Procúrese que estas celebraciones sean verdaderamente ejemplares en su preparación y desarrollo. Se excluyen, en cualquier caso, las grabaciones en diferido de las mismas.

11. Cuando no se puedan realizar las celebraciones con participación del pueblo, ofrézcase a los fieles la posibilidad de celebrar la Liturgia de las Horas,

especialmente las Laudes y las Vísperas de cada día y el Oficio de Lectura. A tal efecto el subsidio *La Hora de Jesús*, que contiene los textos de las celebraciones de la Semana Santa y que incluye también la Liturgia de las Horas para estos días, puede ser un instrumento muy útil. También se recuerda que se puede hacer uso de la aplicación oficial de la Liturgia de las Horas para dispositivos móviles, recientemente publicada por la Conferencia Episcopal.

12. Los sacerdotes que estén afectados por el virus y estén confinados procuren también celebrar los distintos ritos, en la medida de lo posible y si su salud se lo permite.

13. Se recomienda vivamente que se cuide y fomente el Sacramento de la Penitencia. Se ruega a los sacerdotes una mayor disponibilidad para que los fieles puedan celebrar este Sacramento, con todas las medidas de precaución, distancia social y discreción.

b) Domingo de Ramos en la Pasión del Señor

1. Para la conmemoración de la entrada del Señor en Jerusalén se evitará la forma primera descrita por el Misal -procesión-.

2. En las catedrales se utilizará la forma segunda -entrada solemne-, al menos en la misa principal. Los fieles permanecerán en sus lugares y se hará la bendición y la proclamación del evangelio desde un lugar, dentro de la iglesia, en el que los fieles puedan ver el rito. En la procesión al altar puede participar una representación de los fieles junto con el Obispo y los ministros.

3. En las parroquias y demás lugares de culto se utilizará la forma tercera -entrada simple-.

c) Misa crismal

1. A juicio del Obispo la fecha de la Misa crismal puede trasladarse al día que parezca más adecuado.

2. Si las normas sobre aforos no permiten la asistencia de todos los sacerdotes de la diócesis y es necesario también limitar el número de fieles, procure el Obispo que al menos pueda hacerlo una representación del presbiterio -por ejemplo, el consejo episcopal, o el consejo presbiteral, o los arciprestes- y un grupo de fieles, y que la celebración sea retransmitida, de modo que quienes hubiesen querido asistir, muy en particularmente el resto del clero, puedan al menos seguirla por estos medios.

d) Jueves Santo

1. De forma excepcional, al igual que el año pasado, los sacerdotes tienen la facultad de celebrar este día la Misa sin el pueblo, si concurren circunstancias que así lo aconsejen -por ejemplo, el contagio con el virus del propio sacerdote o el confinamiento de una población-. Quienes no tengan la posibilidad de celebrar la Misa rezarán preferentemente las Vísperas.

2. Ha de omitirse el rito del lavatorio de los pies.

3. Dado que este año la celebración se hará, en la mayor parte de los casos, con alguna participación del pueblo, no se omita la procesión y la reserva del Santísimo Sacramento para la adoración y la comunión al día siguiente. Facilítese, en la medida de lo posible, que los fieles puedan dedicar un tiempo de adoración, respetando siempre los horarios de restricción de la libre circulación de los ciudadanos que se establezcan en cada lugar.

4. Si se van a celebrar varias Misas de la Cena del Señor en la misma iglesia, háganse siempre por la tarde, y omitase, salvo en la última, la reserva solemne del Santísimo.

5. Si no se va a celebrar el Triduo completo en alguna iglesia, no se haga la reserva eucarística solemne. Además, si no se ha celebrado la Misa vespertina de la Cena del Señor, evítese una adoración eucarística desvinculada de dicha celebración.

6. Si la celebración es sin participación del pueblo, se omite la procesión, y la reserva se hace en el sagrario habitual.

e) Viernes Santo

1. Se ha de asegurar la celebración de la Pasión del Señor, por lo menos, en la Catedral, en los templos parroquiales, al menos en los principales, y en aquellos de mayor capacidad dentro de las zonas pastorales establecidas en cada Diócesis.

2. En la oración universal se utilizará el formulario habitual con el añadido de la intención especial que la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos publicó el pasado año (Decreto Prot. N. 155/20). El texto de la intención, que se añade entre la IX y la X, es el siguiente:

IXb. Por quienes sufren en tiempo de pandemia

Oremos también por todos los que sufren las consecuencias de la pandemia actual: para que Dios Padre conceda la salud a los enfermos, fortaleza al personal sanitario, consuelo a las familias y la salvación a todas las víctimas que han muerto.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno,
singular protector en la enfermedad humana,
mira compasivo la aflicción de tus hijos
que padecen esta pandemia;
alivia el dolor de los enfermos,
da fuerza a quienes los cuidan,
acoge en tu paz a los que han muerto
y, mientras dura esta tribulación,
haz que todos
puedan encontrar alivio en tu misericordia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
R. Amén.

- En el momento de la adoración de la cruz el celebrante lo hará con una genuflexión o una inclinación profunda. El resto de la asamblea lo hará por medio de una genuflexión o inclinación profunda cuando la cruz sea mostrada, y lo harán cada uno sin moverse de su lugar. Se podría invitar, también, a todos los participantes a la liturgia a que hagan un momento de oración, en silencio, mientras se contempla la cruz. Se evitará, en cualquier caso, la procesión de los fieles en este momento de la celebración.

f) Vigilia Pascual

1. Se procurará su celebración al menos en la Catedral y en las iglesias parroquiales principales, que posean un aforo suficiente para que puedan participar los fieles con seguridad.

2. Dependiendo de las normas civiles que se hayan establecido en cada lugar sobre restricción de la libre circulación de los ciudadanos, elíjase una hora adecuada para el comienzo de la celebración que facilite a los fieles la participación en la misma y el regreso a sus casas al finalizar.

3. El "inicio de la vigilia o lucernario" se puede hacer a la entrada del templo. El celebrante principal deberá estar acompañado por un número limitado de ministros, mientras todos los fieles se mantendrán en sus lugares. Se bendice el fuego, se hacen los ritos de preparación y se enciende el cirio tal como indica el Misal. El sacerdote y los ministros, manteniendo la distancia de seguridad, hacen la procesión por el pasillo central y se cantan las tres invocaciones "Luz de Cristo". No es recomendable repartir entre los fieles las velas y que las vayan encendido del cirio y luego pasen la luz unos a otros. Después de las invocaciones se canta el Pregón Pascual.

4. Sigue la "Liturgia de la palabra". Por razones de brevedad puede acortarse el número de las lecturas, pero procúrese darle la relevancia adecuada a este momento de la celebración. En ningún caso se debería reducir a una Liturgia de la Palabra normal de un domingo, únicamente con tres lecturas.

5. La "Liturgia bautismal" se celebra tal y como viene indicada en el Misal. La presencia de la asamblea aconseja no omitir el rito de la aspersion después de la renovación de las promesas bautismales. Tómese la precaución, sin embargo, de

evitar el contacto con el agua que se va a bendecir cuando esta se prepare, y que el sacerdote higienice las manos con gel hidroalcohólico antes de la aspersion.

6. No parece aconsejable, dadas las circunstancias, celebrar el bautismo de niños durante la Vigilia Pascual. Si se han de administrar los sacramentos de la Iniciación Cristiana a adultos o si al final se celebra el bautismo de algún niño, hágase con todas las medidas higiénicas y sanitarias que garanticen que los signos y ritos se hagan adecuadamente, pero de forma segura, especialmente los que implican el contacto, como las unciones.

7. Quienes no puedan participar en la solemne Vigilia Pascual pueden rezar el Oficio de lectura indicado para el Domingo de Pascua en la resurrección del Señor, con el deseo de unirse a toda la Iglesia en la celebración del misterio pascual.

Esperando que estas orientaciones sean acogidas de buen grado en las Iglesias particulares que peregrinan en España, seguimos rezando por el fin de la pandemia, por los difuntos, los enfermos y sus familias, y por todos los que dedican su esfuerzo a paliar las consecuencias de esta crisis que estamos viviendo, esperando que la celebración de los días de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor sean un auténtico encuentro con Él, que fortalezca la fe, esperanza y caridad de todos los fieles.

Madrid, 3 de marzo de 2021

† José Leonardo Lemos, obispo de Ourense. Presidente de la CEL

Antonio, Cardenal Cañizares, arzobispo de Valencia

† Ángel Fernández, obispo de Albacete

† Jesús Murgui, obispo de Orihuela-Alicante

† Manuel Sánchez, obispo de Santander

† Juan Antonio Aznárez, obispo auxiliar de Pamplona y Tudela

† Julián López, obispo emérito de León

† Ángel Rubio, obispo emérito de Segovia

FALLECE MONS. RAFAEL PALMERO RAMOS, OBISPO EMÉRITO DE ORIHUELA-ALICANTE

Mons. Rafael Palmero Ramos, obispo emérito de **Orihuela-Alicante**, ha fallecido esta madrugada, a los 84 años de edad, como consecuencia de la enfermedad que padecía.

Mons. Palmero nació en Morales del Rey, provincia de Zamora y diócesis de Astorga, el 27 de julio de 1936. Curso los estudios de humanidades y filosóficos y los dos primeros años de teología en el seminario conciliar de Astorga. Después, en Roma, amplió su formación teológica. Allí obtuvo la licenciatura y el doctorado en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana y la licenciatura en Ciencias Sociales por la Pontificia Universidad Santo Tomas de Aquino "Angelicum". Fue ordenado sacerdote el 13 de septiembre de 1959 en Astorga. **En 1972 se incardinó en la archidiócesis de Toledo.**

Su ministerio presbiteral comenzó en la diócesis de Astorga. Entre 1961 y 1965 fue secretario de estudios y profesor de Eclesiología y de Doctrina Social de la Iglesia en el seminario mayor diocesano de Astorga y, entre 1963 y 1968, fue delegado episcopal de caritas diocesana de Astorga.

En el año 1968 se trasladó a Barcelona como secretario particular del entonces arzobispo coadjutor de Barcelona, **Mons. Marcelo González Martín**, cargo que desempeñó hasta el año 1972. También hasta ese año, y desde 1969, fue el Presidente del Patronato Diocesano de la "Obra Benéfica Asistencial del Niño Dios", en la ciudad condal. El año 1972 se trasladó, junto a Mons. González Martín, a Toledo. En esta diócesis fue vicario general y profesor del Seminario Mayor, entre 1972 y 1987, y arcediano de la Catedral, entre 1974 y 1987.

El 24 de noviembre de 1987 fue nombrado obispo auxiliar de Toledo y obispo titular de Pedena. Recibió la ordenación episcopal el 24 de enero de 1988. El 9 de enero de 1996 fue trasladado a la sede episcopal de Palencia.

El 26 de noviembre de 2005 fue nombrado obispo de Orihuela-Alicante, tomando posesión de la sede el 21 de enero de 2006. El 27 de julio de 2012, el Papa Benedicto XVI aceptó la renuncia al gobierno pastoral de esta diócesis, en conformidad con el canon 401, párrafo 1, del Código de Derecho Canónico. Dejó la diócesis el 29 de septiembre de 2012.

Otros datos de interés

En la **Conferencia Episcopal Española** ha sido **miembro de la Comisión Episcopal de Pastoral Social desde 1987 hasta 1990**. Miembro de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis desde 1990 hasta 1993. De 1990 a 1999 ha sido miembro de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales y de 1993 a 1999 de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe. Desde 1999 fue miembro de la Comisión Episcopal de Pastoral, donde era responsable del Departamento de Pastoral de la Salud. Fue miembro del Consejo de Economía desde 1999 hasta noviembre de 2012.

08/03/2021

EL PAPA CONVOCA EL AÑO ESPECIAL DE LA FAMILIA

El Papa Francisco convoca **el Año especial dedicado a la familia**, que se inaugurará el 19 de marzo de 2021, quinto aniversario de la publicación de la Exhortación Apostólica *Amoris Laetitia*. Precisamente a partir de la celebración de este aniversario, el Santo Padre ofrecerá a la Iglesia la oportunidad de reflexionar y profundizar en el riquísimo contenido de la Exhortación Apostólica, fruto de un intenso camino sinodal, que aún continúa a nivel pastoral.

La iniciativa, que lleva el nombre de Año "**Familia Amoris Laetitia**" (www.amoristaetitia.va) y que estará marcada por propuestas e instrumentos pastorales que se pondrán a disposición de las realidades eclesiales y de las familias, **concluirá con la celebración del X Encuentro Mundial de las Familias en Roma, en junio de 2022.**

El año de la "Familia Amoris Laetitia" es una iniciativa del Papa Francisco que se propone llegar a todas las familias del mundo a través de propuestas espirituales, pastorales y culturales que se podrán llevar a cabo en las parroquias, diócesis, universidades, movimientos eclesiales y asociaciones familiares. El objetivo

es ofrecer a la Iglesia oportunidades de reflexión y profundización para vivir concretamente la riqueza de la exhortación apostólica *Amoris Laetitia*.

La experiencia de la pandemia ha puesto de relieve el papel central de la familia como Iglesia doméstica y la importancia de los lazos comunitarios entre las familias, que hacen de la Iglesia una "familia de familias" (AL 87).

Esta merece un año de celebraciones para que sea puesta en el centro del compromiso y del cuidado de cada realidad pastoral y eclesial.

Los objetivos

- Difundir el contenido de la exhortación apostólica *Amoris Laetitia*, para hacer experimentar que el Evangelio de la familia es alegría que "llena el corazón y la vida entera" (AL 200).
- Anunciar que el sacramento del matrimonio es un don y tiene en sí mismo una fuerza transformadora del amor humano. Para ello es necesario que los pastores y las familias caminen juntos en una corresponsabilidad y complementariedad pastoral entre las diferentes vocaciones en la Iglesia (Cf. AL 203).
- Hacer a las familias protagonistas de la pastoral familia. Para ello se requiere "un esfuerzo evangelizador y catequístico dirigido a la familia" (AL 200), ya que una familia discípula se convierte también en una familia misionera.
- Concienciar a los jóvenes de la importancia de la formación en la verdad del amor y el don de sí mismos, con iniciativas dedicadas a ellos.
- Ampliar la mirada y la acción de la **pastoral familiar** para que se convierta en transversal, para incluir a los esposos, a los niños, a los jóvenes, a las personas mayores y las situaciones de fragilidad familiar.

Iniciativas y recursos

Aquí se describen algunas de las iniciativas. La invitación, dirigida a todas las comunidades, es a participar, y a convertirse en protagonistas con otras

propuestas a implementar en la propia Iglesia local (diócesis, parroquias, comunidades eclesiales).

- Fórum "¿Dónde estamos con Amoris Laetitia? Estrategias para la aplicación de la exhortación apostólica del Papa Francisco", del 9 al 12 de junio de 2021, con los responsables de las delegaciones de pastoral familiar de las conferencias episcopales, movimientos y asociaciones familiares internacionales.

- Proyecto "10 Videos Amoris Laetitia": el Santo Padre explicará los capítulos de la exhortación apostólica, junto con las familias que darán testimonio de algunos aspectos de su vida cotidiana. Cada mes se difundirá un vídeo para despertar el interés pastoral por la familia en las diócesis y parroquias de todo el mundo.

- # lamChurch : difusión de algunos videos testimoniales sobre el protagonismo eclesial y la fe de las personas con discapacidad.

- "En camino con las familias": 72 propuestas pastorales concretas para caminar con las familias inspirándose en Amoris Laetitia. Con vistas al X Encuentro Mundial de las Familias en Roma 2022, se invitan a las diócesis y a las familias de todo el mundo a difundir y profundizar las catequesis que serán distribuidas por la diócesis de Roma y a comprometerse con iniciativas pastorales en este sentido.

En camino con las familias

Itinerarios con las familias para poner en práctica Amoris Laetitia

1. Reforzar la pastoral de preparación al matrimonio con nuevos itinerarios catecumenales a nivel de diócesis y parroquias (cf. AL 205-222) para ofrecer una preparación remota, próxima e inmediata al matrimonio y un acompañamiento de las parejas en los primeros años de matrimonio. Un compromiso confiado de manera especial a los matrimonios que, junto con los pastores, se convierten en compañeros de viaje de los prometidos y de las parejas de recién casados.

2. Potenciar la pastoral de acompañamiento de los matrimonios con encuentros de profundización y momentos de espiritualidad y oración dedicados a

ellos para adquirir conciencia del don y de la gracia del sacramento nupcial (cf. AL 58 ss. y 223-230).

3. Organizar encuentros para los padres sobre la educación de sus hijos y sobre los desafíos más actuales (cf. AL 172 ss. y 259-290). Respondiendo a las indicaciones del Papa Francisco a los padres para tratar de comprender "dónde están sus hijos en su camino" (cf. AL 261).

4. Promover encuentros de reflexión e intercambio sobre la belleza y las dificultades de la vida familiar (cf. AL 32 ss. y 89 ss.), para impulsar el reconocimiento del valor social de la familia, y la realización de una red de pastores y familias capaces de hacerse cercanos en las situaciones de dificultad a través del anuncio, el compartir y el testimonio.

5. Intensificar el acompañamiento de las parejas en crisis (cf. AL 232 ss.) para sostener y formar en una actitud resiliente que les lleve a ver las dificultades como oportunidades, para crecer en el amor y hacerse más fuertes.

6. Insertar a los matrimonios en las estructuras diocesanas y parroquiales para potenciar la pastoral familiar (cf. AL 86-88) y la formación de los agentes de pastoral, de los seminaristas y sacerdotes para que estén a la altura de los desafíos actuales (cf. AL 202 ss.) y colaboren con las familias. Para ello será importante hacer funcionar la reciprocidad entre la "familia-Iglesia doméstica" y la Iglesia (AL 200), para que se descubran y valoren como un don insustituible la una para la otra.

7. Promover en las familias su natural vocación misionera (cf. AL 201, 230 y 324) creando momentos de formación para la evangelización e iniciativas misioneras (p. ej. con ocasión de la formación para los sacramentos de los hijos, matrimonios, aniversarios o momentos litúrgicos importantes).

8. Desarrollar una pastoral de las personas mayores (cf. AL 191-193) que tenga como objetivo superar la cultura del descarte y la indiferencia y promover propuestas transversales en relación con las diferentes edades de la vida, haciendo que las personas mayores sean también protagonistas de la pastoral comunitaria.

9. Involucrar a la pastoral juvenil con iniciativas para reflexionar y confrontarse con temas sobre la familia, el matrimonio, la castidad, la apertura a la

vida, el uso de los medios de comunicación social, la pobreza, el respeto por la creación (cf. AL 40). Es necesario poder despertar el entusiasmo y mejorar la capacidad de los jóvenes para comprometerse plenamente con los grandes ideales y los desafíos que éstos implican.

10. Este año se debe prestar especial atención a los niños para que conozcan el Año de la "Familia Amoris Laetitia" y las iniciativas propuestas.

11. Promover la preparación del X Encuentro Mundial de las Familias con las catequesis y caminos formativos que, a través de diversas etapas y experiencias, acompañen a las familias hacia el Encuentro con el Santo Padre.

12. Lanzar iniciativas de acompañamiento y discernimiento para las familias heridas (cf. AL 50 ss., 241 ss. y 291 ss.). para ayudarlas a descubrir y poner en práctica la misión que tienen en su familia y en su comunidad, a partir del Bautismo.

13. Organizar grupos en las parroquias y comunidades para reuniones de profundización sobre "Amoris Laetitia", con el fin de sensibilizar sobre las oportunidades pastorales concretas que se presentan en las distintas comunidades eclesiales (cf. AL 199 ss.).

MONS. ARGÜELLO ANTE LA APROBACIÓN DE LA LEY DE LA EUTANASIA

Ante la aprobación de la Ley de la eutanasia en el **Congreso de los Diputados**, el secretario general de la CEE **Mons. Luis Argüello** ha manifestado los siguientes puntos:

La aprobación de la ley de **eutanasia** esta mañana en el Congreso de los Diputados y así ya de manera definitiva en las Cortes Generales, es una mala noticia. Desgraciadamente se ha buscado la solución de evitar el sufrimiento, provocando la muerte de quien sufre.

Eutanasia: 60.000 personas afectadas

Es dramático que en España haya **60.000 personas cada año** que mueren con sufrimiento, pudiéndose remediar con una política adecuada de cuidados paliativos. Pero para eso, pensamos que este es un momento en favor de **promover una cultura de la vida** y de dar pasos concretos promoviendo un **testamento vital** o de declaraciones anticipadas que haga posible que los ciudadanos

españoles manifiesten de una manera clara y determinada su deseo de recibir cuidados paliativos.

Su deseo de no ser objeto de la aplicación de esta ley de eutanasia, es un **momento también** para promover la **objeción de conciencia** y para promover todo aquello que tenga que ver con esta cultura de la vida que quiere tener una línea roja diciendo con fuerza: "no matarás, no provocarás de manera decidida la muerte para aliviar el sufrimiento, sino al contrario, cuidarás, practicarás la ternura, la cercanía, la misericordia, el ánimo, la esperanza para aquellas personas que se encuentran en el tramo final de su existencia, quizás en momentos de sufrimiento que necesitan consuelo, cuidado y esperanza".

NUEVO ADMINISTRADOR DIOCESANO EN TERUEL-ALBARRACÍN

El Colegio de Consultores de la **Diócesis de Teruel y Albarracín** ha elegido al sacerdote **Alfonso Belenguer Celma** como Administrador Diocesano, cargo que ocupará hasta que sea nombrado un nuevo obispo. La sede episcopal de Teruel y Albarracín se encontraba vacante desde el pasado sábado, cuando el Obispo Don Antonio Gómez Cantero tomó posesión como nuevo Obispo Coadjutor de Almería.

Biografía

Don Alfonso es natural de **Alcorisa**, aunque nació circunstancialmente en Zaragoza el 8 de marzo de 1948 y fue ordenado como sacerdote el 11 de julio de 1971. Don Alfonso ha sido Vicario General durante el episcopado de don Antonio Gómez Cantero, y también con su predecesor, Don Carlos Escribano Subías. Además, entre los dos episcopados, ejerció también este cargo de Administrador Diocesano.



Iglesia Universal

**VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA FRANCISCO
A IRAK
(5-8 DE MARZO DE 2021)**

SANTA MISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

CATEDRAL CALDEA DE SAN JOSÉ DE BAGDAD

Sábado, 6 de marzo de 2021

La Palabra de Dios nos habla hoy de *sabiduría, testimonio y promesas*.

La *sabiduría* ha sido cultivada en estas tierras desde la antigüedad. Su búsqueda ha fascinado al hombre desde siempre; sin embargo, a menudo quien posee más medios puede adquirir más conocimientos y tener más oportunidades, mientras que el que tiene menos queda relegado. Se trata de una desigualdad inaceptable, que hoy se ha ampliado. Pero el Libro de la Sabiduría nos sorprende cambiando la perspectiva. Dice que "el que es pequeño será perdonado por misericordia, pero los poderosos serán examinados con rigor" (Sb 6,6). Para el mundo, quien posee poco es descartado y quien tiene más es privilegiado. Pero para Dios, no; quien tiene más poder es sometido a un examen riguroso, mientras que los últimos son los privilegiados de Dios.

Jesús, la Sabiduría en persona, completa este vuelco en el Evangelio, no en cualquier momento, sino al principio del primer discurso, con las Bienaventuranzas. El cambio es total. Los pobres, los que lloran, los perseguidos son llamados bienaventurados. ¿Cómo es posible? Bienaventurados, para el mundo, son los ricos, los poderosos, los famosos. Vale quien tiene, quien puede y quien cuenta. Pero no para Dios. Para Él no es más grande el que tiene más, sino el que es pobre de espíritu; no el que domina a los demás, sino el que es manso con todos; no el que es aclamado por las multitudes, sino el que es misericordioso con su hermano. A este punto nos puede venir la duda: Si vivo como pide Jesús, ¿qué gano? ¿No corro el riesgo de que los demás me pisoteen? ¿Vale la pena la propuesta de Jesús? ¿O es un perdedor? No es perdedor sino sabio.

La propuesta de Jesús es sabia porque el amor, que es el corazón de las bienaventuranzas, aunque parezca débil a los ojos del mundo, en realidad vence. En la cruz demostró ser más fuerte que el pecado, en el sepulcro venció a la muerte. Es el mismo amor que hizo que los mártires salieran victoriosos de las pruebas, ¡y cuántos hubo en el último siglo, más que en los anteriores! El amor es nuestra fuerza, la fuerza de tantos hermanos y hermanas que aquí también han sufrido prejuicios y ofensas, maltratos y persecuciones por el nombre de Jesús. Pero mientras el poder, la gloria y la vanidad del mundo pasan, el amor permanece, como nos dijo el apóstol Pablo, "no pasa nunca" (1 Co 13,8). Vivir las bienaventuranzas, pues, es hacer eterno lo que pasa. Es traer el cielo a la tierra.

Pero, ¿cómo practicamos las bienaventuranzas? Estas no nos piden que hagamos cosas extraordinarias, que realicemos acciones que están por encima de nuestras capacidades. Nos piden un *testimonio* cotidiano. Bienaventurado es el que vive con mansedumbre, el que practica la misericordia allí donde se encuentra, el que mantiene puro su corazón allí donde vive. Para convertirse en bienaventurado no es necesario ser un héroe de vez en cuando, sino un *testigo* todos los días. El testimonio es el camino para encarnar la sabiduría de Jesús. Así es como se cambia el mundo, no con el poder o con la fuerza, sino con las bienaventuranzas. Porque así lo hizo Jesús, viviendo hasta el final lo que había dicho al principio. Se trata de dar testimonio del amor de Jesús, aquella misma caridad que san Pablo describe de manera tan hermosa en la segunda lectura de hoy. Veamos cómo la presenta.

Primero dice que la caridad "es magnánima" (v. 4). No nos esperábamos este adjetivo. El amor parece sinónimo de bondad, de generosidad, de buenas

obras, pero Pablo dice que la caridad es ante todo *magnánima*. Es una palabra que, en la Biblia, habla de *la paciencia de Dios*. A lo largo de la historia el hombre ha seguido traicionando la alianza con Él, cayendo en los pecados de siempre y el Señor, en lugar de cansarse y marcharse, siempre ha permanecido fiel, ha perdonado, ha comenzado de nuevo. La paciencia para comenzar de nuevo es la primera característica del amor, porque el amor no se indigna, sino que siempre vuelve a empezar. No se entristece, sino que da nuevas fuerzas; no se desanima, sino que sigue siendo creativo. Ante el mal no se rinde, no se resigna. Quien ama no se encierra en sí mismo cuando las cosas van mal, sino que responde al mal con el bien, recordando la sabiduría victoriosa de la cruz. El testigo de Dios actúa así, no es pasivo, ni fatalista, no vive a merced de las circunstancias, del instinto y del momento, sino que está siempre esperanzado, porque está cimentado en el amor que "siempre disculpa y confía, siempre espera y soporta" (v. 7).

Podemos preguntarnos: ¿Y yo cómo reacciono ante las situaciones que no van bien? Ante la adversidad hay siempre dos tentaciones. La primera es la huida. Escapar, dar la espalda, no querer saber más. La segunda es reaccionar con rabia, con la fuerza. Es lo que les ocurrió a los discípulos en Getsemaní; en su desconcierto, muchos huyeron y Pedro tomó la espada. Pero ni la huida ni la espada resolvieron nada. Jesús, en cambio, cambió la historia. ¿Cómo? Con la humilde fuerza del amor, con su testimonio paciente. Esto es lo que estamos llamados a hacer; es así como Dios cumple sus promesas.

Promesas. La sabiduría de Jesús, que se encarna en las bienaventuranzas, exige el testimonio y ofrece la recompensa, contenida en las promesas divinas. De hecho, vemos que a cada bienaventuranza sigue una promesa. Quien la vive poseerá el reino de los cielos, será consolado, será saciado, verá a Dios (cf. Mt 5,3-12). Las promesas de Dios garantizan una alegría sin igual y no defraudan. Pero, ¿cómo se cumplen? *A través de nuestras debilidades*. Dios hace bienaventurados a los que recorren el camino de su pobreza interior hasta el final. Este es el camino, no hay otro. Fijémonos en el patriarca Abraham. Dios le promete una gran descendencia, pero él y Sara son ancianos y no tienen hijos. Y es precisamente en su vejez paciente y confiada cuando Dios obra maravillas y les da un hijo. Veamos a Moisés. Dios le promete que liberará al pueblo de la esclavitud y por eso le pide que hable con el faraón. Moisés le dice que no es capaz de hablar, porque es tartamudo; sin embargo, Dios cumplirá la promesa a través de sus palabras. Fijémonos en la Virgen que, según lo establecido en la ley, no puede tener hijos, y es llamada a ser madre. Y

veamos a Pedro, que niega al Señor, y Jesús lo llama para que confirme a sus hermanos. Queridos hermanos y hermanas, a veces podemos sentirnos incapaces, inútiles. Pero no hagamos caso, porque Dios quiere hacer maravillas precisamente a través de nuestras debilidades.

A Él le encanta comportarse así, y esta tarde, ocho veces nos ha dicho *tūb'ā* [bienaventurados], para hacernos entender que con Él lo somos realmente. Claro, pasamos por pruebas, caemos a menudo, pero no debemos olvidar que, con Jesús, somos bienaventurados. Todo lo que el mundo nos quita no es nada comparado con el amor tierno y paciente con que el Señor cumple sus promesas. Querida hermana, querido hermano: Tal vez miras tus manos y te parecen vacías, quizás la desconfianza se insinúa en tu corazón y no te sientes recompensado por la vida. Si te sientes así, no temas; las bienaventuranzas son para ti, para ti que estás afligido, hambriento y sediento de justicia, perseguido. El Señor te promete que tu nombre está escrito en su corazón, en el cielo. Y hoy le doy gracias con ustedes y por ustedes, porque aquí, donde en tiempos remotos surgió la *sabiduría*, en los tiempos actuales han aparecido muchos testigos, que las crónicas a menudo pasan por alto, y que sin embargo son preciosos a los ojos de Dios; *testigos* que, viviendo las bienaventuranzas, ayudan a Dios a cumplir sus promesas de paz.

SANTA MISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

ESTADIO FRANSO HARIRI DE ERBIL

Domingo, 7 de marzo de 2021

San Pablo nos ha recordado que "*Cristo es fuerza de Dios y sabiduría de Dios*" (1 Co 1,24). Jesús reveló esta fuerza y esta sabiduría sobre todo con la misericordia y el perdón. No quiso hacerlo con demostraciones de fuerza o imponiendo su voz desde lo alto, ni con largos discursos o exhibiciones de una ciencia incomparable. Lo hizo dando su vida en la cruz. Reveló la sabiduría y la fuerza divina mostrándonos, hasta el final, la fidelidad del amor del Padre; la fidelidad del Dios de la Alianza, que hizo salir a su pueblo de la esclavitud y lo guió por el camino de la libertad (cf. Ex 20,1-2).

Qué fácil es caer en la trampa de pensar que debemos demostrar a los demás que somos fuertes, que somos sabios... En la trampa de fabricarnos falsas

imágenes de Dios que nos den seguridad... (cf. Ex 20,4-5). En realidad, es lo contrario, todos necesitamos la fuerza y la sabiduría de Dios revelada por Jesús en la cruz. En el Calvario, Él ofreció al Padre las heridas por las cuales nosotros hemos sido curados (cf. 1 P 2,24). Aquí en Irak, cuántos de vuestros hermanos y hermanas, amigos y conciudadanos llevan las heridas de la guerra y de la violencia, heridas visibles e invisibles. La tentación es responder a estos y a otros hechos dolorosos con una fuerza humana, con una sabiduría humana. En cambio, Jesús nos muestra el camino de Dios, el que Él recorrió y en el que nos llama a seguirlo.

En el Evangelio que acabamos de escuchar (Jn 2,13-25), vemos que Jesús echó del Templo de Jerusalén a los cambistas y a todos aquellos que compraban y vendían. ¿Por qué Jesús hizo ese gesto tan fuerte, tan provocador? Lo hizo porque el Padre lo mandó a purificar el templo, no sólo el templo de piedra, sino sobre todo el de nuestro corazón. Como Jesús no toleró que la casa de su Padre se convirtiera en un mercado (cf. Jn 2,16), del mismo modo desea que nuestro corazón no sea un lugar de agitación, desorden y confusión. El corazón se limpia, se ordena, se purifica. ¿De qué? De las falsedades que lo ensucian, de la doblez de la hipocresía; todos las tenemos. Son enfermedades que lastiman el corazón, que enturbian la vida, la hacen doble. Necesitamos ser limpiados de nuestras falsas seguridades, que regatean la fe en Dios con cosas que pasan, con las conveniencias del momento. Necesitamos eliminar de nuestro corazón y de la Iglesia las nefastas sugerencias del poder y del dinero. Para limpiar el corazón necesitamos ensuciarnos las manos, sentirnos responsables y no quedarnos de brazos cruzados mientras el hermano y la hermana sufren. Pero, ¿cómo purificar el corazón? Solos no somos capaces, necesitamos a Jesús. Él tiene el poder de vencer nuestros males, de curar nuestras enfermedades, de restaurar el templo de nuestro corazón.

Para confirmar esto, como signo de su autoridad dice: "Destruyan este Templo y en tres días lo levantaré de nuevo" (v. 19). Jesucristo, sólo Él, puede purificarnos de las obras del mal, Él que murió y resucitó, Él que es el Señor. Queridos hermanos y hermanas: Dios no nos deja morir en nuestro pecado. Incluso cuando le damos la espalda, no nos abandona a nuestra propia suerte. Nos busca, nos sigue, para llamarnos al arrepentimiento y para purificarnos. "Juro por mi vida -oráculo del Señor Dios- que no me complazco en la muerte del malvado, sino en que se convierta de su mala conducta y viva" (33,11). El Señor quiere que nos salvemos y que seamos templos vivos de su amor, en la fraternidad, en el servicio y en la misericordia.

Jesús no sólo nos purifica de nuestros pecados, sino que nos hace partícipes de su misma fuerza y sabiduría. Nos libera de un modo de entender la fe, la familia, la comunidad que divide, que contrapone, que excluye, para que podamos construir una Iglesia y una sociedad abiertas a todos y solícitas hacia nuestros hermanos y hermanas más necesitados. Y al mismo tiempo nos fortalece, para que sepamos resistir a la tentación de buscar venganza, que nos hunde en una espiral de represalias sin fin. Con la fuerza del Espíritu Santo nos envía, no a hacer proselitismo, sino como sus discípulos misioneros, hombres y mujeres llamados a testimoniar que el Evangelio tiene el poder de cambiar la vida. El Resucitado nos hace instrumentos de la paz de Dios y de su misericordia, artesanos pacientes y valientes de un nuevo orden social. Así, por la potencia de Cristo y de su Espíritu, sucede lo que profetizó el apóstol Pablo a los Corintios: "Lo que parece locura en Dios es más sabio que todo lo humano, y lo que parece debilidad en Dios es más fuerte que todo lo humano" (1 Co 1,25). Comunidades cristianas formadas por gente humilde y sencilla se convierten en signo del Reino que llega, Reino de amor, de justicia y de paz.

"Destruyan este Templo y en tres días lo levantaré de nuevo" (Jn 2,19). Hablaba del templo de su cuerpo y, por tanto, también de su Iglesia. El Señor nos promete que, con la fuerza de su Resurrección, puede hacernos resurgir a nosotros y a nuestras comunidades de los destrozos provocados por la injusticia, la división y el odio. Es la promesa que celebramos en esta Eucaristía. Con los ojos de la fe, reconocemos la presencia del Señor crucificado y resucitado en medio de nosotros, aprendemos a acoger su sabiduría liberadora, a descansar en sus llagas y a encontrar sanación y fuerza para servir a su Reino que viene a nuestro mundo. Por sus llagas hemos sido curados (cf. 1 P 2,24); en sus heridas, queridos hermanos y hermanas, encontramos el bálsamo de su amor misericordioso; porque Él, Buen Samaritano de la humanidad, desea ungir cada herida, curar cada recuerdo doloroso e inspirar un futuro de paz y de fraternidad en esta tierra.

La Iglesia en Irak, con la gracia de Dios, hizo y está haciendo mucho por anunciar esta maravillosa sabiduría de la cruz propagando la misericordia y el perdón de Cristo, especialmente a los más necesitados. También en medio de una gran pobreza y dificultad, muchos de ustedes han ofrecido generosamente una ayuda concreta y solidaridad a los pobres y a los que sufren. Este es uno de los motivos que me han impulsado a venir como peregrino entre ustedes, a agradecerles y confirmarlos en la fe y en el testimonio. Hoy, puedo ver y sentir que la Iglesia de Irak está viva, que Cristo vive y actúa en este pueblo suyo, santo y fiel.

Queridos hermanos y hermanas: Los encomiendo a ustedes, a sus familias y a sus comunidades, a la materna protección de la Virgen María, que fue asociada a la pasión y a la muerte de su Hijo y participó en la alegría de su resurrección. Que Ella interceda por nosotros y nos lleve a Él, *fuerza y sabiduría de Dios*.

Saludo al final de la Santa Misa

Saludo con afecto a Su Santidad Mar Gewargis III, Catholicós-Patriarca de la Iglesia Asiria de Oriente, que reside en esta ciudad y que nos honra con su presencia. Gracias, gracias, querido hermano. Junto a él abrazo a los cristianos de las distintas confesiones, muchos de los cuales aquí han derramado su sangre sobre el mismo suelo. Pero nuestros mártires resplandecen juntos, estrellas en el mismo cielo. Desde allí arriba nos piden caminar juntos, sin vacilar, hacia la plenitud de la unidad.

Al final de esta Celebración, agradezco al arzobispo Mons. Bashar Matti Warda, como también a Mons. Nizar Semaan y mis otros hermanos obispos, que han trabajado tanto por este viaje. Les agradezco a todos ustedes que lo han preparado y acompañado con la oración y me han acogido con afecto. Saludo en particular al querido pueblo kurdo. Expreso mi profunda gratitud al Gobierno y a las autoridades civiles por su indispensable contribución; agradezco a todos los que, de diversas maneras, han colaborado en la organización de todo el viaje, las autoridades iraquíes -todas- y a los numerosos voluntarios. Gracias a todos.

En estos días vividos junto a ustedes, he escuchado voces de dolor y de angustia, pero también voces de esperanza y de consuelo. Y esto es mérito, en gran medida, de esa incansable obra de bien que ha sido posible gracias a las instituciones de cada confesión religiosa, gracias a sus Iglesias locales y a las distintas organizaciones caritativas, que asisten a la gente de este país en la obra de reconstrucción y recuperación social. De modo particular, agradezco a los miembros de la ROACO y a los organismos que ellos representan.

Ahora, se acerca el momento de regresar a Roma. Pero Irak permanecerá siempre conmigo, en mi corazón. Les pido a todos ustedes, queridos hermanos y

hermanas, que trabajen juntos en unidad por un futuro de paz y prosperidad que no discrimine ni deje atrás a nadie. Les aseguro mi oración por este amado país. Rezo, de manera especial, para que los miembros de las distintas comunidades religiosas, junto con todos los hombres y las mujeres de buena voluntad, cooperen para estrechar lazos de fraternidad y solidaridad al servicio del bien y de la paz. *Salam, salam, salam. Shukrán!* [Gracias] Que Dios bendiga a todos. Que Dios bendiga a Irak. *Allah ma'akum!* [Que Dios esté con ustedes].

CELEBRACIÓN DEL DOMINGO DE RAMOS Y DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica de San Pedro
Domingo, 28 de marzo de 2021

Esta Liturgia suscita cada año en nosotros un sentimiento de asombro. Pasamos de la alegría que supone acoger a Jesús que entra en Jerusalén al dolor de verlo condenado a muerte y crucificado. Es un sentimiento profundo que nos acompañará toda la Semana Santa. Entremos entonces en este estupor.

Jesús nos sorprende desde el primer momento. Su gente lo acoge con solemnidad, pero Él entra en Jerusalén sobre un humilde burrito. La gente espera para la Pascua al libertador poderoso, pero Jesús viene para cumplir la Pascua con su sacrificio. Su gente espera celebrar la victoria sobre los romanos con la espada, pero Jesús viene a celebrar la victoria de Dios con la cruz. ¿Qué le sucedió a aquella gente, que en pocos días pasó de aclamar con hosannas a Jesús a gritar "crucifícalo"?

¿Qué les sucedió? En realidad, aquellas personas seguían más una imagen del Mesías, que al Mesías real. *Admiraban* a Jesús, pero no estaban dispuestas a dejarse *sorprender* por Él. El asombro es distinto de la simple admiración. La admiración puede ser mundana, porque busca los gustos y las expectativas de cada uno; en cambio, el asombro permanece abierto al otro, a su novedad. También hoy hay muchos que admiran a Jesús, porque habló bien, porque amó y perdonó, porque su ejemplo cambió la historia... y tantas cosas más. Lo admiran, pero sus vidas no cambian. Porque admirar a Jesús no es suficiente. Es necesario seguir su camino, dejarse cuestionar por Él, pasar de la admiración al asombro.

¿Y qué es lo que más sorprende del Señor y de su Pascua? El hecho de que Él llegue a la gloria por el camino de la humillación. Él triunfa acogiendo el dolor y la muerte, que nosotros, rehenes de la admiración y del éxito, evitaríamos. Jesús, en cambio -nos dice san Pablo-, "se despojó de sí mismo, [...] se humilló a sí mismo" (Flp 2,7.8). Sorprende ver al Omnipotente reducido a nada. Verlo a Él, la Palabra que sabe todo, enseñarnos en silencio desde la cátedra de la cruz. Ver al rey de reyes que tiene por trono un patíbulo. Ver al Dios del universo despojado de todo. Verlo coronado de espinas y no de gloria. Verlo a Él, la bondad en persona, que es insultado y pisoteado. ¿Por qué toda esta humillación? Señor, ¿por qué dejaste que te hicieran todo esto?

Lo hizo por nosotros, para tocar lo más íntimo de nuestra realidad humana, para experimentar toda nuestra existencia, todo nuestro mal. Para acercarse a nosotros y no dejarnos solos en el dolor y en la muerte. Para recuperarnos, para salvarnos. Jesús subió a la cruz para descender a nuestro sufrimiento. Probó nuestros peores estados de ánimo: el fracaso, el rechazo de todos, la traición de quien le quiere e, incluso, el abandono de Dios. Experimentó en su propia carne nuestras contradicciones más dolorosas, y así las redimió, las transformó. Su amor se acerca a nuestra fragilidad, llega hasta donde nosotros sentimos más vergüenza. Y ahora sabemos que no estamos solos. Dios está con nosotros en cada herida, en cada miedo. Ningún mal, ningún pecado tiene la última palabra. Dios vence, pero la palma de la victoria pasa por el madero de la cruz. Por eso las palmas y la cruz están juntas.

Pidamos la gracia del estupor. La vida cristiana, sin asombro, es monótona. ¿Cómo se puede testimoniar la alegría de haber encontrado a Jesús, si no nos dejamos sorprender cada día por su amor admirable, que nos perdona y nos

hace comenzar de nuevo? Si la fe pierde su capacidad de sorprenderse se queda sorda, ya no siente la maravilla de la gracia, ya no experimenta el gusto del Pan de vida y de la Palabra, ya no percibe la belleza de los hermanos y el don de la creación. Y no tiene ninguna otra salida más que refugiarse en el legalismo, en el clericalismo y en todas esas actitudes que Jesús condena en el capítulo 23 de Mateo.

En esta Semana Santa, levantemos nuestra mirada hacia la cruz para recibir la gracia del estupor. San Francisco de Asís, mirando al Crucificado, se asombraba de que sus frailes no llorasen. Y nosotros, ¿somos capaces todavía de dejarnos conmovir por el amor de Dios? ¿Por qué hemos perdido la capacidad de asombrarnos ante él? ¿Por qué? Tal vez porque nuestra fe ha sido corroída por la costumbre. Tal vez porque permanecemos encerrados en nuestros remordimientos y nos dejamos paralizar por nuestras frustraciones. Tal vez porque hemos perdido la confianza en todo y nos creemos incluso fracasados. Pero detrás de todos estos "tal vez" está el hecho de que no nos hemos abierto al don del Espíritu, que es Aquel que nos da la gracia del estupor.

Volvamos a comenzar desde el asombro; miremos al Crucificado y digámosle: "Señor, ¡cuánto me amas, qué valioso soy para Ti!". Dejémosnos sorprender por Jesús para volver a vivir, porque la grandeza de la vida no está en tener o en afirmarse, sino en descubrirse amados. Ésta es la grandeza de la vida, descubrirse amados. Y la grandeza de la vida está precisamente en la belleza del amor. En el Crucificado vemos a Dios humillado, al Omnipotente reducido a un despojo. Y con la gracia del estupor entendemos que, acogiendo a quien es descartado, acercándonos a quien es humillado por la vida, amamos a Jesús. Porque Él está en los últimos, en los rechazados, en aquellos que nuestra cultura farisaica condena.

Hoy el Evangelio nos muestra, justo después de la muerte de Jesús, la imagen más hermosa del estupor. Es la escena del centurión que, al verlo "expirar así, exclamó: "¡Realmente este hombre era Hijo de Dios!" (Mc 15,39). Se dejó asombrar por el amor. ¿Cómo había visto morir a Jesús? Lo había visto morir amando, y esto lo impresionó. Sufría, estaba agotado, pero seguía amando. Esto es el estupor ante Dios, quien sabe llenar de amor incluso el momento de la muerte. En este amor gratuito y sin precedentes, el centurión, un pagano, encuentra a Dios. *¡Realmente este hombre era Hijo de Dios!* Su frase ratifica la Pasión. Muchos antes de él en el

Evangelio, admirando a Jesús por sus milagros y prodigios, lo habían reconocido como Hijo de Dios, pero Cristo mismo los había mandado callar, porque existía el riesgo de quedarse en la admiración mundana, en la idea de un Dios que había que adorar y temer en cuanto potente y terrible. Ahora ya no, ante la cruz no hay lugar a malas interpretaciones. Dios se ha revelado y reina sólo con la fuerza desarmada y desarmante del amor.

Hermanos y hermanas, hoy Dios continúa sorprendiendo nuestra mente y nuestro corazón. Dejemos que este estupor nos invada, miremos al Crucificado y digámosle también nosotros: "Realmente eres el Hijo de Dios. Tú eres mi Dios".

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 10 ejemplares semanales.
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Se mandan por Correos ó los lleva un repartidor, siguiendo las normas de correos.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción hasta 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
- **DATOS ORIENTATIVOS:** 10 ejemplares año . . . 78,00 Euros
25 ejemplares año . . . 195,00 Euros
50 ejemplares año . . . 390,00 Euros
100 ejemplares año . . . 780,00 Euros
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27 - EMAIL: servicioeditorial@archimadrid.es
28071 Madrid

Para ALTAS, BAJAS, MODIFICACIONES, por escrito o por email.